

DA
I
CIÓN

31

ASATIEMPO

POETICOS

PQ7161

P3

003231



1080019184

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PASATIEMPOS
POÉTICOS

DE

UN OAXAQUEÑO.



MÉXICO

Capilla, Alfonso
IMPRENTA Y LIBRERIA DE AGUILAR E HIJOS,
17 de Sto. Domingo 5, y esquina de San Jacinto y Universidad.

1891.

40509

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tellez

P67161

83



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

AL LECTOR.

Lector caro y buen amigo:
Si estos versos te regalo
No creas que el orgullo abrigo
De presumir que me igualo
Con poetas de tomo y lomo;
Si este, de mis versos, tomo
No lo juzgares bastante
Para ponerlo en tu estante:
Si en vez de creerlo gilguero
Lo tomarés por perico,
Solamente te suplico
Lo trates cual caballero
Cuando le tuerzas el pico.

No me lo mandes, te ruego,
Al consabido tompeate,
Ni á envolver el chocolate,
Y si tanto es tu despego,
Mándalo echar en el fuego
Y así, si en numen no brilla,
Brillará en la llamarada
Y en vez de envolver semilla

O de aquello..... ó de polilla,
Honrarálo un Torquemada.

Yo escribo por pasatiempo,
Por no tener malos ratos,
O necios ó indignos tratos,
Y así no me enfada el tiempo.

Nunca en mi cuarto me abruma
Como á otros muchos, el tedio,
Pues tengo pronto el remedio
En el papel y la pluma.

003231

Y ya sea en verso ó en prosa
Dejo correr mi cacumen
Y cor. numen ó sin numen
Siempre mi espíritu goza.

A limar, nunca me extiendo;
Poco de lo que hago acabo,
Y para qué? pues al cabo
Ni hay quien compre ni yo vendo.

Ropa hecha hago sin medida,
Si alguno quiere traje hecho
Que en mi almacén se lo mida,
Si le viene, buen provecho.

Pues no visto á Juan ni á Paco
Ni á señalada figura,
Y si alguno se sulfura
Es que le ha venido el saco;

Mas con intención maligna
No cuelgo el escapulario,
Sino todo lo contrario
Porque sea la gente digna.

Que si cuidado se pone
Algo en mi rima hay que abone
Un pecho franco y leal,
Que á nadie desea mal
Y que á todos Dios perdone.

En fin, lector, no imprudente,
De Hermosilla te armes mohino
Para juzgar inclemente
Mis versos, pues francamente
No te cuestan un comino.

PASATIEMPOS POETICOS *

A LA LIBERTAD.

De los pueblos del mundo, soberana
Te proclama do quier con voz triunfante
El clarín de la fama resonante
Y sobre el globo hincada, por peana
Tremola tu bandera trigarante.

Augusta Libertad, hija del cielo,
Virtud sublime que mi pecho inflama,
Terror de reyes, de los nobles duelo,
Del pobre esclavo celestial consuelo,
Del siglo ilustre fecundante llama.

Salve mil veces, sacrosanta diosa
En cuyo templo en éxtasis profundo
Con viva gratitud, con fe piadosa,
Ardiente adoración, majestuosa,
Postrado ante tu altar te ofrece el mundo.

Alzáronse mil héroes y en sus hombros
A los pueblos del orbe te mostraron
Y los pueblos al verte quebrantaron
Sus cadenas con rabia y en escombros
Los tronos y cadalsos trasformaron.

Al eco de tu nombre se desprenden
De sus tronos, temblando, los tiranos,

(*) Falta en esta colección la mayor parte de las composiciones que publiqué en mi juventud por haber quedado perdidas en los periódicos ó inéditas y extraviadas muchas.

Y en su vértigo horrible, los insanos
 Contener impotentes aun pretenden
 El mundo que se escapa de sus manos.

A tus pies poco á poco amontonando
 Ellos van las insignias de sus glorias
 A tu estandarte un pedestal alzando
 Y con regios trofeos levantando
 Espléndido trofeo á tus victorias.

Hidalgo alzando su pendón de gloria,
 Tell asestando su certera flecha,
 Bruto hundiendo el puñal, de infame historia
 Las páginas rasgaron y una brecha
 A tu marcha triunfal dejaron hecha.

Sigue, pues, tu carrera, á tu destino
 ¡Oh reina de la paz! no dique sea
 La feroz anarquía que en torbellino
 La clara luz que alumbra tu camino
 Trocar pretenda en incendiaria tea.

Salve ¡oh diosa! otra vez, la patria mía
 Que por tres siglos bajo ley terrible
 Atada á un trono sin piedad, gemía,
 Su lámpara encendió también un día
 En la luz de tu antorcha inextinguible.

Que no se apague, por piedad, ¡oh diosa!
 Que del progreso en la feliz tarea
 Como estrella polar, su norte sea
 Y ya en paz ó ya en guerra borrascosa
 Cual su virgen vestal siempre te vea.

LA CRUZ DEL CEMENTERIO.

Pálida luz entre las sombras vaga
 Sobre mi frente lánguida brillando,
 Mas apenas la toca y resbalando
 En el hondo capuz se va á perder.

Pavorosa y callada está la noche
 Como la noche en que Jesús gemía,
 Cual la honda noche en que la madre mía
 Me arrojara á este mundo á padecer.

Oculto ¡oh noche! oculta entre tu manto
 Mi delincuente faz desordenada,
 Do el dolor estampó su huella osada
 Y sus gracias pueriles eclipsó.

Y borró los ensueños de mi infancia
 Y los gratos placeres que gozaba;
 Huyó por siempre la ilusión que amaba
 Y mi dicha también, por siempre huyó.

Vedme aquí ahora, en medio de la noche,
 Criaturas todas del Criador Supremo,
 Cual frágil barca sin timón ni remo,
 Cual vaga pluma contempladme aquí.

Por las calles vagando, solitario
 Buscó un alivio á mi mortal tristeza,
 Mas sólo miro alzarse la cabeza
 Del soberbio edificio junto á mí.

De qué sirven cavernas de la corte
 Donde el placer y la malicia viven,
 De qué sirven, si mi alma no reviven,
 Si á un infeliz no pueden consolar?

Melancólico, triste, fastidiado,
 De horrorosos tormentos mi alma henchida,

Y en su vértigo horrible, los insanos
 Contener impotentes aun pretenden
 El mundo que se escapa de sus manos.

A tus pies poco á poco amontonando
 Ellos van las insignias de sus glorias
 A tu estandarte un pedestal alzando
 Y con regios trofeos levantando
 Espléndido trofeo á tus victorias.

Hidalgo alzando su pendón de gloria,
 Tell asestando su certera flecha,
 Bruto hundiendo el puñal, de infame historia
 Las páginas rasgaron y una brecha
 A tu marcha triunfal dejaron hecha.

Sigue, pues, tu carrera, á tu destino
 ¡Oh reina de la paz! no dique sea
 La feroz anarquía que en torbellino
 La clara luz que alumbra tu camino
 Trocar pretenda en incendiaria tea.

Salve ¡oh diosa! otra vez, la patria mía
 Que por tres siglos bajo ley terrible
 Atada á un trono sin piedad, gemía,
 Su lámpara encendió también un día
 En la luz de tu antorcha inextinguible.

Que no se apague, por piedad, ¡oh diosa!
 Que del progreso en la feliz tarea
 Como estrella polar, su norte sea
 Y ya en paz ó ya en guerra borrascosa
 Cual su virgen vestal siempre te vea.

Publicada por el Gobierno de Oaxaca.

LA CRUZ DEL CEMENTERIO.

Pálida luz entre las sombras vaga
 Sobre mi frente lánguida brillando,
 Mas apenas la toca y resbalando
 En el hondo capuz se va á perder.

Pavorosa y callada está la noche
 Como la noche en que Jesús gemía,
 Cual la honda noche en que la madre mía
 Me arrojara á este mundo á padecer.

Oculto ¡oh noche! oculta entre tu manto
 Mi delincuente faz desordenada,
 Do el dolor estampó su huella osada
 Y sus gracias pueriles eclipsó.

Y borró los ensueños de mi infancia
 Y los gratos placeres que gozaba;
 Huyó por siempre la ilusión que amaba
 Y mi dicha también, por siempre huyó.

Vedme aquí ahora, en medio de la noche,
 Criaturas todas del Criador Supremo,
 Cual frágil barca sin timón ni remo,
 Cual vaga pluma contempladme aquí.

Por las calles vagando, solitario
 Buscó un alivio á mi mortal tristeza,
 Mas sólo miro alzarse la cabeza
 Del soberbio edificio junto á mí.

De qué sirven cavernas de la corte
 Donde el placer y la malicia viven,
 De qué sirven, si mi alma no reviven,
 Si á un infeliz no pueden consolar?

Melancólico, triste, fastidiado,
 De horrorosos tormentos mi alma henchida,

¡Ay! quisiera morir, dejar la vida,
Y á otros mundos el alma remontar.

No recojas ¡oh noche! tu ancho velo,
Más negra ponte, ponte más horrible,
Como está mi alma ponte, si es posible,
Cual el templo espantoso de Plutón.

Quiero objetos de horror, quiero tormentos
Que conmuevan mi yerta fantasía;
Salid, espectros, de la tumba fría,
Furias, dejad vuestra mansión de horror.....

Mas el horario escucho de la torre,
Las doce son, la noche está serena,
Una campana allá á lo lejos suena, (*)
Es el toque que llama á la oración.

A sus golpes las vírgenes sagradas
Cual figuras fantásticas se elevan,
Al altar del Señor festivas llevan
Los votos de su amante corazón.

Orad, orad, doncellas del silencio,
Yo también quiero orar; una cruz santa
En este cementerio se levanta
En medio de la mustia soledad.

En frente del calvario, majestuosa,
A la oración parece que me invitas;
Oyé, cruz santa, mis mortales cuitas,
Escucha mis gemidos, por piedad.

Solitaria, en la calle, sin abrigo,
Sufres, cual yo, del tiempo los rigores;
Triste vives, cercada de pavores,
Sin antorcha, sin templo, sin altar.

No vengo, pues, aquí, leño sagrado,
De tu templo á admirar los capiteles,

(*) Convento de Capuchinas indias.

Huyendo vengo de pasiones crueles
Que destrozan mi pecho sin cesar.

Cuando niño, recuerdo que mi madre:
Hijo, ¿dónde está Dios? me preguntaba;
Y mi cándida mano levantaba,
Señalando tu trono, Santo Dios.

Y doblaba á su ejemplo mi rodilla
Y mis manos cruzaba sonriendo,
Sus piadosas palabras repitiendo
Con candor infantil y débil voz.

Entonces me escuchabas, Sér sublime,
Porque hablaba contigo mi inocencia,
Aun no se había manchado mi conciencia
Con el lodo de un mundo criminal.

Aun mi mente tranquila disfrutaba
Mil ensueños de amor, mil ilusiones,
No el influjo fatal de las pasiones,
No los ecos dolientes del llorar.

Mas ahora, ¡infelice! mi plegaria
Ya no exhala el aroma del contento,
Ya no sonrías á mi ardiente acento,
Y serio tu semblante está, Señor,

Porque huyó de mi mente la pureza,
De mis labios el soplo de la brisa,
Y en vez de su, antes, virginal sonrisa
Los sollozos te ofrecen del dolor.

Recíbelos, te ruego, Sér sagrado,
Porque en ti sólo encuentro mi consuelo;
Sin ti, Gran Dios, en este fatal suelo
¿Qué sería de mi pobre juventud?

De esta edad desgraciada en que el engaño
Su red fatal nos tiende de ilusiones
Do la envuelven las pérdidas pasiones,
Y adiós honor, educación, virtud,

Triste estoy, ¡ay! muy triste, y ni un amigo,
Ni una joven encuentro cariñosa;
Por todas partes sólo miro odiosa
La imagen del orgullo y del doblez.

Orgías por todas partes tumultuosas
Do resuena el rumor de las pasiones,
En la calle, en el templo, en los salones
Y hasta en la tumba triste, orgías también.

Cuántas veces en ellas confundido
De sus goces también he disfrutado;
Mas el fútil placer sólo ha dejado
El hondo tedio y el dolor tenaz.

No quiero orgías, no quiero ya placeres,
Quiero sufrir, porque éste es mi destino;
Quiero á tus pies llorar, árbol divino,
Porque eres tú mi bálsamo de paz.

Aquí vendré, ¡oh signo de dolores!
A contarte mis cuitas, mi amargura,
Una flor te traeré, fragante y pura,
Sobre tu peana humilde á deshojar.

¡Oh! qué contento estoy, qué despejado,
Cómo corre en mis venas dulce calma,
La oración es el bálsamo del alma
Que reanima la vida del mortal.

Oraré, pues, mientras te pise, ¡oh mundo!
Para calmar mi bárbara tristeza,
Y venga, ¡oh Dios! la muerte con presteza
A hundir en el sepulcro mi dolor.

Allí no habrá tristeza, allí tan sólo
Verá el mortal que pise mi morada,
Sobre mi pobre lápida grabada
Una cruz, una lira y una flor.

LA CITA.

Dormía el orbe en honda calma
Y la noche triste y quieta,

Parecía
Que el pensamiento del alma
O el delirio del poeta

Protegía.
De la cita de mi amada,
Esperando estaba la hora

Oportuna,
Cuando oigo una campanada
Que rompe el aire sonora:

Es la una.
A la calle de mi hermosa
La planta dirijo ansiosa,

Y al llegar,
Atento llevo la oreja
Al pie de la fría reja

A escuchar;
Pero solamente siento
El blando ruido del viento

Que, al pasar,
Turbaba con su plegaria
De la noche solitaria

La honda paz...

A cada hora crece lenta
 La negra sombra y aumenta
 Mi pavor,
 Pues sólo convulsa brilla
 La opaca luz amarilla
 Del farol.
 En negra capa embozado
 Inquieto en el enlosado
 Me paseaba.
 Y la seña convenida
 Que me diera mi querida
 Esperaba.
 Oigo luego un leve ruido
 Que causa con su crujido
 La vidriera,
 Y ví en la ventana oscura
 Su encantadora figura,
 Pues ella era.
 Me acerco entonces temblando
 Y el corazón palpitando
 De temor,
 Porque es terrible el momento
 En que se escucha el acento
 Del amor.

María, ¿eres tú?—Yo soy.
 —Cuánto tardabas, hermosa,
 Un siglo hace que aquí estoy;
 Mas, por qué estas temblorosa
 Cual tímida mariposa?
 ¡Oh! cuán bello es, virgen pura,
 Después de tan rudo empeño
 Hablarle á su caro dueño

En noche callada, oscura,
 Cuando todo yace en sueño.
 María, qué agitado estoy,
 Déjame en calma un momento,
 Déjame tomar aliento
 Porque cuando á hablarte voy
 No sé, mujer, lo que siento.....
 ¡Oh! cuán bello es, angel mío,
 Este temor y valor,
 Este fuego y este frío
 Y este dulce desvarío
 Con que se indica el amor.
 Tiemblo, oh niña, junto á ti
 Como tiembla el sentenciado,
 Cual ave herida en el prado,
 La oveja ante el jabalí
 O ante Dios el sentenciado.
 Después de tanto llorar
 Qué dulce es, mujer, reír,
 Tu linda mano estrechar,
 Tu voz angélica oír
 Y tu aliento respirar;
 Mas déjame, por favor,
 Que escuche yo de tu acento
 La confesión de tu amor;
 Que tu labio encantador
 Me la envíe con su aliento.....

 ¡Ay! por qué silencio tanto?
 Nada me dices?..... y lloras!
 Lloras, María, porque ignoras
 Que te traiciona ese llanto.
 Déjame, dueño adorado,
 Déjame imprimir, ardiente

Sobre tu cándida frente
Este beso enamorado.....

Pobre palomita errante,
Cómo incauta, sin temor
Te abandonas al amor
Sin conocer al amante?

No temes que este mortal,
Que se dice amante fino,
Pueda ser áspid malino
Que quiera causarte mal?
Y nadie vela por ti,
Todo respira beleño
Y tu madre, en hondo sueño
Durmiendo se encuentra allí.

Durmiendo sin inquietud,
Durmiendo ¡incauta! durmiendo
Y tú tal riesgo corriendo;
Qué mal guarda tu virtud.

Madre incauta, duerme en paz,
Duerme, que nada te aflija,
Que mientras ame yo á tu hija
Puedes dormir sin soñar.

No temas tú, amada mía,
No temas de que inhumano
Marchite un delirio insano
Tu virtud, tu lozanía.

No temas, no, virgen pura,
Que con torpe liviandad
Aje tu virginidad,
Tu único bien, tu ventura.

Ni qué, al ajarla obtuviera
Marchitar tu corazón,
Borrar mi grata ilusión
Por un placer de quimera,

Por goces que vierten hiel,
Que halagan un solo instante
Y convierten al amante
En hiena hambrienta, cruel.

Que estigma en la frente imprimen,
Brutales, sin poesía,
Goces que engendran, María,
Una venganza y un crimen.

Guarda, pues, tu honor, á fe,
Conserva limpio tu honor,
Guarda el cáliz del amor,
Que yo lo respetaré.

Lo respetaré, alma mía,
Como un relicario santo,
Porque eres, niña, mi encanto,
Mi ilusión, mi poesía.

Esto se llama placer,
Esto es amar con pureza,
Y amalgamar con nobleza
El goce con el deber.

Goce que no tiene nombre,
Placer que el mundo no entiende,
Pero que el poeta comprende
Porque siente más que otro hombre.

Que al decirlo ahoga la voz
Que con pesadumbre oprime;
Placer intenso, sublime,
Como el del ángel y Dios.

Esto es, oh niña, sentir,
Está es delicia completa,
Esto es, en fin, ser poeta,
Que lo contrario es mentir.....

—Loco estás, bien mío, á fe;
Oh, si hablar cual tú pudiera

Eso y más yo te dijera,
 Pues más que eso yo soñé.
 —Loco estoy, dices verdad;
 Pero quién no lo estaría
 Cuando halla en ti, vida mía,
 Tanto amor, tanta beldad?
 Loco estoy, bien mío, de amor;
 Me inspiras tanto, mujer,
 Que me fatiga el placer
 Después de tanto dolor.
 Unámonos, pues, los dos,
 Crucemos juntos la vida
 En este mundo feroz:
 Después juntos, mi querida,
 Iremos á ver á Dios.

Impreso en "La Aurora de la Libertad."

AL MALOGRADO POETA MEXICANO

D. FERNANDO CALDERON.

¡Oh pareca inexorable!
 ¿Por qué no oprimes con tu saña cruda
 A tanto vil y mísero egoísta
 Que con cruel corazón, con alma ruda
 Jamás su torva vista
 A mirar levantaron
 En favor de los míseros humanos,
 Sino cuando esperaron
 Henchir de oro sus avaras manos?
 Pero tú te complaces, pareca impía,
 En arrancar de nuestro patrio suelo
 A los genios sublimes
 Que le dieron honor y nombradía
 Y que eran su esperanza y su consuelo.
 Moriste, Calderón; ¡oh pareca impía!
 Por qué en mí no clavaste tu saeta?
 No viste que era poeta?
 En su mano no viste que vibraba
 La dulcísima lira
 Que con mágico influjo adormeciera
 La cruel herida que el dolor hiciera?
 La lira de oro que el Eterno mismo
 Al producirlo de su sabia mente,
 Con su mano potente
 Le regaló mandándolo á este abismo
 De locura y dolor á que cantara
 Y así las penas del mortal calmara.

Por qué te fuiste, ¡oh poeta! no tenías
Amigos en tu patria que te amaban,
Que reían contigo si reías

Y si llorabas tú, también lloraban?
Y quién ahora, quién? nadie sin duda
Se atreverá á pulsar tu dulce lira
Sin cometer un sacrilegio, y muda,
Olvidada estará sobre tu pira.

Mudo el teatro estará y en el olvido:
Quién nos dará *Torneos y Ana Bolenas?*
¡Ay! nuestro teatro siempre envilecido
Mendigará por siempre obras ajenas?

Tú poseíste, Calderón, la clave
Del alma de los hombres. Tú adormías
Sus padeceres con tu acento suave
Y á tu placer sus fibras conmovías.

Venga Crespo con todas sus riquezas
Y Napoleón con su renombre y fama,
Nunca podrán trocar su oro y proezas
De la poesía por una sola llama.

Por qué no mueren, pues, tantos malvados
Henchidos de poder, henchidos de oro,
Que viven en su yo, siempre afanados,
Y no tienen más dios que su tesoro?

Con el ruido del oro ensordecidos
Nunca oyeron del poeta el triste canto,
Ni del huérfano oyeron los gemidos
Ni el quejido de amor en su quebranto.

Y estos hombres no mueren, Dios sagrado,
Estos hombres que buscan sus placeres
En la senda del mal, en el pecado,
En el amor de impúdicas mujeres?

¡Ay! yo te amaba con el alma mía
Aunque nunca tu faz yo conociera;

Mas, qué importa la faz si tu poesía
Toda tu alma á conocer me diera?

Sí, te amaba porque eras virtuoso,
Porque habitó en tu labio la verdad,
Que nunca el poeta pudo ser vicioso,
Nunca en su pecho pudo haber maldad.

¡Ay! ni cómo pudieran esos seres
Sus glorias con el crimen eclipsar,
Cuando gozan de célicos placeres
Que el perverso jamás pudo gozar;

Cuando sólo rebullen en su mente
Ideas de eternidad, ideas de amor,
Y del mundo su pecho sólo siente
El dardo agudo del mortal dolor?

Si sólo en la natura dulce calma
Y alivio encuentra al rudo padecer,
Si allí se embebe en goces, si allí su alma
Parece que se siente renacer.

Si brota de sus labios la poesía
Cual brota de las flores dulce miel,
Si él huye los placeres de la orgía,
Pudiera producir amarga hiel?

Vive, pues, Calderón, vive en tu fama,
Porque es tu gloria pura, inmarcesible,
Porque te llora México sensible,
Te lloran tus amigos con dolor.

Y entre las lirás dulces y sonoras
Que adornan el parnaso mexicano,
Permítaseme á mí con torpe mano
Pulsar la mía ¡oh poeta! en tu loor.

EL ARROYUELO.

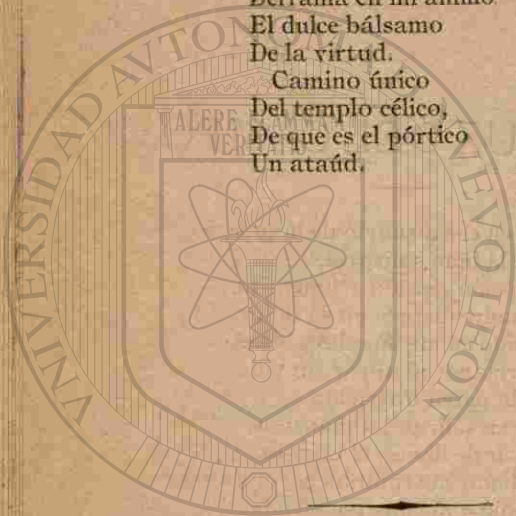
Riachuelo cariñoso:
Díme en qué se asemeja
Tu placida corriente
Al fervido torrente
Del Atoyac terrible y espantoso.
¡Ay! tú eres tan humilde,
Tan manso, tan medroso,
Que la débil pajilla,
Que salta de la orilla
Basta á turbar tu curso silencioso.
Ni traspasas tus bordes,
Ni tus aguas empañas
Y modesto y sencillo,
Alegre estás si bañas
El espino silvestre y el cardillo.
Y más contento, cuando
Algún travieso niño
Se acerca retozando
A jugar con tus aguas,
Y te mira y se ríe con cariño.
Cuán preciosos se miran
Los mil globillos vagos,
Que á tu modesta playa

Uno, tras otros giran,
Formándote en dos lindes una valla;
Mas, libre, independiente,
En vez de dulce arrullo
Lanzas fóbil murmullo,
Si obstáculo insolente
Impide girar libre tu corriente.
Calla, pues, no te aflijas,
Mi mano cariñosa
Va á quitar esas guijas
Cuya audacia importuna
Así tu libertad quitó envidiosa.....
Goza ya de tu suerte
Mientras lloro la mía,
Porque no hallo, obsequiosa
Otra mano piadosa
Que me ayude á vencer mi suerte impía.

Riachuelo límpido:
Que giras rápido
Hasta las márgenes
Del ancho mar.

Recoge plácido
Las tiernas lágrimas
Que vierto pródigo,
Y sin cesar.
La vida insípida
Que arrastro mísero
Siempre entre obstáculos,
Torpe ha de ir?
Y siempre tétrico
De amor solícito,
Tormentos hórridos
He de sufrir.

¡Oh! Dios benéfico!
 Derrama en mi ánimo
 El dulce bálsamo
 De la virtud.
 Camino único
 Del templo célico,
 De que es el pórtico
 Un ataúd.



LA CRUZ DEL CAMPO.

Aun leía en el santuario de la muerte
 A la luz de la luna solitaria,
 Una inscripción sentida y funeraria
 Que una madre dictara en su dolor;
 Y embebido en mis fúnebres ideas,
 Tantos hermanos al mirar sin vida
 Execraba la parca fraticida
 Sin pensar en salir de su mansión;
 Mas, al oír de llaves, el crujido,
 Que abandonar las tumbas me indicaba,
 Salí al campo y apenas me alejaba
 Cuando te ví á mi frente, augusta cruz.

Gigantesca te elevas á los cielos,
 Protección ofreciendo á los humanos,
 Mas ingratos é indignos los mundanos,
 Ni un recuerdo traemos de virtud.
 Majestuosa y esbelta en medio al campo
 Te elevas solitaria como mi alma,
 En medio del silencio y de la calma,
 Emblema de la paz y la orfandad.

Ideas de religión á mí me inspiras,
 Ideas de eternidad y bienandanza,
 Y en mi pecho reanimas la esperanza
 Y en mi mente difundes la verdad;

Pero este mustio retiro,
 Por qué elegiste, cruz mía,
 Do tu única compañía
 Es la mansión del dolor.
 Donde ni un árbol, ni un muro
 Se alzan á cubrir tu frente
 Contra el hielo y sol ardiente
 Ni contra el rudo aquilón.
 Es tal vez que en pos veniste
 De este silencio profundo,
 Quisiste lejos del mundo
 Junto á los muertos morar?
 Tierra madre, aquí veniste
 A consagrarles tu ayuda,
 Al huérfano y á la viuda
 Que aquí vienen á llorar?
 O tal vez veniste huyendo
 Del mundo estúpido y vano,
 Que olvida á su Dios insano
 Que por él, en tí murió?.....

Tu antorcha es la luna,
 Tu templo es el cielo
 Y el árido suelo
 Te sirve de altar;
 Y en tela musgosa
 De grama tejida
 Yo siento, mullida
 Tu alfombra pisar.
 Si humano cariño
 No te ha consagrado
 De flores copado,
 Chinesco pichel;

En cambio, natura,
 Cercó cariñosa
 De mirtos y rosa
 Y arbustos tu pie.
 Mil cálices se abren,
 Su aroma exhalando
 Que el céfiro blando
 Te viene á brindar.
 Y suplen la falta
 Del rico incensario,
 Que humea en el sagrario
 Allá en Catedral.
 No tienes un coro
 Do pobres mortales
 Entonen venales
 Su hipócrita voz.
 Mas mil insectillos,
 Nocturnos cantores
 Te obsequian loores
 Más gratos á Dios.
 Si el mundo no viene,
 Cruz santa, á adorarte
 Y humilde, besarte
 Desde esa ciudad.
 Las mieses y cañas
 Del viento mecidas
 Acatan rendidas
 Tu gran majestad.
 Sólo un sacerdote,
 No tienes propicio
 Que aquí un sacrificio
 Te venga á ofrecer;
 Mas tienes un joven
 Postrado á tu planta

Que humilde te canta
Con santo placer.

Mis hombros no cubren
De lino y jacinto
De púrpura tinto
Levítico Ephod.

Ni el saero carácter
Con que consagrarte,
Y una hostia libarte
Ministro de Dios.

Mas tierno, obsequioso,
Te doy mi cariño
Y el beso de un niño
Yo pongo en tu pie.

Porque eres, cruz santa,
La enseña que adoro,
Que enjuga mi lloro
Y mi único bien.

Impresa en la "Aurora."

A LA LUNA.

Luna sublime de fulgor cercada
Que del espacio surcas el vacío,
Ven, por piedad, anima el pecho mío
Que gime sin cesar.

Alma del cielo, mágica criatura,
Obra grandiosa del Omnipotente,
Me postro humilde cuando veo tu frente
Tras el monte asomar.

Todo se calla cuando tú te elevas
Por entre nubes de ébano brotando
El azul horizonte iluminando
Con tu luz virginal.

Subiendo vas con majestad gentil
Haciendo de luceros escalones,
Y de nubes tendidas en vellones
Tu mullido tapiz.

Sentada en el zenit en regio trono
Rodeada estás de tu estrellada corte,
Y viene á recoger brisa del Norte
Tu espesa alfombra gris.

Limpio queda el espacio ante tus rayos
Y ni una nube tu blancura empaña,
Del hotentote el polo, tu luz baña
Y el polo del imán.

Rodeada de magníficos luceros
En el cielo te ostentas majestuosa,

Y el mundo te proclama por su diosa,
Por reina de la paz.

Y de Oriente á Poniente y de los polos,
Dulces, tristes ó graves las miradas
De mil y mil pupilas extasiadas
Pendientes de ti están.

El astrónomo allá en su observatorio
Cuando mueres te mira y cuando naces,
Y en su antejo pendiente de tus fases
Lo ves amanecer.

Del parque en la glorieta la belleza
De una mujer aumentas y blancura,
Y su amante á sus pies en su locura
Más poética la ve.

En el borde del Niágara el viajero
Admira su gran cuadro á tu salida,
Y al mundo entero allí á gozar convida,
Pues le ahoga el placer.

En su kiosko calado orilla el Bósforo
El magnate oriental rielar te mira,
Y en su blando cojín gozoso aspira
Su taza de café.

El marino en la popa reclinado
En copos de humo su penar disipa,
Y te pide tu luz mientras su pipa
Acaba de fumar.

A lado de su establo está el buen Pedro
Bajo un fresno á la puerta de su choza,
Con su perro, sus hijos y su esposa
Gozando tu fulgor.

Su pena alivia en calabozo oscuro
El preso atado á la robusta argolla,
Sí al través de la estrecha claraboya
Te mira aparecer.....

.....
¡ Cómplice del amor! por entre nubes
Velada á veces de sombríos vapores,
A media luz protejes los amores
Tras púdico antifaz.

Porque comprendes, diosa de la noche,
Cuán ruda es del amor la pena impía,
Qus enamorada tú del dios del día
En vano tras él vas.

Y mientras vas tras él, sin esperanza,
El brillante lucero de la tarde
Haciendo en vano de su amor alarde
Te sigue á ti también.....

Mas la noche se avanza. Hacia el ocaso
Con lenta gravedad vas descendiendo,
Y al mundo y la ciudad va entumeciendo
Silencio sepulcral.

Parece que del cielo se desprende
Sobre inmenso, dormido cementerio,
La lámpara expirante del misterio
Que á apagar va el guardián.

Nos dejas y te vas, ¡oh bella ingrata!
A otros mundos voluble te desprendes,
Para otras gentes tu fanal enciendes,
Magnífica vestal.

A MÉXICO.

(Fragmento).

México hermosa, patria idolatrada,
La de las ricas minas,
La de azul cielo de radiantes lumbres,
La de cadenas de elevadas cumbres
Y la de ardientes y nevados climas.
La de hermosas mujeres
De color de piñón, de pie pequeño,
De peculiar desdén,
De ojos negros, brillantes como estrellas,
Sin rival en el mundo para ellas.
La que ofrece en montones al viajero,
Sin distinción de climas,
Los mangos ricos, las naranjas de oro
Y las jugosas limas,
Unidos en un cesto, como amigos,
Con duraznos, con peras y con higos.
La de claros talentos
Cuya luz, como el sol, deslumbrarían
Si como al sol, los vientos
Sus caminos la paz, abriera pía.
Inmenso bosque de salvajes fieras;
Paraiso extenso de brillantes aves,
Vergel divino de variadas flores
Quién, dime, tus dolores
Virgen de Anáhuac, calmara y tus ayes;
Tierra bendita de los mil volcanes
Que cual fieros titanes
Alzan su frente colosal al cielo,
Sagrados pebeteros que humean siempre
Como oración para calmar tu duelo.

Tendida ¡oh virgen! entre dos océanos
Sobre blanco sofá de blandas olas
Aislada y abatida
Nadie escucha tu queja dolorida
En esas frías inmensidades solas.

A Europa y China tiendes ambos brazos
Y ni aun te ve la China
Y si Europa te ofrece sus abrazos
Es que en tu seno vió su rica mina.

Es de mañosa amiga, la ancha falda
Almohada do reclinas tu cabeza
Dalila así á Sansón acariciaba
Y faltando, traidora, á su promesa
El pelo le cortaba.

Tus pies inertes, fríos
Tendidos hacia el Sur, ninguno abriga
Y si tocan la mano de una amiga,
Esa amiga indigente
Ay! nada puede darte
Ni un pobre harapo que tus pies caliente.

Sólo el cielo, señora, sólo el cielo
Por tu existencia vela
Y su espléndido sol, su azul divino
Preparado te tiene otro destino
Y con lluvia y con flores te consuela. . . .

Si crees que ya no te amo patria mía
Porque hace tiempo enmudeció mi lira,
Mi corazón, tus glorias siempre admira
Y te amo todavía.

No, patria, no, mis flores no han pasado
Y al ver lucir un rayo de esperanza
En mi alma se despiertan los destellos
De sentimientos bellos
Y siento bienandanza.

Ni quién daría al olvido
 El suelo en que sus padres han nacido,
 Su mismo suelo, de sus hijos cuna,
 De sus buenos amigos,
 De las bellas mujeres que ha querido?
 Cómo olvidar pudiera los momentos
 Que al pie de un sauce, orilla de una fuente,
 Entre raudal de bellos pensamientos,
 Viera rielar los rayos soñolientos
 De la luna esplendente?

Cómo olvidar la plática sabrosa
 Que las noches de invierno han provocado
 Al lado de fogata luminosa,
 De hijos, amigos y mujer hermosa
 Y un vaso á más, de ponche regalado?

Cómo olvidar sus bailes, sus salones,
 Do asaltan en tropel las ilusiones,
 Donde se pierde el juicio
 Entre hermosas y danzas y armonías
 Y entre aromas y luces y bullicio?
 Cómo olvidarme qué en el templo, un día,
 Ante un Cristo, sumido en deseconsuelo,
 Mis cuitas, de rodillas repetía,
 Y que bajó del cielo

El consuelo y la paz al alma mía?
 Si tanto tiempo enmudeció mi lira
 No fué, patria, mi culpa, te lo juro,
 Fué que traidores bandos
 Arrancaron sus cuerdas, en su ira
 Y á mis pies arrojándola en pedazos
 A mi fe levantaron alto muro

A MI PEQUEÑA SOFIA

En muelle cuna al mundo te lanzaste
 Y al dar el primer paso hacia la vida
 Del mundo, sobre el pórtico miraste
 En grandes caracteres esculpida
 Una negra inscripción,
 Que revela al mortal su triste suerte
 Y dice: ¡maldición!

Pensaste entonces en el destino triste
 Que te esperaba ¡oh niña! y sollozando
 En otra cuna súbito te hundiste
 Un recuerdo tan sólo en pos dejando
 Y un rastro de dolor,
 Que tu padre infeliz consuela, ¡oh niña!
 Porque te ve con Dios.

EN EL PANTEON DE SAN FERNANDO

EL 2 DE NOVIEMBRE.

También aquí deslízase el orgullo
En podredumbre y fetidez envuelto
Convertido en horrible calavera;
También aquí, del oro, su capullo
La vanidad se forja y su trinchera,
Para probar al mundo que es el oro
El solo objeto del cristiano y moro.

También aquí la furia de la orgía
Viene á ostentar su despotismo insano
De que es la sociedad cobarde presa;
También aquí, de la mentira impía
Viene á asomar el monstruo la cabeza,
Y en el santo recinto de la muerte
El hombre miserable se divierte.

No le bastan los teatros, los paseos,
Los tívolis, las calles, los salones,
Helos ahí, haciendo, de los templos
Alegre y ancho campo á sus bureos,
Y probando, además, con sus ejemplos,
Que estrecho el tiempo á su pasión impía
Buscan también la eternidad sombría.

Pasad, pasad, ¡oh mundanal ruidera!
Pasad, barullo frívolo, insensato,

Dejad campo al misterio: abridle plaza
A la contemplación santa y severa;
No profanéis con torpe desacato,
De la filosofía, el templo augusto,
Sagrario santo del dolor adusto.

Dejad campo á las pocas almas buenas
Que, una madre á llorar, ó un hijo vienen,
Y al través de la tumba, en lontananza
Ven el alivio de sus duras penas
En la santa virtud de la esperanza;
Que sienten, del dolor la aguda espina
Templada, empero, con la fe divina.

Las gentes que venís á saciar vana
Curiosidad impía; las que de orgullo,
No de santo dolor, venís henchidas,
Indignas, á ostentar en lid villana
Vuestro mayor valer, vuestras mentidas
Ofrendas ricas; la mansión postrera
Dejad en paz, donde la paz impera.

Yo quiero solo estar; quiero en la calma
Las tumbas contemplar, ya que extranjera
Es al hombre mi lengua, y peregrina,
Y no hallo una alma que comprenda mi alma.
¡Cuánto la inspiración que me domina
De punto subiría, si musa cara
De un amigo ó beldad mi numen guiara!

Mas, ¡silencio, Señor! ¿á qué mis quejas
A interrumpir me asaltan, importunas,
La honda meditación que aquí me guía?
Si el pensamiento remontar me dejas,
Si en lo bello y sublime todavía
A mi alma le reservas un abrigo,
¿Qué importa la beldad, ni qué el amigo?

Solo estoy ya: la de oro
Lámpara ardiente del día
Se apagó, se enciende pía
La de plata, á quien adoro,
La de la noche sombría.

Solo estoy ya frente á frente
De este sepulcral silencio,
Cesó el ruido impertinente
Y este santuario elocuente
De rodillas reverencio.

Rodeado de sepulturas
En que yacen nivelados
Y á polvo vil reducidos
Tantas hermosas figuras,
Tantos talentos lucidos,
Tantos crímenes dorados,
Tantas grandes aventuras,
Tantos amigos queridos,
Tantos orgullos hinchados,
Y acciones santas y puras
Y quebrantos doloridos;

Crece el misterio y se eleva
Como gigante invisible,
Que la negra duda lleva
Y que á la razón subleva
Al pensamiento imposible.
¡Ay! y el alma desfallece
Y el racionio naufraga
En ese mar que ennegrece
Sus olas turbias, y crece,
Y al fin la razón se traga,
Y agonizante, aterida,
De la fe santa se afianza
Y la saca la esperanza

Sin aliento, ¡ay! mas con vida,
A la playa de bonanza.

Do quier la vista se posa
Sólo ve polvo y escoria;
Aquella joven hermosa
Que fué del mundo la gloria,
Y que risueña y graciosa
O con el ceño iracundo,
Con desdén y con enojos
Despreció el amor, que el mundo
Le ofrecía puesto de hinojos:

He allí en estrecho agujero
Metida en horrible empaque,
Que con hermético esmero
Se acerca el asco ligero
A cubrir con el zulaque.
Y esa lápida de mármol,
Y esas coronas de flores,
Sólo son bruñida máscara,
Falsa cáscara de ese árbol
Que daba en su vida amores,
Y hoy sin raíz y sin cáscara
Yace carcomido y seco

Por gusanos roedores
En ese mezquino hueco.
Y á esa mujer, ¡ay! tan bella,
A quien el mundo, su vida
Hubiera dado y su oro
Por una mirada de ella,
Hoy ese mundo la olvida
Sin gratitud ni decoro,
Porque se eclipsó su estrella.
Cuántos miro, mausoleos
Con sus ricos macetones,

Con sus dorados festones,
 Con sus soberbios trofeos
 Alzados á ricos hombres
 O á los ilustres guerreros,
 Para eternizar sus nombres
 En los siglos venideros;
 Y si volvieran mañana
 Al mundo, la envidia insana
 Otra vez los mataría,
 Para hacer su apología
 Y alzarles otra peana.
 Miro de esposos y esposas
 Al pie de las ricas fosas,
 Ardiendo gruesos hachones
 Sobre arañas y blandones,
 Y miro caras llorosas,
 ¡Ay! quién sabe si en la vida
 No tuvo la misma suerte
 Esa sombra tan querida,
 Que hoy, que es presa de la muerte,
 Tardíamente sentida.

También el niño, Señor,
 Viene aquí á pagar tributo,
 Y el que, ayer ángel de amor
 Hoy es cadáver enjuto
 Que se mira con horror.

Que nazca y crezca una rosa,
 Que en botón brote lozana,
 Que abra su córola hermosa,
 Que vierta su aroma ufana
 Y muera después, es cosa
 Que cabe en razón humana;
 Pero á ninguno se alcanza
 Que muera el hermoso niño,

Cuando á la vida se lanza
 En alas de la esperanza,
 Entre nubes de cariño,
 Entre afanes de crianza.....

Mas la luna se vela. Levantarse
 Blancas y vagas sombras do quier miro,
 Que con aéreo giro
 Llegan sobre las tumbas á posarse
 Clavando en mí su tétrica mirada
 Puesta la mano seca en la quijada.

Sobre la triste pira
 De la cruz en el brazo colocado
 Con ojos de carbunco el buho me mira,
 Y lanza su quejido malhadado,
 Que horror al alma y compasión inspira.

La tórtola también triste, llorosa,
 En la cúspide está del campanario,
 Su canción entonando quejumbrosa
 Que resuena en el fúnebre santuario
 Cual, de alma en pena, queja misteriosa.

Qué me queréis, ¡oh! sombras vagabundas
 Y aves de la tristeza, que así en vela
 A los muertos hacéis la centinela
 El alerta lanzando gemebundas
 Con vuestra agonizante cantinela?

Mi presencia os estorba,
 Que así me veis con la mirada torva?
 No queréis que desahogue en santa calma
 Los profundos suspiros de mi alma?

Dejad, tranquilas, vuestro hostil acecho
 ¡Oh sombras de la muerte!
 Quedad en paz, volved á vuestro lecho,
 Volved á vuestra sien el sueño inerte,

LA ADÚLTERA.

(FRAGMENTO.)

Sus lindos ojos destellaban, bellas
Miradas puras de apacible amor
Que robaban su luz á las estrellas
Y al niño su candor.
Dulcísimas palabras de su boca
La santa fe volvían al corazón
Y Dios la veía siempre, á quien invoca
Dispuesta á la oración.
De su esposo y sus hijos embeleso
Madre buena ella fué y esposa fiel
Y siempre de sus labios pendía un beso
Como gota de miel;
Mas el soplo aspiró de la "Reforma,"
Cuyo aliento podrido é infernal
De su alma convirtió la linda forma
En sucio lodazal.

Hoy de los suyos vergüenza
Y escándalo á los extraños
Con tardíos desengaños
Verá en amargura intensa
Correr sobre ella los años.
Nunca el semblante sereno
Podrá alzar á la luz clara
Sin que algún dedo, en su cara
Se alce á señalar el cieno
Con que el crimen la manchara,

Cuando el mal que les ha hecho
Sepan sus hijos y agravio:
Cuando sepan que del pecho
Los arrojó con despecho
Faltando leche á su labio:
Que en vez del amante brazo
Hallaron inerte almohada
Y por maternal regazo
Indiferente *criada*
Sólo hallaron en remplazo:
Que en la lucha con su sino
Sólo hallaron á su padre
Que con cariñoso tino
Guiarlos supo en el camino
Que les abrió su cruel madre:
Que en noche cruel y sombría
A buscar fueron abrigo
Cual miserable mendigo
Huyendo de madre impía
A la casa de un amigo.....

LOS HIJOS ABANDONADOS

La noche está sombría,
Las calles silenciosas,
De pasos, en las losas
Un eco respondía
Al compasado són.
A dónde se dirigen
Un padre desgraciado
Dos niños á su lado
Llevando, que lo afligen
Con llanto de dolor?
Lleva uno de la mano
Y el otro la *pilmama*
Y triste al cielo clama
Contra su hado inhumano,
Que hogar no tienen ya.
¿A dónde, dice el grande,
Nos llevas, papá mío?
Yo tengo sueño y frío.
—A donde Dios nos mande,
Responde sin pensar.
Que huérfanos, sin pena,
Vil madre é inclemente
Por mísero aliciente
Dejólos, más que hiena
Sin madre y sin hogar.
Y no sabiendo dónde
Sus pasos maquinales

Lo guían á los umbrales
De amigo, do se esconde
Consuelo y caridad.

Y allí noble señora
Dólida de una suerte
Más dura que la muerte,
Un lecho, donde mora,
A aquellos niños da.

Los inocentes niños
Su suerte lamentando
Se duermen sollozando
Del padre á los cariños
En lecho de orfandad.

Feunda aquí semilla
Sembróse de su pena,
Larguísima cadena
Su niñez acribilla
De padecer mil.

Y mientras madre impía
Gozaba en ancho mundo
El holgazán inmundo
Placer de vil orgía,
Ellos sufrían aquí.

Si enfermedades crueles
Veníanles lastimeras,
A manos extranjeras
De sirvientes infieles
Tenían que recurrir.

Sí, bien, de Paul la huella,
Alguna dama toma
Con su alma de paloma
Y con su mano bella
Alivia su sufrir.

Y así, ¡jay! entre hurañeces

Y caridad y penas
 Bebiendo van las heces
 De cruel niñez, que apenas
 Al fin pasando van.
 Vendrán las horas bellas
 De juveniles años
 Y crueles desengaños
 Al ver detrás sus huellas
 Tendrán que lamentar.

PLUMADA HISTÓRICA

Por qué, mi amigo Fabio,
 Llorar siempre te miro?
 Tu vida ¡vive Dios! es un suspiro
 Forrado de hombre en cuyo seco labio
 Sólo amargura asoma
 Y triste queja de insufrible aroma.
 Crees acaso, insensato,
 Que para ser poeta
 O grave literato
 Es fuerza ser Heráclito maceta?
 Yo también, á fe, tengo
 Mis humos de versista,
 Mas á todo me avengo
 Y nunca he sido tonto pesimista.
 Sé que el siglo es vacío
 Que sólo gana y come y juega y bebe,
 Que engaña, que se fincha, que es impío,
 Que á todo mal se atreve
 Dejando rienda suelta á su albedrío.
 Sé que el poeta padece cuando es poeta
 Y no versista inepto,
 Es decir, si es honrado, piensa y siente,
 Si es digno independiente
 Y con sudor, se gana la peseta.
 Y lloro á veces, creelo,

Mas con fingida risa
 Mis lágrimas yo velo
 Secándolas, si tengo, con pañuelo,
 Y si nó con mi manga de camisa.
 Mas no es mi llanto, Fabio,
 Por insulsas pamplinas;
 Ni creas que hago mohinas
 Por lo que el vano y tonto forma agravio.
 Si el dinero se pierde, vaya en gracia,
 Se trabaja de nuevo;
 Que el que alimenta á Febo
 Es la riqueza por antonomasia.
 Si una mujer es pérfida y engaña,
 Que vaya en buena hora,
 En ella no se pierde una señora
 Sino una, cuando más, bella alimaña.
 Yo lloro, amigo mío,
 Porque ese fuego que devora mi alma
 ¡Ay! ni me deja descansar en calma
 Ni en ese mundo calculista y frío
 Ha podido elevar su pobre palma
 Ni abrirse un circo en que ejercer su brío.
 Cuando joven soñaba amor purísimo,
 Eter sutil del celestial palacio,
 Como el limpio destello del topacio,
 Cual celaje blanquísimo
 Que cruza solo en el azul espacio.
 Y en cada mujer ví, del ángel cándido
 La candidez purísima en la frente
 Y en cada, de sus ojos, chispa ardiente,
 Un rayo de luz mágico
 Que del cielo bajaba refulgente.
 Me engañé; mas la culpa no fué de ellas;
 Ellas lloran, tal vez, como yo lloro

La mala educación de esta era de oro
 Que destruyó sus ilusiones bellas.
 Tal vez sus almas nobles vegetando
 En el marasmo yacen
 Y el fuego, que las quema, satisfacen
 Con frívolos placeres, disipando
 La fe del corazón, ya que no amando.
 Después ya hombre de la patria el fuego
 Quemó mi corazón y yo, Juan Baba,
 Con entusiasmo ciego
 En cada ser humano
 Un colaborador, un buen hermano
 En mis sueños alígeros miraba.
 Y en esos sueños de dorada lumbre
 Mis brazos á otros brazos enlazados,
 Remontar con anhelo
 Del progreso y la paz la excelsa cumbre
 Y alzar mi patria al cielo
 En alas del amor, sin pesadumbre;
 Mas mi palanca era
 Sacrificio y amor y fe sincera
 Y empeñado metía mi pobre hombro
 Y veía con asombro
 Que mientras más pujaba
 La patria más pesaba,
 Y era que mis patrióticos hermanos
 Poco á poco dejábanme la carga
 E ívan cansados á pelar la pava
 Si no es que ívan, ¡villanos!
 De amigo ó de enemigo á untar sus manos.
 Quise pulsar la lira y del Parnaso
 Al comenzar á remontar la falda
 Halléme sólo y en desierto eriazó
 ¡Ay! y me fuí de espalda

Cuando ví que de lejos se reía
 El mundo que mi canto no entendía,
 Al verme triste, aislado
 Y á mis esfuerzos solo abandonado,
 Sacudí mi sandalia
 Y un paseo proyecté por represalia.
 Tuve en país extraño, más fortuna,
 Pusieronme en los cuernos de la luna,
 Mas, si el "yo" satisfecho,
 No lo estaba á fe mía mi noble pecho,
 Pues sólo variación del mismo tema
 De un pueblo á otro encontré con otro lema.
 Y yo que había creído
 Que sólo salva al mundo
 De santa abnegación, germen fecundo;
 En vez de estar engreído
 Volví á lanzar mi excepcional gemido
 Y á mi sayo me dije: "ya esto es viejo,"
 Desrugué el entrecejo,
 Seguí, del mundo, la locura insana
 E hice, como él, lo que me dió la gana.
 ¿Por qué no sirves, me dirás, empero,
 Como á la patria sirven otros tantos?
 Y yo contesto, amigo, con mil santos
 Que por veinte motivos y el primero
 Porque no hallo muy sano
 El sistema que advierto, si es sistema,
 Pues siempre con mi tema
 Encuentro lo que se hace pobre y vano
 Y al final de las cuentas,
 Después de sangre, incendios, llanto y lástimas
 En las guerras cruentas
 Y de leyes y fórmulas y oficios
 Y de páginas, plazos, comisiones

Y dobladas á más contribuciones
 En los tiempos de paz, los mismos vicios
 Hoy encuentro que antaño,
 Medio pueblo esprimido como alambre
 Con el vientre vacío se muere de hambre,
 Mientras lo saca el otro del mal año,
 El fuerte oprime al débil,
 El débil odia al fuerte.

Un millón de hermosuras oigo, flébil
 En celibato lamentar su suerte,
 Mientras Ellos se burlan y divierten.

Suda el pobre sin pan sobre su mesa
 Y el rico de puro harto se bosteza,
 La gente amontonada en las ciudades
 Y los campos eriazos en breñales;
 No hay penitenciarias, faltan talleres,
 No se enseña el deber á las mujeres.....
 ¿Cómo, pues, serviría con vicios tales?
 Sería cansarte, Fabio,
 Si siguiera abrumándote mi labio,
 Ya ves por lo que lloro
 O por mis negras culpas;
 Mas para el llanto tuyo no hay disculpas.
 Alegre, pues, descuelga la bandurria
 Y quitate la murria,
 Y más no llores, que aun la viuda hermosa
 Pone la cara fea cuando solloza.

A MANUELITA N.

Virgen de adoración, mujer querida,
Mi esperanza, mi dicha, mi consuelo,
Ángel de luz bajado desde el cielo
Para alumbrar la senda de mi vida.

Idolo de mi amor, niña inocente,
No me olvides, por Dios, ¡ah! no perjura
Disipes los ensueños de ventura
Que tú misma alimentas en mi mente.

Mi historia ¡oh niña! en este mundo vano
Sólo tú la iluminas con tu gloria
Y escrita se halla por tu misma mano
La página más bella de esa historia.

Página que al leerla me deslumbra
Y miro en ella el iris diseñado
Que oculta con sus luces el pasado
Y el porvenir con su esplendor alumbra.

¡Oh cuán bello es amar! cuánto mi vida
Se reanima, Nelita, cuando siente
La dulce influencia del cariño ardiente
Con que la halagas tú, niña querida.

Si, pues, me amas y te amo: si el Eterno
En el mundo nos crió para adorarnos,
Las bellas flores de un amor tan tierno
Nadie podrá en el mundo arrebatarnos,

Y á la faz de los hombres serás mía,
Tú mi ensueño serás, serás mi esposa,
Y en el turbión de vida tormentosa
Tú serás mi sostén, mi única guía.

1840.

LOS DOS AMANTES

Daban las diez de la noche
En el reloj de un convento,
Nubes gruesas y sombrías
Encapotaban el cielo,
Las almenas de palacio
Y las cúpulas del templo
Descubriáanse con trabajo
En aquel fondo siniestro.

De la escasísima luz
A los débiles reflejos
Un bulto se vía de un hombre
Como si fuera un espectro
En el marco de una puerta
De pie clavado y enhiesto.

Era este bulto el de un joven
Y elegante caballero

Que esperaba enamorado
Que se abriera un aposento,
En cuyos vidrios fijaba
Sus miradas con empeño.

Aquel aposento era
El de su amada Loreto,
De quince abriles apenas
Y de belleza modelo,
De alma virginal y pura
Y elegantísimo aspecto,

A ella esperaba Don Carlos,
 Que así se llama el mancebo,
 Pues la víspera, su amada
 Le había citado al efecto,
 Y era su atención tan fija
 Y tanto su arrobamiento,
 Que aun no había reparado
 En un resplandor siniestro
 Que en la sala se advertía
 De la casa al otro extremo,
 Y cuya vidriera abierta
 Dejaba escapar al viento.

No era resplandor de incendio
 Mas sí formaba contraste
 Con el profundo silencio
 En que la casa yacía,
 Cual si fuera un cementerio
 Y lobreguez de la calle
 Que daría á un bravo miedo.

Otro galán más curioso
 O menos fijo en su objeto,
 Con sólo dar unos pasos
 Y empinar un poco el cuerpo,
 Habría visto con asombro
 Cuatro blandones ardiendo
 Sobre un paño mortuorio
 Y un cadáver en el centro.

Mas Don Carlos no dejaba
 Su mirar fijo y atento,
 Y esperó aún media hora
 Y hubiera esperado ciento
 Si á sacarlo no viniera
 De su eterno arrobamiento

El ruido que hizo la puerta
 Cuando la abría el portero.

De la casa de su amada
 Abrióse aquella, en efecto,
 Y cuál su asombro no fuera
 Y cuál su estremecimiento
 Cuando vió salir dos filas
 De enlutados, que en silencio
 Y con velas en las manos
 Iban de acompañamiento
 Saliendo al término de ellas
 Un ataúd el postrero.

No sabiendo qué pensar,
 Pues de aquello estaba ajeno,
 Salvó de un salto la calle
 Y con histérico acento
 Preguntó despavorido:
 Quién era el que en aquel féretro
 Llevaban de tal manera.

La señorita Cisneros,
 Respondió el interpelado
 Sin sospechar que su acento,
 Más agudo que una espada,
 Iba al corazón derecho.

Sin hacer otra pregunta
 Y á un espasmo obedeciendo,
 Dió un paso atrás desusado
 Y un alarido siniestro,
 Que rompió los corazones
 Que lo oyeran á lo lejos,
 Y el desgraciado Don Carlos
 Cayó sin conocimiento.

Levantáronle al instante
 Entre varios caballeros,

Y en la casa de su amada
 Le dieron alojamiento.
 El padre de ésta, Don Pablo,
 De alma grande y rudo ceño
 Sin cuidarse de su pena
 Le prodigó mil remedios,
 Mas fué en vano, nada pudo
 Conseguir humano esfuerzo;
 Aquel gallardo mancebo
 Era ya cadáver yerto,
 Y aquellas dos almas nobles
 Que á vivir juntas nacieron,
 Sus cuerpos dejaron juntas
 Para juntarse en el cielo.
 Al día siguiente dos túmulos
 Juntos, se vían en el templo,
 Por sus almas celebrándose
 El sacrificio incruento,
 Himeneo santo y puro,
 Consumado allá en el cielo,
 Que el mundo manchar no pudo
 Con su asqueroso ciéno.

A MI QUERIDO AMIGO
 LIC. D. JOSÉ MANUEL DEL VILLAR.

EPITAFIO.

Si no me es dado, como yo quisiera,
 Querido amigo, reanimar tus días,
 Es un deber de la amistad sincera
 Guardar al menos tus cenizas frías
 Para un recuerdo conservar siquiera.
 Con llanto de dolor, pues, en mis ojos,
 Vengo á poner en tu mansión mortuoria
 Cual página postrera de tu historia
 Esta losa que cubra tus despojos
 Y estos versos que guarden tu memoria.

EN EL JARDIN DE BARRON.

(TACTUBAYA).
ALERE FLAMMA
VERITATIS
FRAGMENTO.

Era una tarde espléndida:
Tras una lluvia incómoda,
Tornóse el cielo límpido,
Ostentando magnífico
Sus tintes de carmín.

Al dar la hora terrífica,
Tres jóvenes como ángeles
Con un amigo próbido,
Entraban por el pórtico
De un mágico jardín.

Era una como sílfide,
Y en sus rasgados párpados
Suavísimos, cual pétalos,
Sus ojos cual de ébano
Se veían fulgurar.

Las otras niñas cándidas
De estatura lacónica,
Como tórtolas tímidas
Cual la nieve blanquísimas
Y puras sin igual.

Las tres á paso rápido
En el jardín engólfanse,
Y en sus semblantes púdicos
Rebosa el puro júbilo
De su infantil candor.

Templo era aquel bellissimo
De la esposa de Céfiro,
Y aquellas niñas mágicas
Vestales eran cándidas
De aquel templo de amor.
¡Oh! sólo un genio homérico
Copiar pudiera armónico
El panorama edémico,
Encantador, poético,
Que se ostentaba allí.

Mas ya que no hay sinónimos
De Homeros ni de Píndaros,
Esprimiré mi péñola,
Pues lo exigen así.

Entre colinas encadenadas
A un lado y otro de las calzadas,
Deslízanse estas suaves, tortuosas,
De formas varias y caprichosas.
De esas colinas brotan mil flores
Que el aire inciensan con sus olores,
Y el verde césped les da su alfombra,
Y ellas en cambio le dan su sombra.

El audaz beso del viento suave
Ellas esquivan con aire grave,
La frente huyendo con blandos giros,
Y él lanza quejas en sus suspiros.

Las tres hermosas al verlas gritan
Y tras las flores se precipitan,
Que es uno solo, verlas y amarlas,
Y en su entusiasmo quieren cortarlas.

Mas no es posible, que el jardinero
Es de esos prados el cancerbero,

Y bajan tristes sus lindos ojos
Que brotan lágrimas en sus enojos.

Ellas entonces de allí se alejan
Y entre las flores un girón dejan
De sus caprichos; más otra cosa
Su atención llama, más cariñosa;

Será aquel puente que se avalanza
Y de una á la otra colina alcanza,
Cuyos balaustres filigranados
Tienen por base perros bronceados?

Será aquel lago de cisnes bellos
Que hurraños hierguen sus blancos cuellos,
Y que al mirarlas tan celestiales
Huyen celosos de sus rivales?

Será la casa soberbia y bella
Que cual palacio regio, descueya,
Rica en estatuas y capiteles,
Rica en espejos, oro y pinceles?

Será aquel tigre que entre cerrojos
Las ve sañudo con fieros ojos?
Serán los pájaros que en alambrados
Lloran y cantan aprisionados?

Sí..... todo á un tiempo las embelesa,
Pues todo vierte gracia y belleza;
Las flores bellas, los ricos prados,
Los blancos cisnes, las frescas fuentes;

Pero hay allí algo que en competencia
Ellas admiran de preferencia,
Porque allí encuentran sus fantasías,
Su sueño de oro, sus poesías.

Era una gruta que en la colina
Se abre profunda como una mina,
Sus socavones abovedados
De lajas sueltas están formados,

Y aquella gruta cóncava, oscura,
Ecos repite que dan pavora,
Y ellas traviesas allí engolfadas
Los provocaban con carcajadas.

Trepando luego por la escalera
Que guía á la cumbre por la ladera,
De hierro un kiosko se ve calado
De enredaderas entrelazado.

Desde él sentadas, en perspectiva,
México, hermosa se ve tendida
Cual noble dama cuya ancha falda
Son verdes campos como esmeralda.....

EL TREN DE VAPOR

¿Quién eres tú, serpiente formidable,
Espantoso reptil de forma extraña,
Que en tus mil pies huyendo estrepitoso,
Te deslizas arisco é indomable
Por el valle, el barranco y la montaña?

Tus miembros de gigante son de hierro,
Giran tus brazos en batir continuo,
Huyen tus férreos pies en torbellino
Y es tu bramar de colosal becerro.
Tu boca cavernosa cual averno
Con envidiosa saña
El cielo azul con negro aliento empaña
Y en tus entrañas fúndese un infierno.

Más ligero que el viento,
Al peso de tu mole imponderable
Se conmueve la tierra en su cimiento
Y las macizas casas
Se estremecen de miedo cuando pasas.

A tus rugidos de salvaje fiera
Que anuncia tu presencia en la montaña,
Huye la gente con cerval carrera
Esquivando la furia de tu saña.

Y ¡ay del pobre cuitado!
Que olvida separarse de tu vía;
En trizas dispersado

Al empuje potente ó triturado
Por tu pie y por tu diente quedaría.

Hercúleo atleta de Vulcano hechura,
Quién ¡ay! se atrevería
Frente á frente oponerse á tu bravura,
Desafiar frente á frente tu osadía!

Espantoso Satán, tu sed ardiente,
Tu estómago de fuego nunca sacia
Y después de tragar fuente tras fuente
Con altanera audacia,

Partes ligero y te detienes luego
Para partir después, nunca en sosiego,
Siempre tragando y vomitando gente,
Siempre tragando y vomitando fuego.

Atónito te veo batir tus alas
En tenaz, velocísimo golpeo,
Y espantado te veo
Si en chorros de vapor tu aliento exhalas.

Me aturden los quejidos
Agudos, doloridos,
Que lanzas derrepente:
Son acaso de rabia, es que te ensañas?
Porque arrancar pretendes impotente
El fuego que devora tus entrañas?

Si de lejos te miro,
Contemplo absorto la soberbia ola
Que hacen los pliegues de tu larga cola
Sobre las curvas férreas en tu giro.

Y sigo tu columna nebulosa
De lejos admirando,
Que se alza hasta las nubes orgullosa
Asiento entre las nubes conquistando.

Cuando vuelas ligero
Qué mágica ilusión goza el viajero

Al ver cruzar en rápida carrera
 Los árboles, las casas y los montes,
 Y escaparse corriendo la pradera
 Y en círculo girar los horizontes.

Cuando viajo en tu seno cariñoso
 Me arrulla, de tus trémulos latidos
 El compás cadencioso,

Y me duermo gozoso
 Al calor agradable de tus nidos.
 Mas al llegar á la ciudad te paras
 Y lanzas un berrido,
 Y despierto espantado y aturdido
 Mirando absorto las extrañas caras
 Que me ven y celebran tu estallido.

Corre la gente, se atropella y llega
 De tu entrada triunfal al paradero,
 Y estática te ve cuando despliega
 Tu penacho altanero
 Su rica borla de crespón ligero.
 ¿De dónde vienes, dí, quién es tu padre?
 Ayer ¡ah! todavía
 Tu raza poderosa no existía,
 La ciencia tan sagaz, tu misma madre
 Aun no te conocía.

En la mente de Dios estaba oculto
 De tu poder el inmortal secreto,
 Mas vino el sabio Fulto
 E hizo que alzara á su saber el veto,
 Y á su saber la ciencia rindió culto
 Y el mundo á su poder rindió respeto.

Hoy el mundo orgulloso
 Su frente eleva sobre erguida talla,
 Porque eres, ¡gran coloso!

Su dote más precioso,
 Su más rico caballo de batalla.

Corre sin miedo, pues, y salta y ruge,
 Atropella y espanta,
 Dale al mundo dinero, y con fe santa
 Verás al mundo entero
 De rodillas besar tu férrea planta,
 Desde el rey más soberbio hasta el trapero.

1866.

U A N I L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®

HISTORIA DE UNA ROSA

¿ Ves ¡ oh niña ! en el pensil
Esa rosa que se mece
Sobre su tallo gentil
Y á los besos se adormece
Del céfiro del Abril ?
Ves sus pétalos de raso
Cómo va desabrochando
Su seno puro mostrando
Y el néctar de su regazo
Al cefirillo brindando ?
Ves cómo ese hermoso niño
En caricias se evapora
Y aja torpe y descolora
Sin fruto, el precioso aliño
De la del pensil señora ?
Y ves junto ella el clavel
Que de su amante presume
Enviándole en su perfume
Su puro amor á la cruel
Que de celos lo consume ?
Pues ¡ ay ! mientras ella goza
Con otro y burla al que la ama
Pudiendo clavel y rosa
Ornar en pareja hermosa
El tocador de una dama,

Viene aligero brillando
El osado colibrí,
Mete el pico al seno blando,
Liba y se escapa exclamando:
Vine, Rosa, ví y vencí.
La rosa atónita y triste
Se ve ajada y sin su miel;
Pasó un día..... ya no existe,
Con sus hojas sólo viste
El pie del pobre clavel.

EL CAFÉ.

ALER Cuando en mi alma siento alzarse
Del esplín la negra bruma
Y mi cabeza se abruma
Y siento el pecho estrecharse,
Y del raciocinio, siento
Entorpecido el resorte,
Y que sin forma y sin norte,
Se estaciona el pensamiento:
Me meto en mi gabinete,
Con el cordón hago seña
Y sentado en mi bufete
Se me presenta la dueña.
Pido café, y al momento
Vuelve trayendo, ligera,
La brillante cafetera
Y adjunto acompañamiento.
Esto es: de azúcar la fuente,
El bote del rico moka,
La taza y el aguardiente
Y en la mesa los coloca.
Preparo el café y el room,
Y en el plateado aparato
Me quedo admirando un rato
La brotante ebullición.
Cuando acaba, echo en mi taza
De porcelana luciente,
Azúcar, y suavemente
La lleno hasta que rebasa.

En el blanco esmalte, toma
El color de rico vino
Y en humeante remolino
Exhala sensual aroma,
Y en diminuta cuchara
El ansioso paladar
Lo empieza á saborear
Con sensualidad avara.

Y cual el brazo
De bravo arrojó,
Rompe el cerrojo
De cárcel vil.
Y de cadenas,
Caritativo
Libre al cautivo
Hace salir;
O como el viento,
Del manto, el broche
De negra noche
Rompe sutil.
Y al mundo le abre
Serenos cielos,
Rasgando el velo
De niebla hostil,
Así, del moka
El jugo ardiente,
Deja la mente
Libre salir.
Y cual el niño
Sale del aula
O de la jaula
El colorín,

Sale gozoso
Mi pensamiento
Y toma asiento
Junto de mí.—

YO.

—Dime, pensamiento mío,
Por qué á mi fuerte albedrío
Hurao, cuando te invoco,
Te resistes, y sombrío
Por más que yo te provocho?
Y de este licor, apena
La taza llevo á mi labio,
Alegre, ligero y sabio,
Cuando rompes tu cadena
Vienes á calmar mi pena?—

MI PENSAMIENTO.

—Te contaré, padre amado,
Me dice, la breve historia
Que me contó un genio alado,
Y comprenderás la gloria
De este licor afamado:

“Cuando el hombre, en el Edén
Faltó al precepto divino
No sólo en tal desatino,
Perdió del candor el bien,
Mas también del genio, el tino,
Y al hacer Dios la promesa
De enviarle reparación,
Se refirió al corazón,
Empero no á la cabeza,
Con justísima razón;

Si el hombre, soberbio y vano,
Un genio pudiera hacerse,
Tan fácil como cristiano,
Sería para perderse
Ahogado en orgullo insano.

No obstante, Dios quiso, justo,
Que aunque perdió inobediente
Por un árbol de su gusto
La lucidez de su mente,
Se la supliera un arbusto;

Por eso, al que halló cercano
Echó su aliento al descuido,
Era el cafeto lozano,
Y desde entonces, humano,
El numen del hombre ha sido.”

De talento, amable y fina
Eres tú, niña del cielo,
Mata de encantos divina
Que merece, peregrina
Estar bajo de un capelo.

Los versos que te ofrecí,
Y puntual tú me reclamas,
De prisa los escribí
Y están delante de ti
Humildes, pues, que los llamas.

A ISABEL R.

Niña pura y hechicera,
La de los catorce Abriles,
La de rubia cabellera,
La de cintura ligera
Y delicados perfiles.

Bajo tu párpado noble,
Tu mirada de gacela,
Tu alma virginal modela
Y en ese mérito doble,
Viveza y candor revela.

Tienes el piecito breve
Más ligero que la pluma,
Pues cuando andas, ni en la espuma
La huella á imprimir se atreve
Su delicadeza suma.

Tú, serafín debes ser,
Que huyó, travieso, del cielo
Burlando del Santo Abuelo
La vigilancia, por ver
Los diablitos de este suelo.

Yo, al menos, si pintor fuera
Y serafines pintara,
Por serafín te tomara
Y un serafín bello hiciera
Con tu bellísima cara.



EPIGRAMA

Un novio al contraer enlace
Se confesó presuroso ;
Mas luego que oyó la frase
De casorio, el religioso
Lo absuelve, se para y vase.
Creyendo, del padre, olvido
El no darle penitencia,
Va á alcanzarlo, y al oído
Llega y dice con prudencia :
" Padre, penitencia os pido. "—
—Pues no me has dicho, cuitado,
Que á casarte vas?—Sí tal.—
Ve, pues, hijo, sin cuidado,
Que llevas la más cabal
Penitencia, en el pecado.

A LOLA C.

Por qué te quiero, Lola,
Por qué te quiero tanto,
Con un tan puro y noble
Cariño paternal?
Es ¡ay! que aun tu alma angélica
Conserva el tipo santo
De un corazón aun niño
Ajeno de quebranto,
Pues no llega á tres lustros
Tu sol primaveral.

Es porque en tu faz bella
Y más que bella amable,
Tu cándida ronrisona,
Simpática y leal,
Tu voz y tus palabras
De música inefable
Ahuyentan de mi alma
El tedio insoportable,
E infunden con la calma
Consuelo celestial.

Es porque en esos versos,
Que me enseñaste, Lola,
Y del rosal de tu alma
Empiezan á brotar,
Cual púdicos botones
Que entreabren su corola,

Temiendo que del mundo
 La fugitiva ola,
 Con sus caricias torpes,
 Los venga á deshojar;

Hallé la voz naciente
 De un corazón que apenas
 Sus sentimientos mágicos
 Empieza á deletrear;
 Hallé la virgen cándida
 Buscando su Meccenas,
 A quien, más tarde, acaso
 En horas no serenas,
 Su corazón y su alma
 Tendrá que consagrar.

Extiende, niña, extiende
 La voz de tu garganta;
 Los sueños de tu alma
 Derrama en el papel,
 Tus inocentes goces
 Por ahora, Lola, canta,
 Que más temprano ó tarde
 Tu pena será tanta,
 Que cantarás tus quejas
 Y escribirás con hiel.

Canta, niña, tú presente,
 Que aun puedes cantar ufana,
 Aun no hay sombras en tu frente,
 Aun no hay dudas en tu alma,
 Ni tristezas en tu pecho,
 Ni opresión en tu garganta,

Tu risa es el puro gozo,
 Por eso es tan bella y franca;
 Tu vista, hallar, de las cosas
 El revés, aun no se afana,
 No ve más que lo que mira,
 Por eso es tan despejada.

Aun tu mejilla no toca
 Caricia disimulada,
 Por eso es tan tersa y limpia
 Y tan fina y sonrosada.

Tu mano sólo ha tocado
 La mano de amistad franca,
 Y tu pecho sólo toca
 El corpiño que lo entalla.

Estás al punto pasando,
 Como el marino á la playa,
 Del circo en que juega el niño
 Al estrado de la dama.

Allí con niño ó con niña
 Indiferente jugabas;
 Mas hoy distinguirás, Lola,
 Entre el sexo que te llama.

Hoy empieza tu franqueza
 A tropezar con mil trabas,
 Y empezará el mundo entero
 A hacerte malas pasadas.

Mas si en palabras y acciones,
 Te ves, oh niña, obligada
 A ser cauta y circunspecta,
 Cuida mucho de que tu alma
 Sin dejar de ser muy pura,
 Sea tan pura como franca.

Distingue al amigo bueno
 Del amigo que te engaña,

Que eso se conoce, Lola,
 En los hechos y en la cara.
 Sufre, si á sufrir, el cielo
 Te tiene predestinada;
 Pero nunca manches, niña,
 La pureza de tu alma.

1870.

AMOR Y FE

Sin fe no hay paz en el alma,
 La duda nos desespera,
 Ella en la dicha da calma,
 En el sufrir nos da espera
 Y al morir nos da la palma.
 Sin amor no hay padres ni hijos,
 Ni hay amantes, ni hay esposos,
 Ni hay amigos cariñosos
 Y nuestros males prolijos
 ¡Ay! se vuelven espantosos.

Amor y fe son el canto
 Que el universo profiere,
 Columnas con que Dios quiere
 Sostener el templo santo
 Del que en él, creyendo muere.

Pebeteros colocados
 En los lindes de ambos mundos
 Cuyos perfumes sagrados
 Los miasmas disipa, inmundo,
 Por el crimen levantados.

Son el timón y la brújula
 En un mar de tempestades,
 Los que, en pasadas edades,
 Alzaron soberbia cúpula
 En la ciudad de ciudades.

Son los santos misioneros
 Que trasformaron el orbe,
 Infalibles consejeros

Y principios verdaderos
 En que la ciencia se absorbe.
 Fe y Amor dan Esperanza,
 Trinidad santa en la tierra,
 Que da al mortal confianza
 Y felicidad encierra.

Corazón ¡ay! sin amores,
 Alma sin fe,
 Son cual florero sin flores
 O cual ojos brilladores
 Del que no ve.

Son como anclado piragua,
 Flor sin perfume,
 Sin fuego, inactiva fragua,
 Son estanque cuya agua
 Cieno consume.

Son cual un templo sombrío;
 Altar sin santo,
 Aposento hondo y vacío,
 Hermosura sin encanto,
 Son hogar frío.

Son cual cielo sin querube,
 Sol que no sale,
 Extranjera y triste nube
 Que vagando sola sube,
 Don que no vale.

Ave mustia que no canta,
 Nido sin ave,
 Son guía que no se adelanta,
 Exótica triste planta,
 Carabina sin llave.

A ROSARIO P.UTA

Con lágrimas de fuego y en súplica sentida
 En tu sufrir amargo me pides mi amistad,
 No sabes cuánto gozo, Rosario de mi vida,
 Derrama en mi pobre alma tu cariñoso afán.
 ¿Qué más desear pudiera después de sufrir tanto,
 Que un corazón hermano tan dulce y sin doblez,
 Que más que mano amiga, que enjugué el rudo llanto
 Que tantos años hace no ceso de verter?

Las lágrimas hermosas, que brotan de tu alma,
 Derrámalas, amiga, desahoga tu pesar,
 Que es dulce, de un amigo, buscar la santa calma
 En los dolores mismos que lo hacen á él penar.

Si yo feliz, Rosario, de viento el alma llena
 Gozara como el mundo, estúpido placer,
 De tu sufrir lo intenso, lo grande de tu pena,
 Jamás pudiera, amiga, sentir ni comprender;

Mas ambos, por fortuna, en consonancia estamos,
 Nuestras dos almas mártires bebiendo van su hiel,
 Y puedes sin reserva, pues un camino andamos,
 Depositar tu llanto sobre mi pecho fiel. ®

Tú me haces bien, Rosario, haciéndome tu amigo,
 Y yo con mis palabras iréte á consolar,
 Un peso tú me quitas, feliz si yo consigo
 Del peso que te abruma, á tu alma liberrar.

Es la amistad hermosa, si no refugio único
 En medio á la tormenta que hincha el corazón,

Al menos santo puerto, tal vez del alma el último
En este mundo ingrato cuando naufraga amor.

Acaso nuestras almas, hermanas sean gemelas
Que en épocas diversas mandara Dios aquí,
En cárcel ruin la mía, la tuya en cárcel bella
Buscándose en el mundo halláronse por fin.

Dichosa tú que tienes, del llanto abierta vena,
Pues que disuelto en lágrimas, se escapa, del dolor
El venenoso jugo, mientras mi horrible pena
Los ojos tiene enjutos y oprimido el corazón.

Derrama pues las lágrimas, que brotan de tu alma
Derrámalas, amiga, desahoga tu pesar,
Que es dulce, de un amigo, buscar la santa calma
En los dolores mismos que lo hacen á él penar.

1876.

BRINDIS EN MI CUMPLEAÑOS.

(IMPROVISACION.)

Brindad, señores, si brindar os place;
Tomad las copas y empinad el codo;
Mas brindad de tal modo,
Que no brindéis cual todo el mundo lo hace.

Todo el mundo, al brindar en tales días,
Le desea al obsequiado muchos años,
Y en vez de bien, á veces desean daños:
Sordera, ceguera, tos y manías.

Advertid que ya llevo mi tompeate
De abril bien cargado y sin mollera,
Nadie cree que es ventura la chochera,
Así es que echarle más es disparate.

Ya he gozado del mundo y sus placeres,
Su derecho y revés he examinado.
Gloria, honores, dinero, no han faltado,
Y afecto de simpáticas mujeres.

No han podido, destinos ni dinero,
Ante ninguno doblegar mi frente;
Mi bien ha sido, ser independiente
Y el amar y el viajar mi fin primero.

Y he viajado y he amado; mas tiempo hace
Las páginas de amor dejé cerradas,
Ya porque al buen sentido así le place,
Y ya porque jamás serían llenadas.

Quédanme sólo, con placer abiertas
Las de viajero, y es la ilusión mía

Acabar de llenarlas algún día
 Para, á toda ilusión, cerrar las puertas.
 Los males, que á mi paso se han cruzado.
 Con mano firme y con la faz serena
 Cual reptiles inmundos he apartado,
 Siguiendo mi camino en hora buena.
 ¿Créis por esto, señores, que mi alma,
 Haya tenido su ilusión cumplida?
 No, el alma bien templada, de la vida
 Del martirio, no más, saca una palma.
 Brindad, señores, si brindar os gusta;
 Pero brindad porque mi vida acabe.
 En el mundo mi vida, ya no cabe
 Y mi alma con el mundo no se ajusta.

ESQUELA A MARIA

Estoy hace un mes pasado
 En este hotel hospedado;
 Al llegar aquí, María,
 Te vi en el balcón un día
 Y otro después y otros varios,
 Y si al principio dudaba
 Si saludarte cuadraba,
 Creí, al fin, de un caballero
 Los saludos, necesarios.
 Te hice el saludo primero,
 Me contestaste cortés,
 Te hice otros muchos después
 Y como eres tan amable,
 Tan buena y bien educada,
 Creo ya conquistada
 Tu amistad tan apreciable;

Mas como pudiera ser
 Este concepto un error,
 Pues no es fácil merecer
 Tan señalado favor;
 Como tal vez á tu madre
 Esta amistad no le cuadre,
 Te ruego, por vida tuya,
 Que me digas con franqueza
 Si es mi creencia una simpleza
 Para que de hablarte huya.
 Habiendo visto al viajar,

Que es una costumbre llana
 Entre hombre y mujer, si es sana,
 Una amistad cultivar,
 Quiero, necio, en ocasiones
 Que en México sea lo mismo,
 Sin advertir el abismo
 Que hay de preocupaciones.

Que vean, quiero, con mis ojos
 Sin pensar, que cada gente
 Tiene para ver, su lente,
 Y que son necios antojos
 Obrar siempre cual se siente.

Nunca olvidaré que un día
 Por haberme algo enfermado
 Tuve mi balcón cerrado;
 Tú lo advertiste, María,
 Y al siguiente día que salgo
 Cuando tú me saludaste,
 Solícita preguntaste
 Si me había pasado algo.
 Y al contestarte que sí,
 Me ofreciste cariñosa

Y por demás bondadosa
 El que recurriera á ti
 Siempre que se me ofreciera,
 Si este ofrecimiento fuera
 Por otras amigas hecho
 Que por conocerme bien
 Saben lo que hacen y á quién
 Conceden ese derecho;
 Aunque muy agradecido,
 No me hubiera sorprendido;
 Pero hecho por una hermosa
 Que por acabar de verme

Mal podía conocerme,
 Es una acción muy preciosa.

Fué ofrecimiento sincero?
 Así, María, creerlo quiero,
 Porque me sería muy triste
 Creer que sólo lo hiciste
 Pur un humor pasajero.

Sigue, pues, siendo tan buena,
 Mas cuida el saber con quién,
 Pues no todos piensan bien.

EL RÍO.

(FRAGMENTO.)

Y tal es tu poder, tal tu bravura,
Que el grande mar, sepulcro de los ríos,
Plega, al verte, sus bríos,
Y al presentarte en su dorada playa
Abre sus aguas en dos grandes alas
Para formarte valla
Por donde pasas tú, fiero monarca,
Ostentando al entrar todas tus galas.
¡Cuán grande eres, ¡oh río!
Cuando, al ver tu titánica pujanza
Lleno de orgullo insano,
"No me comprende, dices,
La ley que impuso Dios al Oceano;"
Y saliendo de madre, impetuoso,
Arrastras con indómito coraje
Róidos troncos de saúz añoso
Secos ya, sin ramaje,
Cuya raíz erizada
Contra el borde limoso
Con trabajo, mirábase, agarrada.
E hinchando más el vientre
En aluvión te extiendes
Y las rústicas chozas
De sus cimientos, con fragor, desprendes,
Y los verdes espesos carrizales

Y los grandes maizales
Los tragas, los destrozas
En tu corriente fiera
Y en playa tornas la feraz pradera.
¿Dó está? ya no se mira
Aquella humeante choza
Y aquel viejo Pascual y su fiel perro,
Y aquel velludo, balador ganado,
La vaca y el becerro,
Que pastaban alegres por el prado.
¿Qué hiciste, dí, de la feliz lechera
Que á sentarse venía con su costura
Junto á la fuente cristalina y pura
A la sombra de fresca enredadera
Tras de la cual, amante pastorcillo,
Desdeñado por ella,
A hurtadillas venía sobre su asnillo
A admirarla tan bella
Cuando alegre cantaba su estribillo?
¿Dó está el cándido niño,
Que incauto jugueteaba en el regazo
De su madre infeliz, cuyo cariño
No pudo ¡ay! libertarlo
De los estragos de tu horrible paso?
Al borde de tu cauce
Sólo queda su cuna suspendida
De la rama del sauce,
Unico ser que conservó la vida
Para servir de abrigo
Al curioso viajero
Que viene á ser de tu furor testigo.

LA CASCADA

Cuán grato es verte ¡oh río!
Cuando del sol naciente, los albores
Prestan á tu cascada sus reflejos
Y al través del vacío
Se miran desde lejos,
Del iris, los bellísimos colores
En la lluvia que forma tu rocío.
Grande eres y magnífico
Cuando tú, impetuoso te despeñas
Desde los bordes de peñasco altísimo
Y no contento con romper tu frente
Sobre las crestas de erizadas peñas,
Encaprichado en no variar de rumbo,
Signes tumbo tras tumbo
Hasta llegar tu rápido torrente
A convertirse en bruma,
Que en grandes copos de nevada espuma
Se deposita al pie de la cascada,
Do vuelve á tomar lecho tu corriente
Plañidera, rugiente y enturbiada.
Impaciente por verte, mas medroso
Me aceroo á tu presencia,
De las aguas, magnífico coloso.
Porque al oír tu voz atronadora
Y tu furor creciente y espantoso,
No sé qué extraña influencia
A ti me atrae cuando el pavor me aleja
Y en mi vértigo siento que en tu saña
Con magnética maña
Me arrebatas envuelto entre tus olas
Y sin oír mi queja
A tu coraje indómito me inmolas.

Otro cuadro yo miro indefinible
Que la noche bosqueja entre sus sombras
Cuando la luna elévase rodando
De mullidos vellones sobre alfombras.
La cascada hasta entonces tan movable,
Petrificada, inmoble
Toma el aspecto de fantasma horrible
Que se alza cual gigante
Entre blanco sudario, horripilante.
A sus plantas las olas se rebullen
Unas tras otras en murmurio eterno
Bajo el peñasco cóncavo, sombrío,
Imagen del averno,
Y semejan enormes calaveras
Y sus murmullos quejas lastimeras
De almas desesperadas ¡ay! que en pena
Luchan por desasirse
Del gigante que al pie las encadena.
Y allí solo, y aislado y desafiando
Aquel horror sublime, pavoroso,
Estático y absorto ante el coloso
No tengo voluntad para alejarme
Y su gran majestad sigo admirando.
¡Oh! qué mágico encanto
Me detiene á tu pie, torrente fiero,
Que en mi estúpido espanto
Lejos de huir, estar contigo quiero
Y en vez de odiarte te consagro un canto?
Es que de Dios la majestad revelas,
Es que mi alma consuelas
Revelándole en tu iris otro iris
Más allá de la tumba,
Que desde niño sin cesar anhelo,
En ese mundo que se llama cielo,

Ví entre tus labios, cuando reían,
 Tus dientes bellos
 Que si no fueran dientes perlas serían.
 Tu mano blanca y chiquitilla
 Es tan suave,
 Que parece forrada de cabritilla.
 Y cuando el piano tocas garbosa
 Con qué trabajo
 Para alcanzar la octava corre afanosa,

Cuando naciste, acaso las tres gracias
 Sus perfecciones todas te trajeron
 Y tu *toilette* cual diligente dama
 Como á su hermana predilecta hicieron.
 Tan bella, en fin, ¡oh niña! me pareces,
 Que al soñar en los ángeles del cielo
 No los finge mejor mi fantasía,
 Ni mejores los pinta en su desvelo;
 Mas un defecto tanta gracia empaña
 Que el infalible adagio á cumplir viene,
 Y es la gran presunción que á tí te engaña
 Pues crees que tu beldad igual no tiene.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

A....
 Niña preciosa, la de los quince,
 La de rasgados párpados y ojos de lince,
 Cómo me admiras, cómo me agradas
 Con ese brillo hermoso

De tus miradas.
 Tu cabellera blonda y hermosa
 Parece ser de seda por lo sedosa.
 Tu frente es limpia cual tu talento
 Y por eso es tan claro

Tu pensamiento.
 Nariz chatilla de gracia rara
 Dios se esmeró en hacerla para tu cara,
 Sombrea tu labio lindo bocito,
 Mas..... chis..... que describirlo
 Fuera delito.

Es tal el timbre de tu garganta
 Que parece que llora, que ríe y canta,
 Y cuando me hablas me vuelvo loco,
 Que para hablar á un ángel

Yo soy muy poco.

Tiene tal juego tu boca cuca,
 Que en su sonrisa
 Parece que da besos y se acurruca.
 Son sus extremos tan contraídos
 Que tal parece
 Que con dos alfileres están prendidos.

CARMEN

¡Ay!.....un recuerdo me viene ahora,
Recuerdo hermoso de juventud,
Quiero halagarme con su memoria;
Lector, perdona, si egoísta evoco
Goces que acaso criticas tú.

En un *rancho* de pastores
Aislado entre montes mil
Llevóme un amigo un día
A unas bodas á asistir.
Casábase una aldeanilla
De las más bellas de allí
Y aunque no de buena gana,
A aquellas montañas fui,
Pues pensaba que su gente
Era toda fea y ruín;
Mas cuando llegué á aquel *rancho*
Y mujer tan bella ví
Metida en aquellas selvas
Entre fieros javalís,
Cuando en la ciudá habría sido
Solicitada por mil;
Sentí palpar el pecho
Sentí.....no sé qué sentí;
Mas recuerdo que al mirarla
De tal manera la ví,
Que ella se tiñó de grana
Y que yo palidecí;

Ella cumplía quince abriles
Cuando veinte yo cumplí.
No había visto ella ciudades
Ni á los señores de allí
Y para ella yo pasaba
Por señor rico y gentil.

El novio, de la comarca
Aunque rico y lo mejor,
Para una niña tan bella
Y de lindo corazón,
No pasaba de labriego
De grosera condición.
Faltaban aun unos días
Para casarse los dos
Cuando el novio, á mi presencia,
A visitarla llegó.
Así que, de los umbrales
De la habitación pasó,
Aquella preciosa niña
Vió que al verlo se indignó
Y que al saludo del joven
Respondió de mal humor.
Era que insanos, los padres
La casaban sin amor,
Es que aquella alma soñaba
En otro mundo mejor,
Más allá de las montañas
Donde acaso adivinó
Otros seres más simpáticos
Y de más educación.
Es que no era una labriega

Mas que en traje y condición,
Pues revelaban sus ojos
Alma de temple mejor.

El pobre novio, corrido
Fingió.....no sé qué fingió,
Ello es que al salir al campo
De nadie se despidió.

Todo estaba preparado
Y un día faltaba no más,
Cuando la joven quejóse
De sentir un malestar
Que en calentura violenta
Se vino á determinar.

Suspendióse, pues, la boda
Y en fuerza de tanto afán
Vino al fin la incoada fiebre
El día cuarto á terminar.

Ahora al lector yo pregunto
Si me puede contestar,

¿ Por qué al ver que peligraba
Aquella aldeana beldad,

Que vista con sanos ojos
Nada me podía importar;
Sufrió tanto mi pobre alma
Y fué mi debilidad

Tal, que huyendo de la gente
Iba á esconderme á llorar?

¿ Por qué de mil sacrificios
Yo me sentía capaz
Por sanar á quien apenas
Había visto horas atrás?

¿ Por qué cuando supo ella
Mi solicitud y afán
Se le rodaron las lágrimas,
Sonrió su linda faz,
Y me vió tan dulcemente
Su mirada algelical?.....

De aquella, para mí, mansión del cielo
Tras pocos días de dulce permanencia
Llegó el cruel, de interponer la ausencia
Entre Carmen y yo.

Ni en palacios de reyes hospedado,
Ni por pajes y damas bien servido
Tanta grata emoción habría sentido
Cual mi alma allí sintió.

Del floripondio al pie, junto al arroyo
La víspera fatal del triste día
Cosiendo estaba la sin par María:

¡ Cuán mágica la ví!

A hablarle fuí, sentéme en una piedra
Y aunque agachaba sus hermosos ojos
De llorar advertí que estaban rojos:

¡ Pobre de ella y de mí!

Y arrasándose en lágrimas los míos
¡ Carmen! le dije, y agaché la frente,
Que hablar no pude más, pobre demente
Lloré como mujer.

Sólo pude coger su linda mano
Que ella me abandonó sin resistencia,
Beséla con delirio en mi demencia
Y de allí me alejé,

Tras larga noche de febril insomnio
Al día siguiente, al despuntar la aurora
Salí del rancho maldiciendo la hora

Y sin decirla, "adiós."

Mas ella lo advirtió. Salió corriendo.
Llorando, adiós, me dijo, yo afligido
Mi pañuelo arrojéle humedecido

Y mi yegua arrancó.....

¡Oh razón! ¡oh razón! cuánto me cuestas;
Siempre, en tus aras, con algún tormento
Fuíte á ofrecer en sacrificio cruento

Mi pobre corazón.....

¿Qué fué después de la preciosa rubia?
Nunca lo supe, y sólo, que de mi alma
Un girón quedó allí, mientras la calma

Y el tiempo la sanó.

LA INSPIRACION.

Quando sopla, del estro, el fértil viento,
Cuán grato es ver, la inspiración, al alma
Bajar, cual virgen de serena calma,
Dulce inspirando con su suave aliento
Calor al pecho y á la faz contento.

Siente entonces el poeta que su talla
Crece y se eleva en expansión divina,
Grande siente su idea y peregrina,
Del cielo, su alma, en el lindero raya
Y el secreto del ángel adivina.

El fuego engendrador hierve en su frente,
Y fluido el pensamiento y rico y suave
Con gozo inmenso deslizarse siente,
Llenando con sus alas el ambiente
Y huyendo de la tierra en que no cabe.

Y uno tras otro encadenado se hila,
Formando su limpísima madeja

Que, de fuente brotante, se asemeja
Al chorro cristalino, do se enfila
Gota tras gota que ni rastro deja,
O á la hebra de humo del perfume fino
Que del cáliz despréndese somero,
Del dorado chinésco pebetero
Subiendo recta al cielo diamantino
Sin variar ni cortar su hilo ligero.

Sin tacha, en el papel corre la pluma,
El consonante, solo se presenta,

Ni del metro el poeta tiene cuenta,
Que hirviendo el pensamiento como espuma
De la pluma al salir, rico se aumenta.

Y hay quien diga soez que la poesía
Es mentida ilusión de visionario,
Y de la inteligencia al santuario
Menguados hay que con su lengua impía
Locura llamen con desden nefario?

O estúpidos á fe son ó malvados
O su cabeza es pobre y sin cacumen
O del mundo en las garras entregados,
Los nobles sentimientos embotados,
Nunca llegó á su umbral el sacro numen.

Vengan, y el estro, con sus propios ojos
Verán en mi ira y mi placer sin tasa,
Placer que el alma con su fuego abrasa,
Placer tan grande, que de labios rojos
Ni aun el "sí" codiciado nos remplaza.

Placer, Dios mío, que sabes que mi entraña
Devora porque pávulo no tiene;
¿Por qué, Señor, la sociedad, huraña
Conmigo el goce á dividir no viene?
Partido me haría bien; solo, me daña.

Una mujer no más, un buen amigo,
Yo parco, te pedía en mis dolores,
Que á mi paso regara humildes flores,
Y en vez de ellos, Señor, ¡ay! por castigo
Siempre fui solo á mi sentir testigo.

No puedo más callar, tiempo sobrado,
A esa cruel sociedad guardé respeto,
Mi goce y mi sufrir siempre secreto,
Mi numen cual mendigo avergonzado
Por no herir sus oídos, indiscreto;

Mas ya mi frente contener no puede

La hirviendo idea que con su ardor la aterra,
Cual vaso, estalla ya, que fuego encierra
Y es de sino fatal de que procede
Si la lengua en hablar firme se aferra.

Porque yo sé que un alma, un sentimiento,
En esa sociedad de prosa y oro
Puede alzar á mi voz oído atento
Y esconder como yo, callado aliento
De amor y fuego celestial tesoro.

Por eso escribo y la convoco y llamo
Aunque esté en el confín del universo,
Para ella son mi queja, goce y verso,
A ella vuela á decirla que la amo
Y es para ella, de flores, este ramo.

100

A MI APRECIABLE MANUELITA REYES.

Quieres versos, Nela mía,
Cuando hace ya tantos años
Huyó de mí la poesía,
Dejando en mi alma vacía
Sólo tristes desengaños?

Los haré por complacerte,
Pero al leerlos advierte
Que es tan imposible cosa
Sacar poesía de la prosa
Como vida de la muerte.

¿Qué puede una alma hastiada
Ofrecerle á una alma niña?
¡Ay! no se parece en nada
La flor marchita, tronchada
A la que el pensil aliña.

Tu alma de hechicera maga
Hoy enciende su fanal
Con que ufana al mundo halaga,
Mientras que la mía apaga
Su lámpara sepulcral.

Tu frente tranquila, besa
El céfiro matutino,
La mía en árido camino
Quema en su furor, y mesa
El polvoso remolino;

Mas si en su estéril dolor
La flor de mi alma carece

De perfume y de color,
En cambio, niña, te ofrece
El tesoro de su amor.

Amor puro como armiño,
Afecto santo y cordial
Como el de su padre á un niño,
De amistad, dulce cariño
Que no puede hacerte mal.

Yo que te ví todavía
Muy niña crecer lozana,
Contemplo en ti á mi Sofía
Que murió en edad temprana
Y hoy la edad que tú, tendrías.

Sigue, pues, siendo el consuelo
De tus padres é hija fiel,
Vive para ser su cielo
En el infierno cruel
De este miserable suelo.

No olvides tu índole bella
Tan apacible y amable,
Que sea tu polar estrella
Tu buena madre, y su huella
Sigue firme é invariable.

EL HOMBRE FELIZ

Si quieres ser feliz pon una valla
Al número sin fin de tus antojos,
Que el que busca más goces, más enojos
Y más molestias y pesares halla.
Con menos oro excusarás molestia
Aunque sin pena ó con sudor lo ganes;
En vez de oro atesora más modestia,
Y serán menos rudos tus afanes.
Si te sobra, sin pena, economiza,
Pues no sabes la suerte que te espera,
Y aunque sea tu reserva muy ligera
Siempre el ánimo endulza y tranquiliza.
Con guardar el primero mandamiento
Tu gran deseo de amar será llenado,
Ya por ser el objeto tanpreciado,
Ya porque da en retorno mil por ciento.
Con guardar los demás, en tu conciencia
El gusano roedor no hará su nido,
Más libre, más tranquilo, más querido
Verás correr sin pena tu existencia.
Gozarás de salud, tal vez, completa,
Tus días se alargarán, será tu vida
Un especie de oasis en que anida
La esperanza de vida más perfecta.
Huye de hombre que priva en la bonanza
Y también de negocios con el hombre
Aunque sea amigo: la amistad no alcanza
Donde está, de *interés*, escrito el nombre.

Dispensa al que padece tu cuidado
Aunque haya sido antaño tu enemigo:
La desgracia es humilde, y en amigo
Trueca, si no es un monstruo, al desgraciado.
Mas no creas que en todo esto el medio se halle
De vivir satisfecho: es necesario
Que en la vida tengamos un calvario,
Pues la tierra es, de lágrimas, un valle.
Pero el bueno conserva en la conciencia
Tanta fe, tanto amor, tanta esperanza,
Que disfruta aun aquí la bienandanza
De saber que le espera la clemencia.
El perverso no así: de conciencia aucha,
Muy engolfado en el placer mundano
El mismo se hace pago por su mano,
Compensando sus males en revancha.
Mas si el dolor con el placer compensa,
Pagará con tormento inextinguible
O en pena temporal; pero terrible
Por rebelde al deber, su deuda inmensa.

1889.

LA POESIA

Si á la alta concepción del pensamiento
Agregamos la rítmica armonía,
La eléctrica expresión del sentimiento,
El vuelo de criadora fantasía
Y entonación viril del claro acento,
Esto es y mucho más, la poesía.
Su adorno es la mentira; mas tan bella
Que gusta la verdad vestirse de ella.

EN EL MAR

Aquí voy ¡oh Dios mío! como un gusano,
Miserable juguete del oceano,
De la nave á la cáscara adherido
Sin cesar, por las olas combatido
Que en sus flancos se estrellan formidables.
¡Ay! de abismos profundos insondables,
En el fondo sumido
O levantado como débil pluma
De ola gigante, en la enrespada espuma,
Heme aquí mareado
Como un inútil fardo dando tumbos,
Yendo de aquí y de allí por todos rumbos
Mi pobre cuerpo inerte magullado,
El estómago inane y en un hilo
Sin poder un momento estar tranquilo.
Solo, en medio del mar, lejos del mundo
Sin fuerzas, moribundo,
Sufriendo eternas náuseas y en desvelo
Mirando á los viajeros cual beodos,
Cual más, cual menos mareados todos
Y sin un alma que me dé consuelo.
Si el día con sus ardores nos abruma,
La noche con sus sombras nos espanta
Y dobla los peligros y agiganta
Con sus sombras siniestras y su bruma.
Parece un calabozo el camarote,
Un ataúd, la cama estrecha y dura

Y el candil del pasillo
Cubierto con ahumado capirote,
Más que luces, proyecta sombra oscura,
Su fulgor soñoliento y amarillo.

No acostado, tirado como un fardo,
Ya de pie, ya empinado de cabeza,
Cuando el barco de punta se endereza,
Escucho el golpe acompasado y tardo
Del vapor que, titán, haciendo empuje
Contra las olas se estremece y cruje,
Amenazando hundirse por momentos
Del mar en los cimientos.

¡Ay! la muerte, la muerte es preferible
A este tormento horrible.

Sin embargo, Señor, si el cuerpo inerte
Se siente de tal modo miserable
Que si le fuera dable
En mil momentos se daría la muerte;
El alma que en ti cree, levanta al cielo
Una mirada llena de esperanza,
Una oración murmura, y el consuelo
Por tu santa bondad, del cielo alcanza.

No hay impío por impío, cuando está en tierra
Y de espíritu fuerte forme alarde,
Que en presencia del mar no sea cobarde
Y á Dios no llame cuando el mar lo aterra.
Mas ya pasa el mareo..... la aurora nace
Y en pintar sus celajes se complace.
En calma está ya el mar. Un viento suave
Se une al vapor para impulsar la nave.
Todo el mundo se ve sobre cubierta
Para admirar del cuadro la armonía.
Renace la alegría
Y la grata confianza se despierta.

De humeante taza, con el té caliente,
El estómago siente
Calor y vida que le da consuelo.

Limpio está el horizonte, claro el cielo,
En charla, vese, por el amplio puente
En grupos ó paseándose la gente.

Los marinos alegres, la maniobra
Hacen ya, tarareando sin zozobra
Su marina cantiga.

La nave cual aligera gaviota
Vuela por la llanura, más que flota,
Y el piloto la guía sin fatiga.

Ya parecénos ver en las oscuras
Sombras vagas, allá en el horizonte,
Las siluetas costeras de algún monte
De Europa; pero no, son sombras puras,
Pues nos faltan aún dos singladuras.

Calma, pues, y adelante. Mientras quieto
Siga el mar y discreto
En sus brazos nos lleve como amigos,
Nada temo, Dios mío, pues vas conmigo.

ALGO DE PROSA EN VERSO

Ya que á ustedes agrada
La lectura de versos que dan risa,
Y ya que el mal humor ahora me atiza,
Pues estando purgado
Al diablo me estoy dando aquí encerrado,
Voy á confeccionar una ensalada
No obstante que barrunto,
Que aunque esté de buen punto
No les ha de gustar, pues siendo mía
Si no está desabrida está salada.

Ya se ve, son los hombres
De bien rara y hostil naturaleza,
Como ven un papel emborronado
Que el nombre del autor no es conocido,
Que ni en París ni en Londres ha nacido
Ni de Cuba, á lo menos, ha llegado;
Oyen su obra al descuido
Por cumplir nada más con la política,
Sin dignarse hacer de ella
Ni favorable ni contraria crítica;

Mas si el nombre es famoso
No importa que la fama sea usurpada:
Si la obra está en dorados empastada,
La imprenta es bella y el papel sedoso,
Su bondad de antemano se adivina.

Y se leerá con gusto
 Aunque sea solemnísima pamplina.
 Para probar mi intento,
 Una vez en visita, y va de cuento,
 Unos versos llevé, de mi caletre;
 Al entrar saludé, tomé una silla
 Y en frente me senté de un petimetre
 Que hablaba casualmente de Zorrilla.
 Preguntéle yo entonces si sabía
 Que el último periódico traía
 De este autor unos versos.—No, me dijo.
 —Pues yo los he copiado,
 Dije á mi vez; y todos con prolijo
 Empeño me pidieron los leyera
 Y dispusieronse á poner cuidado;
 Saqué los míos y á su lectura entera
 Sin chistar estuvieron, muy atentos,
 Y al concluir aplaudieron de manera
 Que ya eran, más que aplausos, aspavientos.
 Y usted, después me dijo una señora,
 Tengo remota idea
 De que también le da por la poesía:
 Es verdad, dije yo; mas es tan fea
 La pobre musa mía,
 Que nunca da la cara
 Y menos la daría
 Si con la de Zorrilla se compara.
 Esa es modestia, replicó; si acaso
 Conserva por fortuna
 En su cartera alguna,
 Espero que tendrá la complacencia
 De lérnosla también. Yo que rabiaba
 Por saber el efecto que causaba,
 De mi caudal, también, saqué un soneto,

Y mientras lo leía
 Uno que otro secreto,
 Pregunta, tos ó ruido interrumpía,
 Un, algo de "muy bien" cuando concluía
 Y todo quedó quieto.
 Este es el mundo, dije;
 Qué perspicaz, qué justo, qué discreto.
 Simula discreción cuando es insano,
 Es mentiroso y la verdad exige,
 Es perverso y á ser un santo obliga,
 Al que hay que levantar no da la mano
 Y al que está levantado la prodiga.
 Desde entonces échelo noramala,
 Y si el tiempo me aburre,
 Me pongo á emborronar lo que me ocurre
 Y alegre paso el rato.
 Después mi pobre musa
 O de inútil papel va á formar ható,
 O allá va á dar detrás de la cocina
 A un lugar que en mi tierra llaman china.
 Otras veces el mundo inconsecuente
 Condena mi marasmo,
 Y extraña formalmente
 Que yo no entregue de la fama al viento
 Lo que en su buena fe ó en su sarcasmo
 Bautiza con el nombre de talento.
 Mas contento ó mohíno,
 Señores, yo respondo:
 Si mis versos escondo
 És, porque creo no valen un comino;
 Mas dado que valieran
 Y algo bueno dijeran,
 Otros antes lo han dicho con más tino.
 Además, la poesía es una dama

Tan digna y pudorosa,
Que la ofende y la infama
Quien la lleva al mercado de la prosa.

Es del alma la hija más querida
Que ama á su padre como el padre la ama,
Y que sólo consiente ir á la feria
Cuando ve que la vida
De su padre peligrá en la miseria.

Si á veces abandona su retrete
Y vuela á recorrer el mundo entero,
Es que, noble, acomete,
Cual santo misionero,
La bella empresa de aliviar de una alma
Sensible y buena, que en el mundo llora,
La inconsolable cuita,
Llevándole los dones que atesora
En el mundo encantado donde habita.

De misántropo ustedes califican
Y de alma huraña, adusta,
Al poeta porque gusta
Estar á veces solo, y le critican
Que, del mundo, en el rol, no esté presente.

Señores, francamente,
Ustedes no conocen al poeta.
Crean que el hombre que así obra
Tiene, en mucho, pérdida la chaveta;

Mas, con vuestro permiso,
Voy á expresar mi pensamiento liso:
"Es ese mundo á quien el juicio falta."
Y para que no crean que es parádoja
Vamos á examinarlo hoja por hoja
Y verán la verdad, que al ojo salta.

Figúrense en prisión estrecha á un preso,
Mas con una ventana que dá al campo:

Figúrense, además, en contrapeso
Un inmenso palacio
Sin ventana, balcón ni claraboya,
Ni cosa, en fin, por do se vea el espacio;
Pero en cambio, en magnífica bambolla
Un sinnúmero de hombres y mujeres
Formando gran comparsa
En ruido y movimiento, y lujo y farsa,
En juegos y bebidas y placeres.

Por un lado se escuchan carcajadas,
Más allá se oyen llantos,
Riñas, gritos, puñadas,
Y destemplados ó sonoros cantos.

Aquí, comelitones,
El rodar de carruajes,
Harapos, pestilencia, ricos trajes,
El dinero á montones
Y todo lo demás, pues no es posible
Describir lo que es casi indescriptible.

Ahora bien: ese preso es el poeta,
Suele entrar al palacio, que es el mundo,
Para probar sus goces;

Mas á pasos veloces
Deja ese manicomio furibundo,
Pues no puede sufrir la barahunda
Do no halla ni razón, ni sentimiento,
Ni el placer, en verdad, en él abunda,
Pues el poco contento

Que gozarse pudiera,
De bien cara y estólida manera
Tiene que ser comprado
Y con grandes disgustos sazonado.

Por eso se retira
A donde solo y en prisión estrecha

Toma su antejo y mira,
Aprovechando la preciosa brecha,
Las montañas, los árboles, el cielo
Por donde vuela en expansión divina
Mal que pese á su cuerpo que se inclina
A arraigarse en el suelo.

Mas ¡ay! los del palacio
Envueltos en atmósfera sombría
Ni pueden extender por el espacio
Su miope mirada, torva, impía,
Ni pueden consolar su horrible tedio,
Para el que, entre los hombres, no hay remedio.

He ahí al poeta, señores, y he ahí el mundo.
El poeta, ya en cabaña,
En solitaria y árida montaña,
Encerrado esté ya, ya enfermo ó pobre,
Ya en medio al mar salobre,
Siempre lleva consigo un mundo entero
De belleza y de calma,

Pues que su alma de acero
En la fragua templada del querube
Siempre á su patria sube.
Y si lastima esa alma

La infamia de este mundo y su locura,
En su fe y esperanza
Encuentra desde aquí su bienandanza.

El mundo miserable
Tiene, es cierto, también por dique el cielo;

Mas no es el de el poeta
Infinito, bellissimo, inefable;
Sino ese cielo de sus ojos miopes,
Donde encuentra por topes,
La atmósfera, las nubes, el planeta;
Y aun á ese cielo estrecho

Casi nunca levanta la mirada,
Pues en eterno acecho
De lo que le rodea en su agujero,
Llama sandia bobada
Lo que no da placeres ni dinero.

Esto dije, señores, y no sigo
Pues ya me voy cansando.
Si lo que en este, digo,
Insulso mamotreto
No prueba á ustedes lo que estoy probando,
Quédese cada cual como yo quedo
Tras de su respectivo parapeto.

EPÍSTOLA Á MARÍA

¿Qué tienes, di, respóndeme, María,
Qué virtud hay en ti, qué talismán
Que siempre que te miro, el alma mía
A ti se inclina cual acero á imán
Con una irresistible simpatía.
Cuatro años ha que te conozco, hermosa
Y en tanto tiempo ni una vez siquiera
Esa tu influencia dulce y peligrosa
Ha dejado de obrar cual vez primera
Sobre mi alma sensible y cariñosa.
No he querido dar pábulo á esa influencia
Y á mi pesar te llevo en mi memoria;
He esquivado, confieso, tu presencia
Al corazón haciéndole violencia
Por no echar otra lágrima en mi historia.
Siempre cobarde y torpe é impotente
Cuando hablarte he querido, mano extraña
Ha venido á estorbarlo impertinente
Y tú, á veces amable, otras huraña,
¡Ay! no me dices lo que tu alma siente.
¿Y habrá de ser este martirio eterno?
¿Por qué, al fin, á explicarte no atreverme
Este, del alma, sentimiento tierno?
Y un sí, ó un nó, termine con mi infierno
Y sepa yo por fin á qué atenerme.
Si me dices que sí, la suerte mía
Sólo podrá igualarse con la gloria;

Y si un nó, me contestas, eruel, impía,
Tu palabra fatal será, María,
Digno remate de mi negra historia.
Y resignado, y silencioso y frío
¡Ay! la orfandad lamentaré de mi alma,
Seguiré soportando este vacío
Que roe sin compasión el pecho mío
Y el tiempo y Dios me volverán la calma.
No te pido ni amor; un desgraciado
No tiene, no, derecho á dón tan alto,
Pues de alicientes y ventura falto
Estrecharte no debo, que es menguado
Quien el amor conquista por asalto.
Me basta tu amistad, que de tu boca
Tan simpática y pura, algún consuelo
Dejes caer en mi pecho, con anhelo,
Que calme la aridez que lo sofoca
Y te abra una esperanza para el cielo.

LA MISERIA

Allí están ¡ay! en su pocilga horrible:
La hija en un banco con su tierno infante,
La madre atrás y el perro cabizbajos,
Alumbrados por luz imperceptible,
Y en la estera el esposo agonizante
Medio envuelto entre fétidos andrajos.

El té sin dulce en apagada hornaza
Está en un tiesto que una chispa entibia;
Un pocillo lo espera allí sin asa
Para que beba el infeliz paciente,
Para ver si su sed el pobre alivia
Con el poco de té medio caliente.

La joven madre de semblante pálido,
Dulcísimo mirar, fina nariz,
Que abríles diez y nueve apenas cuenta,
Revela el hambre en su semblante escuálido
Y al sufrir por su padre, de un deslíz
Las consecuencias, su dolor aumenta.

La pobre vieja mal vestida y flaca
Se acerca á su mitad de cuando en cuando,
Y "te alivias?" pregunta con anhelo,
Y el pobre viejo, con trabajo saca
Su mano, y hacia el cielo señalando
Le indica que su alivio está en el cielo.

También el perro, con humilde gesto
Se acerca á oler al miserable enfermo
Con ojos que revelan su tristeza,
Y meneando la cola vuelve al puesto
Tornándose á quedar como estafermo
Sobre el suelo clavada la cabeza.

En el banco se ve, del carpintero
De lata sucia agonizante lámpara,

Que de accíte, un adarme tendrá á pena
Y á trechos, de su luz, el reverbero,
Interrumpe la sombra con su ráfaga
Que da relieve á tan sombría escena.

El silencio que reina es tan profundo,
Que tan sólo se siente interrumpido
Por el triste, espasmódico quejido,
Que arranca su dolor al moribundo,
Ó por el sollozar cojitabundo
De aquellas dos mujeres, dolorido.

Sólo del niño en el feliz semblante
La paz del alma, su candor retrata
¡Abra luciente! que contrasta pura,
De aquel cuadro de angustia horripilante
Las negras sombras con que hierre y mata
La fe del débil, la miseria dura.

¡Dios de bondad, Señor! tú sólo sabes
En dónde y cuándo tu balanza santa
Enfiela al que padece y al que goza.
Tengo en ti fe, Dios mío, motivos graves
Debe haber que no entiendo, mas me espanta
Diferencia en el mundo tan odiosa.

A qué lado, Señor, debo ponerme?
El mundo me aconseja que del suave
Y mi razón me enseña que al más duro.
Dame, Dios mío, tu luz para entenderme.
¿Es el mundo que goza quien más sabe
Ó tengo en mi razón fanal seguro?

Sufrid, pobres mujeres, con paciencia
Y vos, ¡oh pobre anciano! vuestros males,
Que al Padre universal mandaros plugo.
Nunca el grito olvidéis de la conciencia
Que os dicta estas palabras celestiales:
"Ser víctima es mejor, que ser verdugo."

EL ÁLBUM

No hay cosa que más me espante,
Que el que una dama me ponga
Su álbum de versos delante,
Y, cual si fuera yo un Dante,
Que improvise, me proponga.
Cree la amable señorita,
Que hacer versos, de carrera,
Es cosa tan expedita
Como comerse una pera,
O tomar agua bendita.
Así sale ello. No hay uno
De esos álbum, que estudiado,
Dé á la dama el resultado.
Que los poetas, de consuno
Se proponen de buen grado.
Por bien sabidas razones,
Son los álbum de las damas,
Mosaicos de adulaciones,
Que, con raras excepciones,
Podían arder en las llamas,
Allí hay cutis de alabastro,
Mejillas de blanca nieve,
Y no falta algún poetaastro,
Que con el nocturno astro,
A compararlo se atreve.
Al cuerpo esbelto y bizarro

Lo comparan con la palma,
O con un junco, ó un jarro,
Pues un búcaro es de barro,
Y esto, con estoica calma.

Allí hay labios de carmín,
De rubí, coral, granate;
Dientes de perla y marfil,
Ojos de sol, y por fin,
No sé cuánto disparate.

Una vez, que por enfermo,
Sin quehacer me fastidiaba,
Por no estar como estafermo,
Cojí un álbum que allí estaba
Y en leerlo me ocupaba.

Después de leído, á las mientes
Me vino hacer un conjunto,
De los bellos ingredientes
Esparcidos componentes
De la dama del asunto.

De la India, una palma traje
Para que el cuerpo formara,
La luna para la cara,
Hago al Sol después que baje,
Mas como otro me faltara

Para formar los dos ojos,
Con dificultad bien poca,
Hago otro Sol. Para boca
Rubís busco los más rojos
Y cumplo al fin mis antojos.

Un traje rico le puse
Que, de negro terciopelo
Con un trasparente velo,
En dama muy blanca luce,
Y más si es de blondo pelo;

Mas en vez de dama hermosa
 Como el álbum me pintara,
 Salió figura monstruosa,
 Espectro, fantasma ó cosa,
 Que á mi mismo me espantara.

Por más que achiqué la luna,
 Por más que achiqué la palma,
 Muy redonda quedaba una,
 Y la otra en larga columna
 Un cuerpo flaco sin alma.

También achiqué los Soles;
 Pero siempre dos hogueras
 Me daban, ó dos faroles,
 O dos ardientes crisoles
 O sean ojos, más de fieras.

Quise entonces, ver la dama
 Que era del álbum objeto,
 Para saber si, en efeto,
 Era tal cual la proclama
 Aquel poético folleto:

Mas la hallé tan diferente,
 Que si hubiera sido amigo,
 Hermano, ó siquier pariente,
 Como retante ó testigo
 Desafiara á aquella gente.

Era esbelta y elegante,
 De tez blanca sonrosada,
 De penetranté mirada,
 A una chispa de diamante,
 Pero nó al Sol comparada.

Pelo castaño y copioso,
 Dientes blancos y parejos,
 De fino y maligno bozo,
 Labios un tanto bermejios

Y de juego cariñoso.

Nariz recta y perfilada,
 Mas sin rigidez geométrica,
 De ceja fina y simétrica
 Ligeramente arqueada
 Y de pestaña rizada.

En fin, allí había esbeltez;
 Mas no de palma ni junco,
 Ni, ojos había de carbunco;
 Y aunque había muy blanca tez
 No era lunar palidez.

¿Cómo, pues, no ser cobarde
 Para dar á un álbum versos,
 Si poeta en que el numen arde
 De adular, por el alarde
 Hace versos tan perversos?

121

ENTRADA DE UN BUQUE AL SALIR EL SOL

Aun de la humilde luna en el vacío
Sus débiles destellos de occidente
Luchaban con las luces que en oriente
Dibujaba el crepúsculo sombrío
En los bellos celajes de su frente;
Yo junto al muelle en pie sobre un esquife
Atado al elevado cabrestante,
Teniendo el mundo atrás, el mar delante,
El castillo á mi lado en su arrecife
Y en bahía los buques en anclaje.
Respiraba la brisa matutina
Y admiraba las ondas, que en la playa
Con suave ondulación, de la muralla
El pie lamían con su lengua fina,
Con su espuma tejiéndole una maya.
Veía cortar, del mar la superficie
Aquí y allá las afanosas quillas
De las ligeras, de pescar, barquillas
Cual gaviotas nadando en la planicie
Su foque cual penacho de abubillas.
Y del mar, tras los líquidos cristales,
Ví casi al asomar el Sol naciente
Un rojo nacarino incandescente
Mosaico indefinible, los umbrales
Taladrar de la puerta del oriente.
Y ví asomar de fuego la barrena
Y desprenderse del confín del cielo

Un bellissimo riel rizado appena,
Cual de oro puro laminar cadena,
Cual flotante, de fuego, un arroyuelo.

Y ví del Sol la frente de escarlata
Asomar y de golpe alzar el seno
Y frente á frente presentarse lleno,
Montado sobre el mar su luz dilata
Y la luz de la luna aleja y mata.

Un globo monstruo entonces veo girando
Con vivaz vibración que en la pupila
Verdiosos bordes al vibrar dejando,
Cual fuego de Bengala chispeando
Mil y mil soles sin cesar perfila.

Deslumbrado, la vista aparto en vano
Pues, cruel, castiga mi osadía y miro
Soles do quiera que la vista giro,
Un Sol en cada dedo de mi mano
Y Soles en el aire que respiro.

Tocan al punto en el castillo, vela,
Y una en pos de otra *el caballero* iza
En su almena, señales cuya tela
El rumbo, el porte y la nación revela
Y si es de guerra ó si es mercante avisa.

Y un punto oscuro por el norte vése
Manchar del horizonte el limpio llano,
Solo y aislado en el cerúleo plano
Que ave pequeña acuática parece
Y mientras más se ve, más y más crece.

Del muelle entonces se desprende el práctico
En bello bote de ligera vela
Y atrás dejando rutilante estela
Con remo y foque escúrrrese simpático
Y cual peje del mar se aleja táctico.
Ya se acercan, ya están en abordaje

Y soltando las riendas el marino
Caballo, va marchando tras el paje
Que por delante con certero tino
Los bancos huye y crestas del camino.

Va entrando la fragata: cuán galana
Abre sus velas múltiples al viento
Que orgulloso, á su popa toma asiento
Y agrupada á su palo de mesana
Lanza su gente el hurra de contento.

Dejando va magnífico cimero
Ondulante flotar en el espacio
Y de espuma blanquísimo reguero
De su hélice al violento batidero
Atrás deja el acuático palacio.

Británica bandera orna su frente
Ondeando en su soberbia arboladura,
Al llegar á bahía, su ancla asegura
De gran cadena sólida pendiente,
Respira y deja su faena dura.

En el muelle, la gente está apiñada
Del gran buque, la entrada contemplando,
Botes mil se desprenden en parvada
Tras los de aduana y sanidad, bogando
Del buque á disputar la descargada.

De jarochos y damas y donceles
Hierva el muelle y de carros, que en rieles
De alegres cargadores un enjambre
Carga de fardos, barras y toneles
Y de ricos pescados que dan hambre.

Y grita y corre y atropella y goza
Y afanoso hormiguero alegre pasa,
Del muelle las trincheras á la plaza
Y aquí limpia mi pluma el paño, sosa,
Pues esto para mí ya es pura prosa.

EL DESENCANTO

Flores son para el hombre las mujeres,
Aroma de su vida sus amores,
Miel sabrosa derraman sus favores,
La copa hasta llenar de sus placeres.

Mas rebosa al llenarse y al fin vierte
En cambio de ese aroma y ese almíbar
De cansancio y hastío amargo acibar,
Que en llanto ó en olvido se convierte.

Vuelve el vacío del alma y vuelve el hombre,
A quererlo llenar y otra vez toma
Esa flor y ese néctar y ese aroma;
Y ¿qué encuentra otra vez? tan sólo un nombre.

Por un vano recuerdo, que su orgullo
No sus nobles instintos acaricia,
Sólo mira á sus pies mustio capullo
Que sin color ni olor ya no codicia.

Y cada flor y goce va dejando
En el fondo de su alma un descontento,
Cual del licor las heces, que al asiento
De copa de cristal se van posando.

Y su alma siente horrible pesadumbre
Porque el bien que su loca fantasía
Miraba de sus sueños, en la cumbre
No es más, que un espejismo, una falsía.
• ¡Oh, mujeres! dejad vuestra hermosura,
Vuestras gracias dejad y atavíos vanos,
Los hombres más queremos, que figura,
Almas hermosas y talentos sanos.

Sois las bellas sin juicio y sin talento
 Cual cajas de cartón muy adornadas
 De venta, para alhajas preparadas,
 Que al abrirlas se encuentra sólo viento.

Nunca fáciles seáis, si bien amables,
 Coquetas, si queréis; mas con cordura
 Nunca olvidéis, del alma, la hermosura,
 Ni amor finquéis en gracias deleznales.

No incautas, cual ligeras mariposas,
 A cualquiera le abráis vuestro santuario.
 A nadie fiéis la llave del sagrario
 Si ante Dios no os consagra como esposas.

Si ángeles sois bajados á este suelo
 A endulzar la amargura de su infierno,
 No derramáis la miel que allá en el cielo,
 En vuestro corazón guardó el Eterno.

Aun esposas, sed cautas, sed avaras
 De vuestro dulce néctar, no, la copa
 De amor, pongáis entera ante sus aras,
 Gota á gota mojad su ávida sopa.

EL NIDO DEL COLIBRÍ

De una rama, en la punta,
 Que de un árbol altísimo pendía,
 Con trabajo la vista descubriría
 Entre el verde follaje suspendido
 Microscópico nido
 Tan fino y torneado
 Cual la avecilla que lo había formado.

En aquella ramilla colocado,
 Prendido parecía con alfileres,
 Cual dije de tocado,
 Por bella mano de hábiles mujeres.

De terciopelo gris un canastillo
 De pronto parecía,
 Y el lindo pajarillo,
 Que en él se contenía,
 Era la hembra amorosa
 Del colibrí simpático y aéreo,
 Que iba libando miel de rosa en rosa.

La fina cola y el precioso pico
 Por el borde asomaba
 Y cual dama oriental que perezosa
 Meciéndose en el parque el aire goza,
 En su frágil ramilla,
 Su prole calentando,
 Al impulso del viento
 Se columpia la linda pajarilla,
 Y á su amante buscando,

Que le traiga su miel está esperando.
 Desde el balcón vecino yo la vía,
 Muy cerca de mi mano,
 Y fué tan grata para el alma mía,
 Tan bella su poesía,
 Que mi humor inhumano
 Dióme tregua un momento,
 Y despertó mi yerta fantasía.
 Mas ¡ay triste! cuán poco duradera
 Es en la tierra la alegría y vana.
 Cuando aquella aveceilla más ufana,
 Sus huevillós cubría
 Pensando que muy pronto volaría
 Por los aires su prole placentera,
 Vió, con dolor, cual la infeliz lechera,
 De la fábula, en lodo convertidos
 Los sueños de su vida más queridos.
 Al impulso del viento
 Un espeso, del norte, se desprende
 Nubarrón ceniciento,
 Que en formas caprichosas se destiende,
 Con las nubes que encuentra en su carrera.
 Su ya preñado vientre va ensanchando
 Y cual monstruosa fiera
 Cielo, tierra y espacio devorando.
 Unas veces artero
 Tranquilo y sin ruido,
 Con majestad avanza
 Hasta infundir de calma confianza;
 Mas derrepente su mirada enciende,
 Y cuando nadie espera
 Prolongado rujido
 De su feroz garganta se desprende.
 Es el grito rabioso

De su difícil parto congojoso
 Que al fin al mundo lanza incandescente
 El rayo impetioso,
 Que en forma de larguísima serpiente
 Cuanto encontró á su paso
 En el furor, destroza, de su zaña
 Con hórrido fracaso
 Y en la cresta se hundió de la montaña.
 El tempestuoso viento
 El fuerte pino y la elevada palma
 Abate turbulento.
 Una tras otra vagabunda gota
 Las paredes azota,
 Y vuelve, un punto, la aparente calma.
 La pajarilla hermosa
 Espantada, afligida,
 Huyó despavorida
 Dejando allí llorosa,
 Por el lodo, barrido
 Rama, huevillós, ilusión y nido.
 Al ver hecho pabeza
 Lo que un momento fuera mi alegría,
 Un punto, el alma mía
 Sobrecogió el dolor y la tristeza;
 Mas pronto, á aquel marasmo
 Sucedió el entusiasmo,
 Porque hallaba á Dios mismo
 En aquel espantoso cataclismo.
 ¡El campo, el campo, ¡oh Dios! tú no has querido
 Que en el campo yo viva.
 ¡Oh! cuánta diferencia,
 Cuánto dulce recuerdo y cuánto olvido,
 Podría gozar mi, hoy bárbara existencia,
 Si viviera contento

Entre agua, flores, pájaros y viento.

Olvidaría la infamia de los hombres,
Recordaría los goces de mi infancia,
De viejo hurraño, tornaría en niño,
Renacería el cariño
Con que yo amaba todo en mi ignorancia.

¡Oh! maldita experiencia,
Si hacer feliz no sabe
De qué sirve la ciencia?
Engañado ser quiero
Una vez, diez y ciento
Si tan feliz engaño
Me ha de volver mi bello sentimiento
Y me ha de ahorrar de la experiencia el daño.

La corte ¡oh!, sí, es muy bella,
Si se mira en conjunto.
Ruido, esplendor, placeres, movimiento,
De la vida oriental justo trasunto;
Mas si imprime en la carne su honda huella
La alma está inerte, el corazón difunto,
Pues que si se analiza
Tras de su rica capa
Harapos, crimen y mentira tapa.

No así el campo, pues es tan delicioso
Contemplar la natura en la campiña,
Como es grato también y provechoso
Sus secretos hallar, si se escudriña.

Dichoso ¡ay! el que puede
Disfrutar de su influencia. Mi destino.
Es seguir mi camino
Y ante el santo deber mi anhelo cede.
Si aquí Dios á mis hijos da el sustento
Su voluntad se cumpla, estoy contento.

ESPIRITO Y MATERIA

HABLA EL CUERPO AL ALMA.

¿Qué tienes, alma mía, por qué intranquila
Tú no me dejas conciliar el sueño,
Por qué tienes empeño
En huir de mí, sabiendo que vigila
Esperando tu vuelta mi pupila?

¿Por qué, si compañeros
A formar un ser solo Dios nos hizo,
Sin respetar mis fueros
Desplegando tus bríos altaneros
Te escapabas y me dejas de improviso?
Si el estómago hambriento me reclama
El pan de cada día,
Tu pasión de fantástica poesía
En fervidos delirios se derrama
Haciéndome sufrir el hambre impía.

Si de alegres mujeres y muy bellas
Quiero seguir las huellas,
Lejos de acompañarme, el vuelo tiendes
En busca de no sé qué bellos duendes
Que habitan más allá de las estrellas.

Si el rico ajuar ansío y los tapices
Y la opípara mesa
Y elegante, arrastrar bella calesa,
Que son, hurraña, dices
De orgullo y vanidad tontos deslices.
Si en medio de este mundo y su algazara

Gozamos del barullo y movimiento
 En charla con amigos y contento,
 Cuando vuelvo la cara,
 Tu índole cruel, voluntariosa y rara
 Te vuelve distraída
 Y una flor, una gota ó una fuente
 O un reflejo de luna en la corriente
 Me dejan hecho un zote y sin salida.
 Si en un estrado estamos
 Y de modas y novios se platica
 Y al vecino ó vecina se critica,
 O callas, ó te enfadas y nos vamos,
 O cuando más, te pica
 Por hablar con la poética Marica.
 Y siempre tú mis gustos contrariando
 Y siempre tú, tu voluntad haciendo,
 Más bien que tu mitad, por mi sonrojo,
 Yo esclavo de tu antojo
 Y tú el tirano vamos pareciendo.
 Basta, pues, tu dominio me incomoda;
 Quiero lujo y placeres,
 Quiero hacerme político á la moda,
 Quiero orgías y dinero,
 No quiero ya, que en mi albedrío imperes
 Ni esclavo ser de estúpidos deberes.

CONTESTA EL ALMA.

Calma, calma por Dios, mitad querida,
 No te exaltes así y oye primero,
 Pues convencerte quiero
 De que, más que mi bien y que mi vida
 Tu bienestar y vida yo prefiero.
 Si hay veces en que, ardiente

En sueños de oro, amor y poesía,
 Delira mi exaltada fantasía
 Y á otros mundos de luz indeficiente
 En busca de los nidos
 De esos sueños bellísimos, queridos,
 Me arrebatara la mente;
 No sin dolor te dejo aquí en el suelo
 Pues seguirme no puedes hasta el cielo;
 Pero qué hacer, pregunto, amigo mío,
 Si tu gusto se encierra
 En gozar los placeres de la tierra?
 Mil veces plego mi ardoroso brío
 Por estarme contigo y darte gusto
 Y aunque muerta de tedio
 Y con humor adusto
 Gozo y grito contigo sin remedio;
 Mas, aunque franca, por demás, me acuses,
 Como eres algo tonto,
 Si te dejara yo, te irías de bruces;
 Por eso si te excedes, más que pronto
 A contenerte ocurro, y grito y hablo,
 Pues si en mis vuelos yo hasta Dios me afronto
 Tú en tu entusiasmo te darías al diablo.
 Uno que otro momento te desvelo
 Y uno que otro, por mí, tú tienes hambre,
 Mas no cuentas los mil que por mi anhelo,
 Sin penas y sin susto,
 Duermes mejor y comes con más gusto
 Y más sabroso te parece el fiambre.
 Para llenar, me dices, el vacío
 Con que siempre me acuesto y me levanto,
 De mujeres alegres, el encanto
 Me invitás á gozar y sus caricias,
 Sin ver, hermano mío,

Que son engañadoras y feticias.

Esa mujer tan bella es mercancía
De seco corazón y de alma impía,
Que sujeta á la sordida tarifa
Se vende, alquila ó rifa.

Sirena encantadora,
Nos arrulla cantando y en su canto
Amor infame miente
Que en el alma nos deja un desencanto
Y una mancha en la frente.

Mucho, á fe, te preocupa
El ajuar, los espejos, la calesa
Y la opípara mesa,
Y es que tu cráneo desprovisto y liso
De chácharas se ocupa,
Cual niño antojadizo,
Que reconcentra sus caprichos muchos
En juguetes y dulces, cucuruchos.

Basta ya, buen amigo,
Que, á seguir tu capricho é ir contigo,
El hombre sin su Dios y sin santuario
Entre goees estúpidos y cuitas,
Siempre en recursos y en humores vario
Y la razón por siempre contrariada,
El mundo ya sería, de sibaritas,
De locura y dolor triste morada.

Deja, pues, esos viles idolillos
Y esa, levanta, testaruda frente,
Que se empeña en buscar en la basura
El pedazo de espejo, que fulgura,
Sin ver que quien le da sus falsos brillos
Es el brillo del sol resplandeciente.

Ven, amigo, gocemos de la luna,
Gocemos de la noche

En la extensa pradera.
Alza los ojos á la azul esfera,
Respira y lanza al vuelo
Como queja y reproche
El, por el mundo, reprimido grito:
Contempla ese letrero que contiene
Astros por letras y por plana el cielo,
Y en que el nombre de Dios se mira escrito.

Mira esos miles de gigantes masas
Cintilando sus luces de colores
Y los mil y mil seres de otras razas
De ellas habitadores.

De esos seres tan bellos
Los sentidos é idioma de los hombres
No conocen las formas ni los nombres;
Pero el alma del poeta los columbra
Tras de su red de arcanos
Porque son sus hermanos.

¿A qué águila, á qué nube,
A qué tromba del mar ó torbellino,
A qué monte gigante ha sido dado
Subir á los espacios como sube
Y su frente meter insolentado

El pensamiento insólito y divino?

Vedlo avanzar en el vacío infinito
Y atropellando soles abrir brecha
Por donde pasa su insolencia, estrecha.
Y atrás dejando soles
Y atrás dejando estrellas

Marcha solo y sereno y sin fatiga
Cual celeste visión, sin dejar huellas,
Sin estorbo encontrar que lo detenga,
Sin tener más que el ángel que lo siga,
Sin tener más que Dios que lo contenga.

¡AYES!

Triste es mi vida, Padre mío, muy triste
 Desde que el ser me diste;
 Siempre solo y aislado
 Y el alma sumergida en hondo tedio
 Nunca ha hallado remedio
 Este ser desgraciado.

Tú lo sabes, Dios mío, mi vida entera
 Una cadena de dolor ha sido
 Y su larga carrera

Una queja continua y un gemido.
 El mundo no lo sabe. Yo con maña
 Cuido ocultar con antifaz de gozo
 Mi semblante lloroso
 Y me llama feliz, ¡cuánto se engaña!

Mucho tiempo he podido
 Ante ese mundo insustancial é insano
 Jugar esa comedia ¡ay! pero en vano;
 Ese juego falaz, nunca sentido,

Me empeño en continuar, ya no es posible,
 Que es mi mal cada día más insufrible.

No hay viejo que no viva de recuerdos,
 Ni hay quien no tenga sus recuerdos gratos
 Si quier sea sólo de sus años tiernos;
 Mas los míos ¡cuáles son? ¡ay! tan ingratos,
 Que sólo fué mi vida
 Por oasis instantáneo
 ¡Halagador engaño!
 En su árido desierto interrumpida.

El dolor fué conmigo, cuando niño,
 Mi tenaz compañero. Destetado
 Apenas, fuí arrancado
 Del seno arrullador de mi nodriza,
 Cuyo dulce cariño,
 Pábulo daba á mi infantil sonrisa,
 Única que, tal vez, yo disfrutara
 Antes que al rudo llanto me entregara.

Luego, más tarde, al despertar al mundo
 Mis dolores crecieron
 Y con dolor profundo
 Mis ojos descubrieron
 Con medroso delirio,
 Como horribles espectros de mi infancia
 Adornados los muros de mi estancia
 Con crueles instrumentos de martirio,
 El cepo de campaña

De gruesa y dura caña,
 La disciplina de enceradas puntas,
 La poltrona invertida,
 La cuerda de las vigas suspendida
 Para colgar atadas manos juntas,
 Y qué sé yo qué más; tristes memorias,
 ¿Por qué vivís tan frescas todavía?
 Lejos, lejos de mí, caterva impía
 De espantosas historias.....

Tres lustros casi fueron, por mis daños,
 Los de mi juventud, primeros años
 Llenados con el miedo
 Y la ignorancia y sufrimiento y todo
 Lo que pudiera envilecer, de modo
 Que de idiota, un remedo
 Iba yo siendo ya, y acobardada
 Mi pobre inteligencia y comprimida,

Faltábale la vida
Y se atrofiaba y se moría asfixiada.....

Pasaron pues esas historias cruentas.
Mas las historias que después vinieron
Si sangre no tuvieron,
No estuvieron de lágrimas exentas.

Un lóbrego convento,
El mal consejo señaló de intento
Para aprender la ciencia
Que debiera ilustrar mi inteligencia.
Aquel convento silencioso, inmenso,
Cuyos claustros larguísimos, oscuros
Los pasos cautelosos
Repercutían con ecos pavorosos
En los macizos y elevados muros,
Fué mi primer plantel. Impertinentes,
Atrasados, pacatos, poco diestros
Y para colmo nada diligentes
Tocáronme en mal hora por maestros.

Libros de texto de doctrina rancia
De tiempos de ergotismo
Y ampulosa pedancia
Mi espíritu sumieron en abismo
De problemas sin fin y sin sustancia.

Pasó el tiempo, pasó, casi perdido
En ciencias metafísicas
Y perdido del todo en ciencias físicas,
Bastando decir sólo, que fué excluido
Copérnico del texto, y aceptado
Tolomeo, astrónomo anticuado.
Y en improbos estudios vi perdidos
Los años de mi vida más floridos.

Salí al fin de las aulas
De aquel medroso y tétrico convento

Cual salen de las jaulas
Los tristes pajarillos;
Como deja los grillos
El pobre preso lleno de contento.
Por supuesto salí lleno de ciencia
A juzgar por los *némines* y votos
Con que, dizque, premiaban mi talento;
Mas ¡ay! yo los llamaba en mi conciencia
Títulos falsos y papeles rotos.

Salí, sí, para entrar mundo adelante
En un mundo más amplio y diferente
Y ya como estudiante
De facultad mayor, independiente.

La libertad brindóme su cariño
Y á mi encuentro salió. La vi tan bella
Que me arrojé en sus brazos, mi querella,
Contándole ¡ay! con el candor de un niño.
Y la canté y acaricié en mis sueños
Y de mustio y estúpido y fanático
Pasé al rango de libre y optimista
Y de un mentor monástico y flemático
A un Juárez progresista.

De un campo oscuro, mustio y sin camino
Pasé á otro de color bello y hermoso
Donde todo era luz y vida y gozo
Y el que antes, yo juzgué fatal destino,
Me brindó sus tesoros cariñosos.

De espíritu é ideas independientes
Viajé y establecíme en puntos varios
Y en teatros de alto prez y diferentes
Desempeñé papeles prominentes
Que á mi puerta llamaron voluntarios,
Pues, siempre digno, en humillante ruego
Jamás hice el papel de palaciego.

Mas ¡ay! duró mi encanto
Lo que dura al que sueña, el dulce sueño,
Muy pronto volvió el llanto
De mi existencia, á convertirse en dueño;

Aquella libertad tan cariñosa
Me engañó como á un niño.
No fué la virgen, no, no fué la diosa,
Que mi mente soñó. Fué aquel cariño
De meretriz hipócrita y hermosa
Para engañar á necios y á poetas
Con indignas caricias de coquetas.
Falsa, grosera, cínica é impía
Y tirana además, el hombre honrado
Patriota é ilustrado
Seguirla no podía
En su tortuoso y pérfido camino.

Dejéla pues pasar ebria y sin tino
Y renuncié gustoso los honores,
Renuncié los destinos
Que me brindara y la ilusión perdida
Reduje á vegetar mi pobre vida
Y á llorar de mi patria los dolores.

¡Pobre patria! pareces condenada
A vivir bajo el yugo de la espada
Y ora llámense tirios ó troyanos
Siempre has tenido que sufrir tiranos.

Muerta mi alma á ilusiones
De nobles y de patrias ambiciones,
Quedábame un reducto
De hogar, en el sagrario;
Mas también la tormenta reformista,
Vino á matar de esa ilusión el fruto,
Llevando, de ese hogar, hasta el santuario,
Su villana y satánica conquista.....

¿Mas, para qué más quejas? si quisiste
Que el dolor me nutriera, Padre amado,
Su dardo agudo, en cambio, se ha embotado
En el alma templada que me diste.

Y el dolor ¿qué es al fin? crisol del alma,
Una prueba, un aviso, una enseñanza,
A que siempre acompaña la esperanza
Bálsamo de consuelo, iris de calma.

Sí, Dios mío, si el sufrir es inocente
Y los que sufren, tu piedad imploran,
Tú cumples tu palabra indeficiente
"Son bienaventurados los que lloran."

LA SANTA HOSTIA

Partícula de pan incomprensible
Ante quien con fe santa me arrodillo,
Tan frágil al tocarla y al martillo
Tenaz de la impiedad indestructible.
¿Cómo es esa Hostia que, de pan formada
No han podido expulsar de los altares
Ni la ciencia, ni el oro, ni la espada,
Ni inviernos y veranos seculares,
Ni las calumnias, ni el sarcasmo. Nada?
Ese prodigio que el cristiano admira,
Ese fenómeno que al mundo pasma,
Es acaso una burla, es un fantasma.
Es un mito, un absurdo, una mentira?
Y esos, que veo en el templo arrodillados
Centenares de gentes
Elevando á ese Pan ruegos fervientes,
Van, cual cándidos niños engañados,
Son hipócritas, viles y menguados
O son ordas de estúpidos creyentes?
Ese ilustre abogado, el doctor sabio,
Ese artista admirable, ese magnate,
Ese gran rey, ese sublime vate,
Que van á orar, acaso de su labio
Sólo brota el engaño y el dislate?
Esos miles de impíos desengañados,
En vida grandes sabios, que en la muerte
Abandonan su ciencia y humillados

Piden la Hostia, temiendo por la suerte
Que su ciencia ignorante nunca advierte.

Y esos, de fe, magníficos ejemplos
No de una y dos sino de cien naciones,
Que elevan á ese Pan sus oraciones
En altares innúmeros y templos,
Pues el mundo creyente,
Extiende sus católicos pendones
De norte á sur y de occidente á oriente:

A ese arcano que lleva veinte siglos
Que los pueblos ilustra y moraliza,
Que ayunta los vestiglos
De idolatría salvaje y que suaviza
Las pasiones del hombre:
Que ha triunfado del fuego y de la espada
No más por la palabra predicada;
El mentido progreso le da el nombre
De farsa y de mentira?.....

¡Oh miseria! ¡oh vergüenza! La santa ira
Provoca, y tan sacrílegos antojos
Hacen brotar el llanto de los ojos.

No, no es mentira, el corazón lo siente,
La razón misma grita que una idea
Grande y sublime en ese Pan campea,
Para que el mundo tenga á Dios presente.

Esa idea no es del mundo. Tal grandeza
Que nazca es imposible
De humana mezquindad en la cabeza,
Fuerza es que para hacérsele posible
Fuera del cielo, por el cielo impresa.

¡Oh Iglesia santa, del Eterno hechura!
Fiel conserva impertérrita y constante
La fe en tu Pan de celestial blancura,
Resistiendo la rabia y la locura

De ese mundo protervo é inconstante.

Quiso, en su orgullo, el infernal Lutero,
Borrarte de los fastos de la historia
Y en vez de conseguirlo, logró empero,
Que mire por su lente el mundo entero
Más claros los destellos de tu gloria.

Quiso hacer religión á su manera
Que dejara sin freno las pasiones,
Especie de rufiana lisonjera

Y en vez de religión, hecha girones,
Se ve de mil colores, su bandera.

En vez de un culto, un dogma, una doctrina,
Un jefe, y una fe y un estandarte
Que hace á la Iglesia institución divina,
É inexpugnable y secular baluarte,
Sólo hizo una Babel y subyugada,
A papas legos sufre por la espada
O vaga por repúblicas cual grey
Que perdido el pastor vive sin ley.....

¡Oh santa Hostia, cordero immaculado!
No nos faltes jamás y en la agonía
Conforta el alma. Auyenta, del malvado,
La sujestión impía
Y en vida danos tu manjar sagrado.

A SU SANTIDAD LEON XIII

Veterano de Cristo: en el lindero
De cielo y tierra estás de centinela
Al mundo por salvar, constante en vela
Y á sufrir por los hombres, el primero.

Por el crimen de amarlo, prisionero
Ese mundo te tiene, en vil tutela;
Mas si el malo no te ama, te consuela,
Que te ama el bueno con amor sincero.

No te aflija estar preso, así más digno
Eres de tu misión; sigue constante
Sin doblar tu pendón ante el indigno,
Que, el que ha sido, de Dios, representante
Lleva hoy, cual nunca, de grandeza el signo;
Hoy, más que nunca, osténtase un gigante.

LA SANTA IGLESIA

Al hombre, de albedrío dotó el Eterno;
Mas, usó de esa dote tan querida
Tan mal, que su morada, convertida
De crimen y dolor fuera en infierno,

Si condolido Dios cual Padre tierno
No dejara en su Iglesia bendecida
Luz y camino de verdad y vida
A do lo llama con amor materno.

Si á esa máquina-mundo se dejara
Correr vertiginosa, en su carrera
A horrendo precipicio se lanzara
Y su ardiente é indómita caldera
Do hierven las pasiones, estallara
Si esa válvula Santa no tuviera.

EL PONTIFICADO

Cree el cristiano que un hombre en este mundo
Es vicario de Dios..... ¡error!..... ¡demencia!
Absurdo! grita la moderna ciencia;
Mas, cual protesta á ese desdén profundo,
Siglo tras siglo con cincel fecundo
Un trozo va agregando, como herencia,
Al pedestal, do en alta prominencia,
Ese absurdo se ostenta sin segundo.
De cientos de millones de cristianos
Que sufren en la tierra es el consuelo.
Gobiernos protestantes y aun paganos
Le rinden homenaje, y es su anhelo
Dar luz y paz al mundo y en sus manos
Están las llaves con que se abre el cielo.

AL PONTIFICE

Impíos bandos no quieren que seas rey
Y te ves de tu reino despojado
Cuando eres tú más rey, aprisionado,
Que quien te dieta tan injusta ley.
Creen que es tu mansedumbre la del buey
Que dobla la cerviz ante el arado,
No del pastor, que tiene á su cuidado
Por el mundo esparcida inmensa grey.
Mientras del mundo entero, bendiciones
Y el óbolo de amor á ti te viene,
Su tesoro, tal vez, con maldiciones
Del pobre pueblo, el mandarín obtiene,
Pues su poder estriba en sus cañones
Y á ti, es Dios el poder que te sostiene.

EL MATERIALISTA

Libre y sin Dios, espléndidos carruajes
Tiene y tapices de vistosas telas,
Magníficos espejos y arandelas
Y amplia mesa de innúmeros potajes.
Bellas mujeres de preciosos trajes,
Siempre entre amigos, juego y francachelas,
Leyendo, cuando lee, libres novelas
Y hollando la miseria con ultrajes.
Aun es joven y su alma está gastada,
Va siéndole el vivir fardo pesado,
No sabe qué es virtud, amor no siente,
Nunca, al cielo levanta la mirada,
Porvenir para él no hubo, ni pasado
Y su mundo se encierra en el presente.

A UN JILGUERO

Jilguerillo precioso: tu voz pura
Hace días que en mis ocios vespertinos
Me halaga con sus cánticos divinos
Esecondido entre copos de verdura.
Burlando la entreabierta cerradura
De tu jaula, escapaste á tus destinos
Y hoy provocas su saña con tus trinos
En tu loca alegría desde esa altura.
Dichoso tú que alegre te resbalas
Por los aires volando entre jardines,
Yo, ¡triste! veo las diamantinas salas
De esos campos de azul, tras los confines
Y no puedo desliar, cual tú tus alas,
Estas, de carne, ligaduras ruines.

LA TEMPESTAD

Trueno en el cielo, con fragor, el rayo
Y á derecha é izquierda nubes hiende.
Su fósforo infernal al frote enciende
Deslumbrando insolente, al sol de Mayo.

El broche del espeso capisallo
Que envuelve al mundo, en su furor desprende
Y envuelto en tromba, como alud descende,
Sembrando por doquier luto y desmayo,
Torrentes improvisanse impetuosos.
Rujen los vientos y el granizo azota,
Torres y árboles caen y apesarada
Naturaleza llora los destrozos
Del terrible huracán..... mas es chacota.
Que no hay tal rayo ni huracán ni nada.

A UNA DAMA QUE DEJÓ A UN POETA POR UN RICO

Dos hombres te ofrecieron, Julia hermosa,
De sus almas la flor más delicada,
De oro era la una, rica y muy pesada,
De gloria la otra y de color de rosa;
Esta, al principio, amante y afanosa
De tu ángel bueno, optastes, inspirada;
Mas al tentarte el malo, fascinada
La cambiaste por la otra más costosa.
Ligera y vaporosa la elegida
Te envolvió en su vapor y en su perfume
Y en alas del amor te ibas al cielo;
Mas cogiste la de oro, y atraída
Por su peso, tu esfuerzo se consume
Y con ella caíste hasta el suelo.

A LOS TREINTA AÑOS

(DE MANUEL DEL PALACIO).

Héme lanzado en la fatal pendiente
Donde á extinguirse va la vida humana
Viendo la ancianidad en la mañana
Cuando aun la juventud está presente.

No lloro las arrugas de mi frente,
Ni me estremece la indiscreta cana,
Lloro los sueños de mi edad lozana,
Lloro la fe que el corazón no siente.

Me estremece pensar que en solo un día
Trocóse el bien querido en humo vano
Y el alentado espíritu en cobarde;
Maldita edad razonadora y fría
En que para morir aun es temprano
Y para ser dichoso acaso es tarde.

CONTESTACION

(En los mismos consonantes).

¿ Por qué llamas fatal á la pendiente
Donde, á querer la voluntad humana
Halla una juventud en el mañana
Más bella y real que la que está presente?

Esa arruga es diadema de tu frente,
Y es un laurel tu prematura cana,
Tu llanto es de poeta, y es lozana
Y tu alma tiene fe, puesto que siente.

Consuélate al pensar que en solo un día
Puede trocarse en real lo que era vano.
El poeta; vive Dios! nunca es cobarde,
Ni ha helado su alma, edad, ni razón fría,
Para el fango dejar, nunca es temprano
Y para ser dichoso, nunca es tarde.

TUS OJOS

Cual dos lindos diamantes embutidos,
De tus pupilas, en el fondo oscuro,
De tus rizas pestañas, bajo el muro
Dos luceros fulgurán escondidos.

A unos ojos así, llaman dormidos
Por sarcasmo tal vez, pues de seguro
Que son más vivos, de mirar más puro
Que los ojos del lince, más lucidos.

Al tranquilo mirar juntan la gracia
Y la dulzura y el candor, que hacen
Que todos, bella niña, los admiren;
Mas mi gusto, en verdad, no satisfacen,
Pues les falta una cosa, por desgracia
Y es..... preciosa criatura..... que me miren.

A MARIA

(En su cumpleaños).

Tiene mi alma escondido, amiga mía,
De consuelos, un mágico santuario
Donde guardada en bello relicario
A la santa amistad venera pía.

Vestal del templo, en sus contornos cría
Flores hermosas en jardín muy vario
Y ese, de amor, balsámico incensario
Sus mil perfumes á la santa envía.

Hoy, la santa me brinda con sus flores
Y quiere que un *bouquet* bien matizado
De esas flores del alma te remita;
De rosas y clavel te irán mejores,
No lo dudo, María, mas pon cuidado
Que ellos mueren y el mío no se marchita.

ESTUPIDEZ

Pues, señor, héme aquí como un berengo
Pidiendo á gritos al divino numen,
Que traiga de una oreja á mi cacumen
Que en irse da, cuando á mis versos vengo.

Cuando más precisión ¡vive Dios! tengo
De acabar mi poético volumen,
Más ganso y tonto estoy y á que me abrumen,
Y á que me albarden, voto á brios, me avengo.

Cuando quiere mi numen, con presteza
Me sirve y desempeña á maravilla,
Sin soponcios, ni esperas, ni jaranas;
Mas si estar rehacio, plácele á su alteza,
Como el ebrio de Sancho, se encastilla
Y me vuelve, como ahora, su Juan Lanás.

EL AVARO

Quisiera, por decoro, hallar sinónimo
De ese avaro vejete tan misérrimo,
Que cuando á coger tocan, es acérrimo,
Y si se toca á dar, se vuelve anónimo.

El perro adopta á veces el seudónimo,
Por hacerse pasar por integérrimo;
Mas es tan conocido y celebérrimo
Que hasta el loro lo llama D. Gerónimo.
¡Jesús!..... ya dije el nombre, soy un vándalo;
Mas callo el apellido, si no el pícaro
Será capaz de denunciarme el número
O morirse de rabia, ó dar escándalo.
Y qué importa? si es único el cernícalo
En el rol de Gerónimos innúmero.

EN UN ENTIERRO

En carros de oro, con primor tallados,
Cubiertos de cristal sus medallones,
Coronados de fúnebres blasones,
Sobre griegas cariátides montados,
Los bellos esquineros adornados,
Con hermosos penachos y festones
Por cuádriga, tirados, de frisiones
Y á pie, de gran librea, por pajes guiados;
Van los muertos, en triunfo, á su agujero,
Cien carruajes detrás, y si unos, ciertos,
Los más, amigos de tarjeta, esquivos,
Sólo van por respetos al dinero,
Pues la pompa ostentosa de los muertos,
No es más que vanidades de los vivos.

A MARIA M.

(EN SU DIA.)

Cuando Dios te formó, María querida,
Sacó del semillero, que en su seno
Tiene de gracias, para el hombre, lleno,
Una semilla y la sembró en tu vida.
Esa semilla no quedó perdida:
Esbeltez y belleza dió el terreno,
Gracia, talento y un carácter bueno
Colmando los quince años la medida.
Sólo falta, María, que dotes tales
Sepas aprovechar con tu talento,
Que tu virtud á tu belleza iguales
Procurando que dé, ciento por ciento
Y que el fruto de planta tan frondosa,
Sea la fecunda madre y buena esposa.

LA MUERTE

La muerte puede ser ángel bendito,
Cuando llega á pisar nuestros umbrales,
Si el hilo, á cortar viene, de los males,
Del que humilde recíbela y conrito;

Mas también puede ser ángel maldito,
Ministro de las iras celestiales,
Si en horas, ¡ay! por nuestro mal fatales
Al llegar nos sorprende en el delito.

No temo á ese severo personaje,
Si á mi puerta, á llamar, viene con calma:
Si, un punto, en mi antesala, su equipaje
Espera que, tranquila, arregle mi alma,
Pues no quiero encontrar al fin del viaje
El manzano fatal sino la palma.

LA MUERTE

Qué es la muerte? una sombra que nos pasa,
Es negación ó fin de nuestra vida,
Es un ángel soñado que convida,
O es un negro fantasma que amenaza.

Para, quien sus deberes no traspasa,
Es un convite á la mansión querida,
Y es flamígera espada á quien olvida
De la fe y las virtudes, la coraza.

Es la vuelta á la Patria en que nacimos,
Si tuvimos el mundo por destierro,
Es destierro del mundo en que vivimos
Si la vida pasamos en el yerro,
Y es, en fin, cual pensamos y sentimos
Nuestra resurrección ó nuestro entierro.

EL GENIO

Cual águila real que alzando el vuelo
Del sol, á las regiones se encamina
Desdeñando habitar en la ruina
Dónde oculto á la luz vive el mochuelo,

Así el genio elevándose del suelo,
Despreciando la estúpida rutina
Nuevas cosas descubre y examina
Que al vulgo oculta, de miopía el velo.

El genio en las batallas cambia al mundo,
En la industria y el arte lo transforma,
Lo adivina en la ciencia y lo descubre.
Convierte en productivo lo infecundo.
De un lienzo un mundo con su lápiz forma
Y vuelve saludable lo insalubre.

EL POETA

De la humana codicia hastiado un día
Dios, le abandona el terrenal tesoro.
Cogió el marino el mar, el rico el oro,
El labrador, los campos de valía.

El artista la industria y fué á porfía,
Tan injusto el partir y sin decoro
Que un haz de abrojos y un laúd sonoro
Al llegar el poeta, sólo había.

Y á Dios le dice en su dolor profundo:
Vengo de lejos, do admirando lelo
Tus cielos yo tardé y esos despojos
Ve que, por burla, me abandona el mundo.
Cárgalos, dijo Dios, me queda el cielo
Do trocaré en delicias tus abrojos.

EL SABIO MODERNO.

Al salir de la Iglesia esta mañana
Me encontré un caballero muy ladino
Que se precia de sabio en ciencia humana,
Y al verme con mi libro, en el camino,
Me preguntó si acaso era de misa;
Al decirle que sí, casi mohino;

Mas fingiendo sardónica sonrisa
¡Cómo, me dijo, usted, seor licenciado,
Hecho viejo monjil, se fanatiza!

Un hombre como usted tan ilustrado!
¡Vaya! no puedo creerlo, usted me engaña
Y lo hace por bromearme, se ha chanceado;

Mas si es cierto, renuncie á tal patraña
Que no le hace á usted honor. Que á la frailuna
Siga el pueblo soez, no es cosa extraña,

Y aun, á decir verdad, es oportuna,
Pues le sirve de freno y lo suaviza
Y nos libra, tal vez, de una comuna

Que pudiera dejarnos sin camisa;
Pero á un hombre del siglo de la ciencia
Bastante su razón le garantiza

Que obrará con cordura y con prudencia.
—Cansado yo, de tanto magisterio,
Le interrumpí su sabia incontinencia.

Me confunde, le dije, el mal criterio
De un sabio como usted.—Me causa pena,
Y no creo, francamente, que hable en serio,

Pues aprueba lo mismo que condena
 Con sus mismas palabras y sus obras.
 Dice usted que á ese pueblo lo refrena
 Esa fe: que contiene las maniobras
 Que pudiera inventar para tenernos
 Constantemente llenos de zozobras.

Esto es: confiesa usted que los infiernos
 A que llaman patraña y fanatismo,
 Ustedes los filósofos modernos,

Les vienen cual de molde á su egoísmo,
 Y que tal necedad, muy descansado
 Deja al Gobierno obrar con..... patriotismo.

En sustancia: que el orden cacareado,
 Seguridad y paz al fin nos viene
 De aque-se fanatismo malhadado.

Y por fin, señor mío, que el error tiene
 Más fuerza, más cordura, más conciencia
 Que esa hinchada razón que se entretiene

En charlar á los tontos de su ciencia.

¿Cabe, pues, en razón bien ilustrada
 Que una mentira soez, una demencia

Pueda más, que la ciencia decantada?
 Fué en la iglesia, además, del matrimonio
 De usted, la ceremonia celebrada;

O esto fué de su creencia un testimonio,
 Y entonces sobra aquello de frailuna,
 O sacrilega farsa del demonio

Y burla criminal sin gracia alguna,
 Y cualquier consecuencia que usted elija

O le niega á su ciencia la fortuna
 O echá una bribonada en su balija.

A LA VIRGEN MARIA

Una mujer en el Edén, la gracia
 Perdió por su fatal desobediencia
 Envolviendo en su falta y su desgracia
 A toda su futura descendencia.
 Sembró con ella el germen del pecado
 En su ser natural y tal herencia
 Hizo al género humano desgraciado.
 El fruto fué la muerte dolorosa:
 En la mujer, el parto fatigado,

Y en todos, una vida congojosa.
 El hombre pervertido, hizo su esclava
 A su bella mitad, en vez de esposa;

A gusto de su antojo la formaba,
 Y más envilecida era en el mundo
 Mientras más ese mundo se ilustraba.

En ese abatimiento tan profundo,
 Vivía sin esperanza ni consuelo
 Y era triste su llanto é infecundo;

Mas Dios compadecido de su duelo
 Al ver á la mujer de tal manera,
 Decretó, para ahogar tal desconsuelo,

Que otra mujer la redentora fuera. [®]
 Y nació esa mujer, hermosa y pura,
 De culpa original no fué heredera.

Su vida fué el martirio y la dulzura,
 Madre de un Dios, jamás manchó su vida
 Ni con la sombra de una mancha impura.
 Pobre y humilde y cándida y sufrida

De su hogar, fué el trabajo voluntario
Constante ocupación no interrumpida.

 Víctima eterna del dolor nefario
A su hijo fué siguiendo en su tormento
Hasta verlo morir en el Calvario.

 Ya consumado el sacrificio cruento
Esa mártir mujer, cual madre tierna,
Siguió dando á sus hijos el sustento
 Espiritual, de la verdad eterna,
Hasta triunfar de la infernal serpiente
Y elevarse á la gloria sempiterna.

 Cantad ¡oh bello sexo! alzad ferviente
Con santa gratitud vuestros loores
Y con santo entusiasmo y reverente.

 A esa santa mujer llevadle flores,
Pues os libró de esclavitud impía
Con sus santas virtudes y dolores.

 Llenaos de santo orgullo, pues María,
Aunque sea, del Empero, gran Señora,
Fué mujer de terrena dinastía.

 De la tierra, cual vos, habitadora,
Y, bien que dulce, sucumbió á la muerte,
Aunque fué de otra muerte vencedora.

 ¡Oh bello sexo! procurad la suerte
Seguir, de esa mujer en lo posible
A fin de que su amparo nos liberte
De una vida de mal y un fin terrible.

JESUCRISTO

Al cumplirse los tiempos que el Eterno
En sus santos consejos decretara,
Para librar al mundo del infierno,

 Mandó á su Hijo á la Tierra que bajara,
A revestirse del linaje humano
Y en el vientre de virgen encarnara
Para morir, lavando al hombre insano
Con su sangre preciosa é inocente
Y afiliarlo en el rango de cristiano.

 Bajó pues, presuroso y obediente
Sencillo, sin ostento, sin ruido.

Nació en triste pesebre pobremente,
Por reyes y pastores bendecido
De una santa mujer, virgen y hermosa,
Creció bello y de aspecto distinguido

 Fué su vida modesta y laboriosa,
Y á los treinta años, su misión divina
Comenzó con su vida dolorosa.

 Su teatro fué la extensa Palestina,
Sus discípulos, pobres pesadores,
Y una santa locura su doctrina.

 Esto es: dejar el mundo y sus honores,
Perdón al enemigo, amor, pobreza,
Y todo aquello en fin, que los doctores
Y aquel mundo carnal, en su torpeza
Consideraba absurdo, inconcebible,
Contrario al buen sentir y una vileza.

Para un hombre común era imposible
Hacer entrar al mundo en tal sendero;
Pero era un Hombre-Dios y fué posible.

Sus milagros, su ejemplo tan severo,
Su palabra tan dulce como grave,
El amor á los hombres verdadero.

Su voz sonora y varonil y suave,
Su figura simpática y el modo
Sencillo y apacible con que sabe

Dar atractivo é interés á todo,
Y en fin, su sangre y sacrificio mismo;

Tales fueron los medios de acomodo
Para triunfar del torpe paganismo
Y dejar en la tierra por modelo

La iglesia, manantial del cristianismo.
Cuanto bueno moral hay en el suelo
Es vislumbre de ese hombre, es su reflejo

Aunque el mundo lo ofusque con el velo
De sus pasiones y su mal consejo.

¿Veis el protestantismo? pues si tiene
Algo bueno, no es más que su bosquejo
Empañado por sombra que le viene

De un orgullo infernal y antojos viles.
Veis el korán del turco? pues contiene,

De máximas cristianas, textos miles,
Por fanatismo y sensualismo ahogados
Y por bárbaras prácticas gentiles.

La misma sociedad de los, llamados
Filósofos del siglo diez y nueve
Que se jactan de sabios é ilustrados.

Con gran alarde, sin razón, se atreve
A atribuirse la gloria, que tan sólo
Al cristianismo santo se le debe.

Las mil virtudes que de polo á polo

Suavizan las costumbres, registradas
Sólo están en su bello protocolo.

Ved, si nó, las naciones aun no entradas
En el recto carril de los cristianos
Cuán torpe es su moral, cuán atrasadas

En las ciencias sociales, cuán villanos
Con la mujer los pueblos aun infieles:
No hay más allí, que esclavos y tiranos.

Por el contrario, en las naciones fieles
Donde ha imperado Cristo, ó donde impera,
Aunque hay reyes, no hay déspotas crueles.

El pobre y rico ó se ama ó se tolera,
Hay leyes justas y costumbres suaves,
La mujer no es esclava, es compañera.

Prácticas santas, reverentes, graves
Dan á Dios el debido acatamiento,
El sacrificio no es de bueyes ni aves

Ni de seres humanos sangriento,
Es el del mismo Cristo: es el remate
De su santa obra; el sacrificio incruento

Diario recuerdo de que fué el rescate,
Por su amor á nosotros infinito
Sólo remedio á nuestro gran dislate.

Ya no habrá en adelante más precito
Que el que lo quiera ser. La eterna gloria
Dejó abierta al entrar. Quedó expedito

El camino y borrada en la memoria
La palabra fatal: "es imposible"
Que el hombre mismo rubricó en su historia.

Gloria eterna y feliz: infierno horrible,
Son los dos polos en que gira el mundo
De las almas. El sabio, el infalible,

En su eterna justicia y fin profundo,
Fundó este mundo sobre tal dilema.
Sacrificio de amor: placer inmundo
Son para el hombre, pues, el gran problema,
Que debe resolver con juicio sabio
Si no quiere incurrir en su anatema.

—“Dios es bueno, objetáis, y es un agravio
Creer que ahoga el albedrío en su criatura.”

—Muy soñata y mañoso es vuestro labio;
Con perversa intención: mas sin ventura
Confesáis su bondad; mas su justicia
Calláis, á fe, porque os parece dura.

Gozáis del albedrío con gran delicia,
Obráis á vuestro antojo hasta aplastando
Al gusano interior con la injusticia:

Siempre viles negocios explotando,
Os burláis de la virgen inocente,
Pagáis por lujo ó la dejáis llorando
Como á vil paria que el honor no siente.

Seducís con vuestro oro á la casada;
Por destinos compráis al indigente,
Vil padre ó vil marido y aun por nada,
Tal vez, á indigna madre que en espera
Queda, de la bonanza codiciada.

Con bailes y banquetes, ratonera
Ponéis á los negocios y mujeres;
Vil prensa, asesinato, usura artera:
Traición, crápula, olvido en los deberes;
Corrupción en la escuela á la conciencia
Con doctrinas impías, de imberbes seres:

Prostitución y... juego y... ¡pestilencia!!!...
Y queréis que el Dios santo y justiciero
Ejerza con vosotros la clemencia?

O es error de enseñanza muy grosero

O mentís al decirlo. El albedrío
Es, tal vez, de sus dones el primero
Puesto que nos confiere el señorío
Que nos distingue de los seres brutos,
Y es torpe y es ingrato y es impío

Creer que lo da sin imponer tributos
O reglas y negarle, con ofensa
De su eterno saber, los atributos.

Así, pues, si es verdad que nos dispensa
El dón de libertad, con amplia mano,
Nos marca dos caminos: recompensa

Para el que sigue el suyo que no es llano
Y castigo al que hollando su precepto
Se abandona sin freno en el profano.

Estas son las doctrinas y el concepto,
Que al subir á los cielos nos dejara
El maestro sin tacha y sin defecto.

Un místico árbol antes que se alzara,
Sembró aquí: fué su sangre y sus dolores,
El germen. Las doctrinas que enseñara

Fueron las hojas y las bellas flores,
Las penas, los martirios, los tormentos
Y los frutos, los santos triunfadores

Que lucharon valientes y contentos,
Y están con El gozando de su gloria.

¡Qué plan, qué majestad, qué pensamientos,
¡Qué recuerdo tan grato á la memoria!

¡Qué bondad, cuánto amor, cuánta grandeza!
Que hace ver este mundo como escoria.

Si esto hiciste, Señor, con tal largueza
En esta tierra, imperceptible grano
De arena, que se pierde cual pavesa

Entre mil mundos, miserable enano,

¿Qué harías y haces en mundos de gran talla
 Que crió sin cuento tu potente mano
 En ese espacio que no tiene valla?
 ¿Qué seres hay en ellos, qué naciones?
 ¿Luchan como nosotros su batalla?
 ¿Son víctimas también de sus pasiones?
 ¿Es su alma diferente, tienen forma,
 Han sido necesarias redenciones?
 ¿Y es tu misión eterna la reforma
 De esos mundos, si tuercen con su abuso
 La regla que les diste como norma?
 ¿Quién sabe? ¿cuánto bueno y cuán profuso
 No cabe en tu fecunda Omnipotencia!
 Criar siempre nuevos seres es su uso,
 Reformar lo que altera la demencia
 De la criatura y conservar, el sino
 Constante, de tu sabia Providencia.
 Gracias, Dios mío, mil gracias, Uno y Trino,
 Te doy por lo que has hecho en mi planeta;
 No nos dejes correr por mal camino
 Y quedará tu protección completa.

1889.

EN MI CUMPLEAÑOS

Setenta años, Señor, hoy he cumplido
 Por tus santas bondades, setenta años
 Hace ya que he venido
 A este mundo de lágrimas y engaños,
 ¡Ay cuánto tiempo llevo de subida
 Por la áspera montaña de la vida!
 Mas si antes fatigado
 Cuando era menos viejo, la subía,
 Hoy que ya más cargado
 De diciembres y penas debería
 Llegar hasta esta altura más cansado,
 Por tu santo favor llevo aliviado.
 Hoy desde este encumbrado observatorio
 De la filosofía, mi ávida vista
 Va pasando revista
 Por el vasto y breñoso territorio
 Que forma, de mi vida el panorama
 Y el largo catalejo
 De la memoria que acompaña á un viejo
 Mil y mil cosas á mi vista llama.
 Lejos miro, con pena y con cariño,
 Un punto imperceptible entre celajes
 De la aurora fulgente de mi vida:
 Es una cuna donde llora un niño. ®
 ¡Ay! de entonces acá, cuánta mentida
 Ilusión, cuánta fe desvanecida,
 Cuánta vicisitud inesperada,
 Cuántas faltas y errores,

¿Qué harías y haces en mundos de gran talla
 Que crió sin cuento tu potente mano
 En ese espacio que no tiene valla?
 ¿Qué seres hay en ellos, qué naciones?
 ¿Luchan como nosotros su batalla?
 ¿Son víctimas también de sus pasiones?
 ¿Es su alma diferente, tienen forma,
 Han sido necesarias redenciones?
 ¿Y es tu misión eterna la reforma
 De esos mundos, si tuercen con su abuso
 La regla que les diste como norma?
 ¿Quién sabe? ¿cuánto bueno y cuán profuso
 No cabe en tu fecunda Omnipotencia!
 Criar siempre nuevos seres es su uso,
 Reformar lo que altera la demencia
 De la criatura y conservar, el sino
 Constante, de tu sabia Providencia.
 Gracias, Dios mío, mil gracias, Uno y Trino,
 Te doy por lo que has hecho en mi planeta;
 No nos dejes correr por mal camino
 Y quedará tu protección completa.

1889.

EN MI CUMPLEAÑOS

Setenta años, Señor, hoy he cumplido
 Por tus santas bondades, setenta años
 Hace ya que he venido
 A este mundo de lágrimas y engaños,
 ¡Ay cuánto tiempo llevo de subida
 Por la áspera montaña de la vida!
 Mas si antes fatigado
 Cuando era menos viejo, la subía,
 Hoy que ya más cargado
 De diciembres y penas debería
 Llegar hasta esta altura más cansado,
 Por tu santo favor llevo aliviado.
 Hoy desde este encumbrado observatorio
 De la filosofía, mi ávida vista
 Va pasando revista
 Por el vasto y breñoso territorio
 Que forma, de mi vida el panorama
 Y el largo catalejo
 De la memoria que acompaña á un viejo
 Mil y mil cosas á mi vista llama.
 Lejos miro, con pena y con cariño,
 Un punto imperceptible entre celajes
 De la aurora fulgente de mi vida:
 Es una cuna donde llora un niño. ®
 ¡Ay! de entonces acá, cuánta mentida
 Ilusión, cuánta fe desvanecida,
 Cuánta vicisitud inesperada,
 Cuántas faltas y errores,

Cuántos, de vanidad, falsos honores,
Cuánta grata memoria ya olvidada,
Cuántos amores y amistad mentidos,
Cuántos bellos países recorridos.

¿Y todo para qué? para ir buscando
Una felicidad que no es posible.
¿Y todo para qué? para ir llegando
A esta cumbre terrible
A todo alivio humano inaccesible.

Allá en la primavera de mi vida
En medio á los escombros que dejara
Cataclismo de guerra fratricida,
Miro apenas, confusa ruina cara
De aquel palacio y su jardín hermoso
Que en horas más serenas
En mi entusiasmo juvenil alzara.
Sólo faltaban cúpula y almenas,
Y al jardín disfrutarlo con reposo:
Era el palacio mi feliz carrera
De empleos y mi hogar el jardín era.

Desmoronóse todo en una hora;
Mas ya comprendo ahora
¡Oh Dios mío! tus designios previsoros;
Del mundo, en las alturas yo subido
Tal vez en el orgullo sumergido,
Como tantos que veo, brillantes necios
Más dignos que de honores, de desprecios,
No obtendría, como obtengo, tus favores,
Y perdido el honor, la fe perdida,
Habría perdido tu amistad querida.

Hasta el, que tú me diste, humilde numen
Para encantar mi vida, bando impío
Y la falta de apoyo y el hastío

Y la pena, apagaron mi cacumen,
Y hoy lo miro extinguido
Ahogado en desencanto y en descuido.
Solo llego, Señor, solo..... muy solo,
Mi hogar está desierto y triste y frío;
Mas tú sabes, Dios mío,
Que mi culpa no fué, que infame dolo
Se deslizó sutil. Viles ladrones
Saquearon ese hogar; mas también sabes
Que tu amparo, mis penas hizo suaves
Y que quedaron limpios mis blasones.

Y para colmo de dolor volviendo
Mi catalejo hacia mi patria amada
Sólo miro esa patria mutilada
Y que otros miembros más, irá perdiendo,
Y miro en lo que queda, al extranjero
Como en triunfo sus tiendas, ir plantando
Y trocarse el paisano en jornalero.
Que el indiferentismo cual serpiente
Infiltra su veneno pestilente.

Miro tu religión mal comprendida,
Y además, perseguida y despreciada,
Y veo la vanidad muy extendida
Hasta en la gente buena y más preciada.
Miro que el hombre honrado
Es hasta escarnecido y despreciado,
Y veo, en fin, que sentada en rica mina
¡Ay! mi patria no es más que una ruína.

Y entre tal malestar y desentono,
¿Cómo puede, Señor, hallar la maña
De subir por esta áspera montaña,
Tranquilo, sin cansancio y sin encono?

¿Cómo es que con salud y fuerza y vida,
 Paz y espíritu entero,
 Sentidos y entereza no fallida
 He podido pasar tan cruel sendero?
 Cuando veo tras de mí, seguir mis huellas,
 Ya cansados, sin fe, casi sin tino,
 Por más bello quizá y ancho camino
 A otros que al mundo me siguieron tarde,
 Ayer aun, llenos de esperanzas bellas
 Que de su bienestar hacían alarde:
 Cuando miro á mis plantas,
 Tantas personas y eminencias tantas
 Que están ya descansando en la posada,
 Cuando yo aun no he rendido la jornada:
 Cuando miro mis males tan temidos
 En bienes convertidos
 Tal vez porque del mundo desatado
 Sólo á tu santo amor viva apegado;
 Cómo, Dios mío, no darte con cariño
 Gracias mil con respeto y confianza,
 Lleno de fe, de amor y de esperanza
 A tus plantas, de hinojos, como un niño.
 Sígueme, pues, llevando de la mano
 Como tan bueno y excelente padre,
 Y con María, tu veneranda madre,
 Ayúdame á salir del mundo insano
 Cuando á tu santa voluntad le cuadre.

RECUERDOS DE NAPOLES

Nápoles, bella Nápoles, ¡oh! cuántos
 Recuerdos gratos tu memoria evoca;
 Mucho tiempo hace ya que tus encantos
 Disfruté en tu mansión con ansia loca.
 Allí yo de tus gracias encantado
 Y ávido de gozar, á la ventura
 Vagaba por tus calles ó avenidas
 De espléndido comercio guarnecidas
 O en tus templos innúmeros entraba
 Y en tus ricos museos
 O ya me paseaba
 Por tus bellos jardines y paseos.
 A veces receloso
 Trepaba tus tortuosos callejones
 De calles un sofisma
 Tropezando en sus broncos escalones
 Siempre dispuestos á romper la crisma.
 Otras sobre la poética montaña,
 De Pozzuoli, subido hasta la altura
 Me extasiaba en el bello panorama
 De sin par galanura
 De proverbial y reputada fama.
 ¡Y el Vesubio!..... allí está. Su altiva frente
 Levanta al cielo desafiando rayos,
 Ornada eternamente
 Por aureola de luz resplandeciente.
 Circúndanlo en cortejo cual vasallos,
 El mar y las ciudades y los montes,

Selvas, viñas y flores que sumisas
Le mandan sus perfumes con las brisas
Que vienen de lejanos horizontes.

Allí está ese titán: como un monarca,
Criado por Dios, tal vez, al par del mundo,
Eterno, inmóvil, con desdén profundo
Como faro infernal, de tiempo en tiempo
Alumbra con sus fuegos la comarca
Y quema y pulveriza cuanto abarca.
Con su turbante fúnebre, ondulado,
Ahí está ese granítico Vesubio.
De los siglos, el golpe poderoso
No ha podido mellar ese coloso
Ni apagarlo las aguas del diluvio.
A la falda del monstruo, por sarcasmo,
Ve el viajero con pasmo
Que la infecunda y árida ceniza
La tierra en que se posa fecundiza.
Esparcidos preciosos pueblecillos
Parecen recostados
Cual manadas de humildes corderillos
Entre frescos jardines y sembrados,
Viendo con miedo humear eternamente
El negro vaho de su boca ardiente
Que en columna gentil al cielo sube
A formar con las nubes otra nube.
Hace ya dos mil años que ese monstruo
Arrojó las entrañas por la boca
Y ese vómito horrible y espantoso
Fué, tal vez, parto de la rabia loca,
Impulso, acaso, del veneno eterno
Que de su fuego desahogó al infierno.
Mas ¡ay! que su satánica venganza
Al escupir sus vómitos al cielo

No pudiendo alcanzarlo en su pujanza
Los arrojó en el suelo,
Y la asquerosa haba
En forma de guijarros y de lava
Cinco ciudades sepultó en su escoria
No dejando ni restos ni memoria.

Ahora sólo se mira el esqueleto
De ciudad pompeyana portentosa
Arrancada á la tierra codiciosa
Que veinte siglos ocultó en secreto.
Y todavía quién sabe?
Cuantos vómitos más, de eruto inmundo,
Mientras exista el mundo
En su vientre prepara hasta que acabe
Con ciudades y pueblos y comarca
Y cuanto el monstruo con la vista abarca.

¿Cómo vives ¡oh Nápoles! tranquila?
Cómo duermen ¡oh Portici y Resina!
Alegres y contentos
Sabiendo que debajo está Herculano,
Víctima del tirano.

Sirviendo de cimiento á tus cimientos?
Tus erupciones, desde que hay memoria
Casi cincuenta cuéntanse en tu historia.

¿Por qué con tal furor así te ensañas
En darle á tantos pueblos el tormento
De estar siempre pendientes de tu aliento?

¿Qué horno infernal fermenta en tus entrañas?
¿Está el núcleo en el centro de la tierra?

El infierno cristiano allí se encierra
Y tu boca es la boca de ese infierno
Donde á Satán y su legión impía

¿En su santa ira relegó el Eterno?
¿Eres tal vez, eterna chimenea

De la fragua ciclópea de Vulcano
 De fábrica espantosa, que se emplea,
 Con designio inhumano,
 En fabricar los males
 Que vienen á afligir á los mortales?
 Al borde de tu cráter, con orgullo
 Hollé, parado en calcinada roca,
 Los gruesos labios de tu inmensa boca;
 De tu aliento escuché vago murmullo
 Y entré en tus fauces con audacia loca.
 Mas al réprobo Gautry, recordando
 Sentíme presa, de fatal válido,
 Perdida la moral y trastornado
 Salí precipitado
 Pues me sentía atraído
 Por luces infernales, fascinado,
 Al fondo de aquel cráter maldecido.
 Fuera ya, y espoleado por el miedo
 Por el plano inclinado
 Que forman las cenizas, con denuedo
 Dejéme deslizar hasta un cercado
 Que formaba los lindes de un viñedo.
 Allí jadeante y magullado y roto
 El miedo hizo que alzara
 La vista, encomendándome devoto,
 Pues temí que la lava me alcanzara.
 Respiré, no fué nada. El pobre guía
 Que de lejos, saltando me seguía
 Llegó por fin y me tendió la mano
 Y del lágrima-cristi que tenía
 Tomé un trago, me aleé y estaba sano.
 Y otra vez y otras ciento si pudiera
 Subiría con placer hasta tu cumbre
 Para ver desde allí, la muchedumbre

De bellezas que ostentas: tu ribera,
 Tu golfo, tus ciudades, tu pradera,
 Tus jardines, palacios y bajeles
 Anclados en el puerto, tu bahía
 Y mil vistas que aun niño yo veía
 Dibujadas por hábiles pinceles.
 Allí está Caprí, sobre el mar sentada,
 Isla pigmea, frondosa y renombrada
 En el mito y la historia
 Que tuvo vanagloria
 En servir de mansión al grande imperio
 Del infame y espléndido Tiberio.
 Por uno de sus flancos, una ruta
 Desciende tortuosa hasta su falda,
 De allí el vapor conduce hasta la gruta
 Esmaltada de brillos de zafiro
 Y luces de esmeralda
 Que el sol le presta en su variado giro.
 Más allá está Sorrento, ciudad bella,
 Que bajo higueras, flores y viñedo
 En caprichoso enredo
 Que impiden asentar la torpe huella,
 Guarda orgullosa el mausoleo del Tasso,
 Gloria de Italia y honra del Parnaso.
 Aun parece que estoy en la Chiaia
 Larga avenida en frente de la playa
 Por hermosos palacios guarnecida
 Y por la Villa-Real pasco galano
 A la playa del mar también cercano.
 Adornan el pasco de esa avenida
 Kioskos, prados, jardines, bellas fuentes
 Y estatuas mil de que olvidé el guarismo
 Que nos ponen presentes
 Los dioses del antiguo paganismo.

Todo esto embellecido y animado
 Por concurrencia espléndida de gentes,
 Gran música y magnífico alumbrado
 De noche, y en la tarde por brillantes
 Carruajes mil, de damas elegantes.

Al fin de esa avenida está una gruta
 O túnel que taladra el ancho monte,
 Y es una larga y tenebrosa ruta
 Por carruajes y gente transitada
 Que descubre al salir otro horizonte;
 Parece de murciélagos un nido
 Y se mira alumbrada
 Por cien picos de gas perpetuamente,
 Pues que le está prohibido
 Entrar en ella al sol resplandeciente.

Sobre la entrada de esa catacumba
 Está, del gran Virgilio,
 El poeta de las églogas é idilio,
 La ya ruinosa y descuidada tumba.

Por hermoso sendero
 Se va al sitio real Capodimonte
 Querido de aquel rey Carlos tercero
 Se levanta en la cúspide del monte
 Granítico palacio torreado
 Sobre grandes cavernas fabricado.
 Biblioteca, museo, jardines, fieras,
 Hermosas pajareras,
 Y qué sé yo; pero lo más notable
 Para mí, fué un precioso gabinete
 De rica y esmaltada porcelana
 De artísticos relieves: admirable
 Y encantador retrete
 De una dama gentil, napolitana,

Tan bella como amable,
 Que al saber que era México mi cuna,
 De asombro con sus puntas
 Salió á verme abrumándome á preguntas
 Cual si hubiera bajado de la luna.

Como era natural, por cortesía,
 Le dije en mal francés: Señora mía,
 No he visto gabinete más gracioso,
 Más raro y más precioso,
 Ni en Londres, ni en París, Suisa y España,
 Como este que se oculta en la montaña
 Digno estuche, en verdad, bello alhajero
 Del dije, que lo ocupa, verdadero.

—“Dejando el dije, contestó ligera,
 Y su galante adulación, pues noto
 Que en México hay también gente embustera,
 Le diré que su voto
 No es aislado, pues varios me lo han dicho,
 Y aunque cuesta muy caro ese capricho
 Tiene la gran ventaja
 Que con agua y esponja solamente
 Su hermosura conserva reluciente
 Y así nunca su mérito rebaja.....”

Una noche volvíamos de Sorrento
 En alegre mas digno aturdimiento
 Yo y algunos señores
 Acompañados de señoras bellas,
 De gozo y juventud, radiantes ellas;
 Cargadas de buqués de lindas flores,
 Y nosotros de frutos los mejores,
 Pues veníamos de hacer un día de campo.
 ¡Oh qué noche! La luna como un ampo
 De nieve, derramaba sobre aquellos

Cuadros mil con sus pálidos destellos
 Tal tinte, tal encanto, tal poesía,
 Que dejando aquel grupo en que venía,
 Fingí cualquier negocio que no tuve;
 En frente de Pompeya me detuve
 Y el tren siguió dejándome en la vía.
 Allí sentado sobre un poste y solo,
 En medio de aquel mundo de belleza,
 Invocabá en mi ayuda al grande Apolo,
 Y sentía evaporarse mi cabeza.
 A mi izquierda las olas se estrellaban
 Con ruido acompasado é impaciente,
 Mil lunas en sus rieles esparcían
 Y á su impulso y al soplo del ambiente
 En el puerto los barcos se mecían.
 Al frente erguida la ciudad famosa
 Cual gran decoración de inmenso teatro
 De la montaña extensa y sinuosa
 A la falda tendida en anfiteatro.
 Ventanas y balcones alumbrados
 Dejaba, y con las luces de sus calles
 En toda la ciudad escalonados
 Su conjunto admirar y sus detalles.
 Y esa reina del mar siempre brillante
 Estaba interesante
 Y simpática y bella cual ninguna
 Con los poéticos tintes de la luna.
 A derecha el Vesubio dibujando
 En el fondo del cielo su silueta
 A la de otros montículos juntando,
 Y aquí y allá, en el plano, la coqueta
 Concurrencia de bellas y señores
 De las casas de campo, en bosquecillos
 Alumbrados por luces de colores,

Bailes, músicas, cantos
 Y algarabía de niñas y chiquillos
 Agregando á las fiestas sus encantos.
 Y luego los fantasmas blanquecinos
 De pueblos y palacios y ciudades,
 El constante trajín de sus vecinos
 En carruajes, en burros, á caballo
 Retirándose ya á sus vecindades,
 Y allí cerca el cadáver de Pompeya,
 Del cielo, condenado, por el fallo,
 Castigo á su impiedad y sus maldades,
 Y cuyo fin y nombre llena el mundo;
 Todo esto en goce y estupor profundo
 Me tenía sumergido
 Creyendo ser un sueño sostenido.....
 Basta ya, pues, jamás acabaría
 De cantar los placeres que me diste.
 ¡Oh Nápoles! adiós: la suerte mía
 Tal vez ya nunca jay triste!
 Volver á verte me permita un día.

A DIOS

HIMNO DE GRATITUD.

Hagamos al hombre
á imagen y semejanza nuestra.
(GÉNESIS).

Señor: cuando á mis solas reflexiono
En los bienes sin tasa que me has hecho
Y el muy poco ó, tal vez, ningún provecho
Que he sacado, y el pérfido abandono
Con que te ha visto mi inconstante pecho;
Siento tal desconsuelo, tanta pena,
Que quisiera volver al primer día
En que tu gracia compasiva y pía
Me indultó del delito y la condena
Que por mi origen merecido había
Para emprender de nuevo mi camino
En el carril de tus preceptos santos,
Ajustar á tus huellas mi destino
Y un tanto compensar, ya con más tino
Tu grande amor y beneficios tantos.
En efecto, ¿qué cosa es el vislumbre
O tenue resplandor que en mi alma brilla
Y resalta en idea de altivo encumbre,
O en dulce y bella y poética y sencilla;
Sino un débil reflejo de tu lumbre?
¿Qué puede ser el sentimiento hermoso
De amor y de respeto y de ternura
Que germina en mi pecho y que de gozo
Lo llena y lo consuela y le procura
El bienestar que tiene y el reposo

Sino una débil sombra, una partícula
De ese amor paternal con que me criaste
Y de humano linaje, en la matrícula,
Para amar y sentir me registraste
Y tu santa ternura en mí encarnaste,
Y ese fuego constante, ese deseo
En que, aun de niño, se ha abrasado mi alma:
Esa eterna tendencia á lo que creo
Que existe más allá de lo que veo
Y no me deja descansar en calma;
¿Qué puede ser, Señor, sino el anteojo
De inmensurable y poderoso alcance,
Chispa de la mirada de tu ojo
Que hace que al escabel mi vista avance
De tu alto trono, con amante arrojo?
¿Qué es este aliento que con fiel medida
Y rígido compás lleva el gobierno
De este reloj á que llamamos vida
Sino la cuerda, que tu mano cuida
De darle siempre con anhelo tierno?
Y esta memoria, del pasado, espejo
Que, cosas tan lejanas y sin cuenta,
Como si fuera un libro nos presenta:
Es una pincelada, es un bosquejo
De tu memoria, del olvido exenta.
¿Y el libre arbitrio! Cuando al hombre hiciste,
Para darle la prueba más flagrante
De tu amor, "no sea máquina" dijiste
Y de tu santa libertad le diste
Un razgo, que lo eleva cual gigante.
Y ese remordimiento que nos queda
Después de cometer una injusticia
Contra interno precepto, que nos veda
Dar gusto á nuestro instinto de malicia,

¿Qué es? sino es el punzón de tu justicia.
 Y ¿qué es el goce que nuestra alma siente
 Después de ejecutar acción loable,
 Como de proteger al miserable,
 Perdonar una injuria, ser clemente;
 Mas que algo de tu gozo inalterable.
 ¿Los sentidos! ¿qué són? copioso flujo
 De tu poder: espléndido prodigio
 De mecanismo y arte y un gran lujo
 De saber, de tu amor, por el prestigio
 Y de tu gran bondad claro vestigio.
 Y el pan y la salud y tantos bienes
 Que en tu inmenso almacén guardados tienes
 Hasta para los pájaros del cielo,
 De dónde nos vendrían, sin ese anhelo
 Paternal con que á todos nos mantienes.
 ¿Por qué, pues, ¡oh Señor! con lengua impía
 Hay necios y malvados que te niegan?
 O si creen que tú existes, te relegan
 Lejos, cual ser, tal vez, de gran valía;
 Mas que aquí sus miradas nunca llegan.

Además: si, del mundo los placeres,
 Mi espíritu jamás han satisfecho,
 Ni honores, ni dinero, ni esos seres
 Hermosos que llamamos las mujeres,
 Que es lo más bello que en la tierra has hecho.
 Y siempre detrás de ellos, el hastío;
 Si no es que aterrador remordimiento,
 Ha venido á roer el pecho mío
 Dejando el desconsuelo y el vacío
 Y decepción cruel y abatimiento;
 En cambio, cuántos goces no me ha dado
 Ese mundo encantado, que en mi mente,

Con tu lindo pincel has dibujado,
 Esboso bello del que, eternamente
 Para el bueno tú tienes preparado.

Qué son, sino paisajes de ese mundo
 Los bellos sueños, que despiertos vemos
 Los que, por tu bondad, aun no tenemos
 El espíritu ahogado en el profundo,
 Del sensualismo, lodazal inmundo.

Del cuadro más común, de la natura
 Y aun del más bello, la vulgar chaveta
 El brillo, nunca ve, con que el poeta
 Los embellece, uniendo á su hermosura
 Los esmaltes de luz de su paleta.

Oaxaca, Veracruz, Nápoles, Roma,
 Venecia, Londres, Nueva-York, Jalapa,
 Suiza, París y..... mil ¡hermoso mapa
 De mis recuerdos que á la mente asoma
 Y proporciones gigantescas toma!

Cuántas, Señor, de gozo, hermosas horas
 En un mundo tan vario no he pasado
 Ya ante bellos paisajes que coloras
 Con el suave matiz de las auroras,
 Ya ante el cuadro sublime, anonadado.

Ora es, de hirviendo mar, la gran llanura,
 Cuyo linde en el cielo desaparece,
 Mi buque entre su oleaje con bravura
 Lucha, se hunde, se eleva, se estremece,
 Y llega al fin al puerto y se guarece.

Ora es una soberbia catarata
 Que me asombra y atrae con su ruido
 Y en su agreste grandeza confundido
 Mi espíritu en sus ondas se arrebató
 Y eleva el alma y de placer dilata.

Ora al margen del lago, en bosque umbrío

Frente á gigante secular ruína
De un castillo de antiguo señorío,
Fantasma que en la altura se ilumina
Por la luz de la luna, blanquecina.

Ora en grutas de hielo, ora en la cumbre
Alta y nevada de montaña alpina,
En el fondo profundo de una mina
O absorto bajo esférica techumbre
De cúpula que al cielo se avecina.

Ya en teatros, ya en palacios ó ateneos,
Ya en conciertos de música divina;
Ora en aristocráticos paseos
De damas de hermosura peregrina,
Ya en jardines de fieras y museos.

Y ese cielo: ese espléndido santuario
En que están cien mil lámparas pendientes
De noche y día sin cesar ardientes
Alumbrando el recóndito sagrario
Del gran Ser de los seres necesario.

Y esa aurora boreal y esas tan bellas
Crepusculares nubes rutilantes
Y ese iris y ese polvo de diamantes
Que visto con antejo son estrellas
De proporciones varias y gigantes:

Todo esto y tanto y tanto, que la pluma
Es impotente á enumerar siquiera
Ya en lo sublime que por grande abruma,
Ya en lo bello que encanta; es verdadera
Emanación de tu grandeza suma.

En todo, pues, Señor, he hallado goces
Sin contar los insanos y prohibidos
Que en tu santa justicia desconoces;
Por todo, pues, mi Dios, en altas voces
Gracias te doy con la alma y los sentidos.

ILUSIONES Y REALIDADES.

¿Qué son las ilusiones? la esperanza
De realizar aquello que la mente
Nos pinta como bueno y conveniente
Para hacernos felices, si se alcanza

En esta convicción imaginaria
Sin meditar, acaso, en los consejos
De la razón ni el juicio de los viejos
Nos lanzamos á empresa temeraria.

Para vencer obstáculos, creemos
Que nos vasta la fe con el denuedo
Y arrostramos por todo y nos metemos
En un, tal vez, inextricable enredo;

Mas si el triunfo logramos por la audacia
¿En dónde está el Edén que hallar soñamos?
Al fin de tanto afán ¿qué es lo que hallamos?
Muy poco, tal vez nada, ó la desgracia.

Y tras cruel decepción que nos lastima
Pero que no nos sirve de escarmiento,
Volvemos otra vez y otras, y ciento
Por varia senda á hundirnos en la sima

Del desengaño, hasta que el tiempo cano
Con su impotencia de luchar nos calma
Dando, no paz, sino quietud al alma
Cansada siempre de luchar en vano.

El prisma que nos presta la ignorancia
Al objeto deseado da colores,
Nos lo muestra muy bello y entre flores
Rodeado de esplendor y de fragancia;

Mas la vieja experiencia pronto viene
 Con su índice inflexible á señalarnos
 Las espinas punzantes que contiene,
 Y el prisma disfrazó para engañarnos.

Y bien, ¿ qué es la ilusión? engaño eterno:
 Si queremos gozar de sus halagos
 Conservemos en flor los sueños vagos,
 Pues sólo, dan sus frutos, un infierno.

Dos niños una vez se recreaban
 Jugando de jabón, con las burbujas;
 De su mágico tubo, los granujas
 Lindas bombillas al espacio enviaban.

Trasparentes, esféricas, aéreas,
 Los colores del iris reflejando,
 Las regiones del aire, al ir dejando
 Parecían dirigirse á las etéreas.

Uno de ellos muy cuerdo, se extasiaba
 Y una bomba tras otra despedía
 Que un rosario, en los aires parecía
 Y con verlas subir se contentaba.

Gozaba así mejor, pues su rosario
 A más de que, de ingenio daba prueba
 Con su vista galana y forma nueva,
 Hacía su goce más durable y vario.

El otro, más vivaz, menos juicioso
 También sus globos al espacio daba;
 Mas á cada burbuja, codicioso
 A cogerla, insensato se lanzaba;

Ni el rosario formaba, como el otro,
 Ni á la bomba subir le permitía,
 Y lloraba y pateaba como un potro
 Porque al irla á coger se deshacía.

El niño cuerdo la ilusión detiene
 Y la cruel realidad deja que tarde;
 El otro, haciendo de codicia alarde
 Dolor y engaño como fruto obtiene.

Pero bien, me diréis, si así es la vida
 ¿ Qué aliciente tenemos, qué consuelo
 Si á procurar, del bien, el dulce anhelo
 Ni la ilusión, ni realidad convida?

Si es como dices la ilusión engaño
 Y realidad, un áspid que nos muerde
 El juicio y la razón aquí se pierde
 Entre sila y caribdis por su daño.

¿ Qué hacer entonces? ¿ qué salida se halla
 Para poder marchar en la existencia,
 Si es nula la ignorancia y la experiencia
 Y de bronce, do quier, se alza una valla?

—Hay salida y muy fácil si tú quieres,
 Que aunque nunca perfecta bienandanza
 El bienestar y la quietud alcanza
 Y es: con gusto cumplir nuestros deberes.

—Si ellos nuestra ilusión no constituyen
 El gusto de ser cuerdos, nos suaviza
 La pena, que á los necios martiriza
 Y más agrandan cuanto más la huyen.

Ganaremos la paz de la conciencia
 Y el pan y la salud, con menos pena:
 Esperanza de vida más serena
 El fruto, en fin, mejor de la experiencia.

BRINDIS

No es, el solo placer de la comida
Ni el torpe paladar del ebrio inmundo
Lo que á estar aquí juntos nos convida;
Más noble es nuestro objeto, más profundo:
Es el placer de la amistad querida.

Es cierto que los goces de la mesa
El estómago tienen por objeto;
Mas, del cerdo imítara la torpeza
Quien no hallara, olvidando su nobleza,
En el cariño su placer completo.

Cariño sí: por más que mi estoicismo
Niegue en el mundo la amistad cumplida
Bien puedo asegurar que ahora mismo
La triste mezquindad del egoísmo
No viene á acibarar nuestra comida.

Que aunque del hombre los afectos puros
Son sólo cual relámpago brillante
Que, del pecho, en los bátratos oscuros
Por entre las rendijas de sus muros
Sin mancha sólo brillan un instante;

Ese bello relámpago nos deja
Una grata impresión que no se olvida
Cual primer beso de beldad querida
Que suspende un momento toda queja
Y suaviza las penas de la vida.

En buena compañía y en paz hermosa
Aquí no habemos tirios ni troyanos,

Lejos de la política enfadosa
Y lejos de etiqueta vanidosa
Gozamos de la fiesta como hermanos.

Brindo, pues, porque unión tan placentera
El año venidero se repita;
Desde ahora, pues, á todos se os invita
Haciéndose venir al que esté fuera
Y prohibiéndose á alguno que se muera.

RECADO

De nuestro amigo Martínez
Por un especial encargo
Incluyo á usted esos versos
De mi pobre numen parto.
Tómelos usted, Trinita,
Como un recuerdo que guardo
De mi viaje á la más bella
Ciudad de mi suelo patrio.
Mas aunque á usted van y es justo
En especial dedicados
También de sus bellas damas
Al mandarlos me he acordado
Que aunque con pena muy grande
No disfruté de su trato
Por haber tan poco tiempo
En esa ciudad estado;
Conservo la impresión viva
Que al verlas hube formado
De su elegancia y belleza,
De su sencillez y garbo
Y además las tapatías
Siempre ilusión me han formado.
Si todas no son tan bellas
Cual las ninfas del Parnaso
En cambio las considero
De espíritu levantado,
De muy nobles sentimientos
Y de trato culto y franco.

Nunca la mujer insulsa
O fatua me ha enamorado
Por más que su bella cara
Me brinde con sus halagos;
Así es que con alma y vida
Aunque fuera por un año
Quisiera de sus paisanas
Disfrutar el bello trato,
Pues las creo tan amables
Como el modelo á quien hablo.

Pregúnteles pues, Trinita,
Si no les causará enfado
El que vaya á visitarlas
Este pobre mexicano.

Mas no, Trini, no pregunte
¡Torpe de mí! me he olvidado
Que ese derecho lo tienen
Solamente los muchachos.

Absorto en dulces visiones
Este espíritu fantástico
Olvida ver en su frente
Amontonados los años
Y que las bellas no gustan
¡Ay! de los cabellos canos,
Pues aunque hay buenas alhajas
En estuches estropeados
Gustan más de alhajas falsas
Si en estuches van, dorados.

Adiós, pues, Guadalajara,
Ya no iré á tu suelo amado,
Ya vi tus calles, tus templos,
Tus hospicios y tus baños,
Tus jardines, tus paseos,
Tus portales y palacio,

Qué iría pues á hacer, pregunto,
 Otra vez un pobre diablo
 Si disfrutar no pudiera
 De sus damas el halago.
 ¡Bella mujer! tú eres sólo
 De la tierra el numen caro:
 Cuánto bueno haríais del hombre
 Si hacer de él supierais algo.
 Adiós, Trini: quise sólo
 Escribiros un recado
 Y esta loca fantasía
 Como muchacho malcriado
 Se ha ido, sin advertirlo
 Poco á poco extraviando.

HUMORADAS LITERARIAS

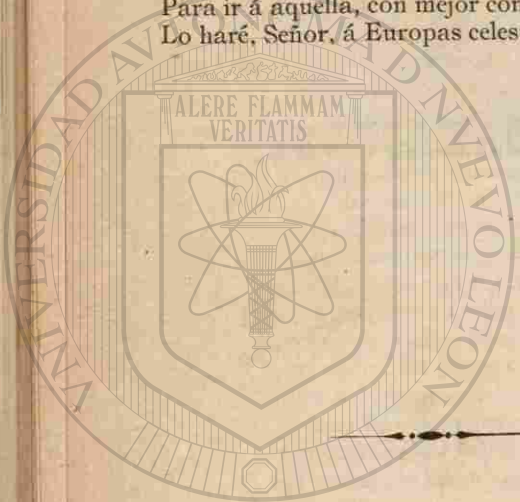
Sobrado de salud, tranquila el alma,
 De espíritu atrevido, ardiente, inquieto,
 Hastiado de la vida en que vegeto
 Eternamente en soñolienta calma,
 Pensando en emprender ameno viaje
 Que le diera expansión al alma mía,
 Sólo esperaba que llegara el día
 Mis cosas disponiendo y mi equipaje;
 Cuando Dios, ese ser de juicio sano
 Que ve muy claro en lontananza oscura,
 Ese viaje, tal vez una locura,
 Desbarató con providente mano.
 De un golpe, se sirvió, violento y rudo
 Que, torpe, me causara en mi impaciencia;
 ¡Ay! tal vez lo trocó su Providencia,
 Contra graves peligros, en escudo,
 Enfermedades, pérdidas, naufragios
 O una guerra, tal vez, en tierra ajena
 Trocar pudieran mi ilusión en pena
 Y los goces en fúnebres sufragios.
 En efecto, ¿qué importa que hasta el cielo
 Mi aun fresca fantasía levante el vuelo?
 ¿Qué importa que mi espíritu gigante
 El peligro no excuse ni le espante,
 Si encerrado, de lodo, en rudo estuche,
 Cual pobre caracol, al ir andando

Tiene que ir, ese estuche remolcando
 Y no puede volar por más que luce?
 Si es sonido mi espíritu, es, ya queja
 Que sale, de dolor, por las rendijas
 De una guitarra ya gastada y vieja
 Que escasa está de cuerdas y clavijas.
 De nieve amontonada, mi cabeza
 Hacen blanquear setenta y dos inviernos
 Y á pesar de ese peso aun se endereza
 Para cantar mis sentimientos tiernos.
 Bendito seas, Señor, que hasta esta altura
 Me has dejado llegar y ante la gente
 Sin ignominia levantar la frente
 Aunque escasa de aureolas de locura.
 Tú me has dado constancia y, de justicia
 Tus sagrados principios respetando,
 No he querido ayudar al triste bando
 Que tu orden santo con su error desquicia.
 Y si atento ante el pobre zapatero
 Que gana su pasar con su trabajo,
 No he podido arrastrarme humilde y bajo
 Ante el magnate hurraño y altanero.
 Privado, pues, del bienestar mundano,
 De bailes, de banquetes y de orgías
 Buscaba más allá del oceano
 Goces más gratos á las ansias mías.
 Ya miraban mis ojos esa Europa,
 Mi bella conocida de otro tiempo,
 Ya sentíame bogando viento en popa
 Y á sus playas llegar sin contratiempo.
 Ya en Londres, ya en Venecia me sonaba,
 Ya del Rhin remontando las riberas,
 Ya en los lagos de Suiza y sus neveras
 O'en alpinas montañas me encumbraba.

Y del Montblanc enseñoreando al mundo
 Sobre trono radiante de blancura,
 Sentía agrandarme en colosal figura
 Mi frente hundiendo en el azul profundo
 Coronada del sol allá en la altura.
 Cien pueblos á mis pies, servían de alfombra
 Bordados por lagunas y collados,
 Bella turba de espíritus alados
 Cubríame revolando con su sombra.
 Ninfas hermosas con sus arpas de oro,
 El escabel del trono rodeaban
 Y cánticos divinos entonaban
 En concierto magnífico y sonoro.
 Allí yo en pie y á una señal de mando
 Acercarse veía pueblos y reyes,
 En el nombre de Dios les daba leyes
 Que acataban, las frentes inclinando.
 Y las leyes de Dios cumplidas eran
 Y el, antes, en virtud, estéril mundo
 En paz y en orden se volvió fecundo
 Porque las leyes de justicia imperan.
 ¡Ilusiones no más! ¡ay! mas tan bellas
 Que siempre seguiré sus santas huellas
 Porque son del empero precursoras,
 Y si creense en la tierra una mentira
 Porque el mundo las niega y no las mira,
 Ninfas son en el cielo, que cantoras
 Me esperan con su canto, halagadoras
 Porque aquí las cantó mi pobre lira.
 No iré á Europa, Señor, pues tú no quieres,
 Y Europa ¿qué me importa? si en tu anhelo
 Otra Europa más poética en tu cielo
 Regalarme, magnífico, prefieres.

Allá iré. ¿Qué le falta á un pobre viejo
Que tiene los ochenta á los umbrales?
En vez de disponer el aparejo
Para ir á aquella, con mejor consejo
Lo haré, Señor, á Europas celestiales.

1891.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

